

ESTUDIOS



MINISTERIALES

# PREDICANDO A PERSONAS DEL S. XXI

BILL HYBELS,  
STUART BRISCOE,  
HADDON ROBINSON

COLECCIÓN TEOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

# **PREDICANDO A PERSONAS DEL S. XXI**

# **PREDICANDO A PERSONAS DEL S. XXI**

**Bill Hybels**  
**Stuart Briscoe**  
**Haddon Robinson**



## COLECCIÓN TEOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

### Libros Publicados

#### *Estudios bíblicos*

Michael J. Wilkins & J.P. Moreland (editores), *Jesús bajo sospecha*

F.F. Bruce, *Comentario de la Epístola a los Gálatas*

Peter H. Davids, *La Primera Epístola de Pedro*

Gordon Fee, *Comentario de la Epístola a los Filipenses*

Murray J. Harris, *3 preguntas clave sobre Jesús*

Leon Morris, *El Evangelio de Juan, 2 volúmenes*

Robert H. Mounce, *Comentario al Libro de Apocalipsis*

Robert H. Stein, *Jesús, el Mesías: Un estudio de la vida de Cristo*

#### *Estudios teológicos*

Richard Bauckham, *Dios Crucificado: Monoteísmo y Cristología en el Nuevo Testamento*

G.E. Ladd, *Teología del Nuevo Testamento*

Leon Morris, *Jesús es el Cristo: Estudios sobre la teología joánica*

N.T. Wright, *El verdadero pensamiento de Pablo*

Clark H. Pinnock, *Revelación bíblica: el fundamento de la teología cristiana*

#### *Estudios ministeriales*

Bonnidell Clouse & Robert G. Clouse, eds., *Mujeres en el ministerio. Cuatro puntos de vista*

Michael Green & Alister McGrath, *¿Cómo llegar a ellos? Defendamos y comuniquemos la fe cristiana a los no creyentes*

Wayne. A. Grudem, ed., *¿Son vigentes los dones milagrosos? Cuatro puntos de vista*

J. Matthew Pinson, ed., *La Seguridad de la Salvación. Cuatro puntos de vista*

John Piper, *¡Alégrense las Naciones!: La Supremacía de Dios en las Misiones*

Dallas Willard, *Renueva tu Corazón: Sé como Cristo*

Gregory J. Ogden, *Discipulado que transforma: el modelo de Jesús*

Gregory J. Ogden, *Manual del discipulado: creciendo y ayudando a otros a crecer*

Bill Hybels, Stuart Briscoe y Haddon Robinson, *Predicando a personas del s. XXI*

## Índice

|                                                            |   |
|------------------------------------------------------------|---|
| Presentación de la Colección Teológica Contemporánea ..... | 9 |
|------------------------------------------------------------|---|

|                           |    |
|---------------------------|----|
| <b>Introducción</b> ..... | 19 |
|---------------------------|----|

*Marshall Shelley*

### **Parte 1            El oyente contemporáneo**

|                                                              |    |
|--------------------------------------------------------------|----|
| 1. ¿Qué autoridad tiene el predicador en la actualidad?..... | 27 |
|--------------------------------------------------------------|----|

*Haddon Robinson*

|                                          |    |
|------------------------------------------|----|
| 2. Hablando a la mente secularizada..... | 37 |
|------------------------------------------|----|

*Bill Hybels*

### **Parte 2            La predicación contemporánea**

|                                                   |    |
|---------------------------------------------------|----|
| 3. Planificando el programa de predicaciones..... | 53 |
|---------------------------------------------------|----|

*Stuart Briscoe*

|                                                           |    |
|-----------------------------------------------------------|----|
| 4. Combinando el contenido bíblico con la aplicación..... | 63 |
|-----------------------------------------------------------|----|

*Haddon Robinson*

|                                                |    |
|------------------------------------------------|----|
| 5. Elaborando una predicación interesante..... | 73 |
|------------------------------------------------|----|

*Stuart Briscoe*

### **Parte 3            Los temas más difíciles**

|                                       |    |
|---------------------------------------|----|
| 6. Tratando temas controvertidos..... | 85 |
|---------------------------------------|----|

*Stuart Briscoe*

|                                        |    |
|----------------------------------------|----|
| 7. El sexo: ese tema tan delicado..... | 93 |
|----------------------------------------|----|

*Bill Hybels*

|                                            |     |
|--------------------------------------------|-----|
| 8. El dinero: cuando nos entrometemos..... | 105 |
|--------------------------------------------|-----|

*Haddon Robinson*

|                                                              |     |
|--------------------------------------------------------------|-----|
| 9. El poder: predicando para lograr un compromiso total..... | 119 |
|--------------------------------------------------------------|-----|

*Bill Hybels*

**Parte 4                    El predicador contemporáneo**

|                                                    |            |
|----------------------------------------------------|------------|
| 10. Usando historias personales.....               | 133        |
| <i>Haddon Robinson</i>                             |            |
| 11. Las sutiles tentaciones en la predicación..... | 145        |
| <i>Bill Hybels</i>                                 |            |
| 12. Dando en el blanco.....                        | 155        |
| <i>Bill Hybels</i>                                 |            |
| <b>Epílogo.....</b>                                | <b>169</b> |
| <i>Marshall Shelley</i>                            |            |
| <b>Bibliografía.....</b>                           | <b>173</b> |

## **Presentación de la Colección Teológica Contemporánea**

Cualquier estudiante de la Biblia sabe que hoy en día la literatura cristiana evangélica en lengua castellana aún tiene muchos huecos que cubrir. En consecuencia, los creyentes españoles muchas veces no cuentan con las herramientas necesarias para tratar el texto bíblico, para conocer el contexto teológico de la Biblia, y para reflexionar sobre cómo aplicar todo lo anterior en el transcurrir de la vida cristiana.

Esta convicción fue el principio de un sueño: la “Colección Teológica Contemporánea.” Necesitamos más y mejores libros para formar a nuestros estudiantes y pastores para su ministerio. Y no solo en el campo bíblico y teológico, sino también en el práctico - si es que se puede distinguir entre lo teológico y lo práctico -, pues nuestra experiencia nos dice que por práctica que sea una teología, no aportará ningún beneficio a la Iglesia si no es una teología correcta.

Sería magnífico contar con el tiempo y los expertos necesarios para escribir libros sobre las áreas que aún faltan por cubrir. Pero como éste no es un proyecto viable por el momento, hemos decidido traducir una serie de libros escritos originalmente en inglés.

Queremos destacar que además de trabajar en la traducción de estos libros, en muchos de ellos hemos añadido preguntas de estudio al final de cada capítulo para ayudar a que tanto alumnos como profesores de seminarios bíblicos, como el público en general, descubran cuáles son las enseñanzas básicas, puedan estudiar de manera más profunda, y puedan reflexionar de forma actual y relevante sobre las aplicaciones de los temas tratados. También hemos añadido en la mayoría de los libros una bibliografía en castellano, para facilitar la tarea de un estudio más profundo del tema en cuestión.

En esta “Colección Teológica Contemporánea,” el lector encontrará una variedad de autores y tradiciones evangélicos de reconocida trayectoria.

Algunos de ellos ya son conocidos en el mundo de habla hispana (como F.F. Bruce, G.E. Ladd y L.L. Morris). Otros no tanto, ya que aún no han sido traducidos a nuestra lengua (como N.T. Wright y R. Bauckham); no obstante, son mundialmente conocidos por su experiencia y conocimiento.

Todos los autores elegidos son de una seriedad rigurosa y tratan los diferentes temas de forma profunda y comprometida. Así, todos los libros son el reflejo de los objetivos que esta colección se ha propuesto:

1. Traducir y publicar buena literatura evangélica para pastores, profesores y estudiantes de la Biblia.
2. Publicar libros especializados en las áreas donde hay una mayor escasez.

La “Colección Teológica Contemporánea” es una serie de estudios bíblicos y teológicos dirigida a pastores, líderes de iglesia, profesores y estudiantes de seminarios e institutos bíblicos, y creyentes en general, interesados en el estudio serio de la Biblia. La colección se dividirá en tres áreas:

Estudios bíblicos  
Estudios teológicos  
Estudios ministeriales

Esperamos que estos libros sean una aportación muy positiva para el mundo de habla hispana, tal como lo han sido para el mundo anglófono y que, como consecuencia, los cristianos – bien formados en Biblia y en Teología – impactemos al mundo con el fin de que Dios, y solo Dios, reciba toda la gloria.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a los que han hecho que esta colección sea una realidad, a través de sus donativos y oraciones. “Tu Padre... te recompensará”.

Dr. MATTHEW C. WILLIAMS  
Editor de la Colección Teológica Contemporánea  
*Profesor en IBSTE (Barcelona) y Talbot School of Theology (Los Angeles, CA., EEUU)*

## Lista de títulos

A continuación presentamos los títulos de los libros que publicaremos, DM, en los próximos tres años, y la temática de las publicaciones donde queda pendiente asignar un libro de texto. Es posible que haya algún cambio, según las obras que publiquen otras editoriales, y según también las necesidades de los pastores y de los estudiantes de la Biblia. Pero el lector puede estar seguro de que vamos a continuar en esta línea, interesándonos por libros evangélicos serios y de peso.

## *Estudios bíblicos*

### Nuevo Testamento

D.A. Carson, Douglas J. Moo, Leon Morris, *Una introducción al Nuevo Testamento* [*An Introduction to the New Testament*, rev. ed., Grand Rapids, Zondervan, 2005]. Se trata de un libro de texto imprescindible para los estudiantes de la Biblia, que recoge el trasfondo, la historia, la canonicidad, la autoría, la estructura literaria y la fecha de todos los libros del Nuevo Testamento. También incluye un bosquejo de todos los documentos neotestamentarios, junto con su contribución teológica al Canon de las Escrituras. Gracias a ello, el lector podrá entender e interpretar los libros del Nuevo Testamento a partir de una acertada contextualización histórica.

### Jesús

Murray J. Harris, *3 preguntas clave sobre Jesús* [*Three Crucial Questions about Jesus*, Grand Rapids: Baker, 1994]. ¿Existió Jesús? ¿Resucitó Jesús de los muertos? ¿Es Jesús Dios? Jesús es uno de los personajes más intrigantes de la Historia. Pero, ¿es verdad lo que se dice de Él? *3 preguntas clave sobre Jesús* se adentra en las evidencias históricas y bíblicas que prueban que la fe cristiana auténtica no es un invento ni una locura. Jesús no es un invento, ni fue un loco. ¡Descubre su verdadera identidad!

Robert H. Stein, *Jesús, el Mesías: Un estudio de la vida de Cristo* [*Jesus the Messiah: A Survey of the Life of Christ*, Downers Grove, IL; Leicester, England: InterVarsity Press, 1996]. Hoy en día hay muchos escritores que están adaptando el personaje y la historia de Jesús a las demandas de la era en la que vivimos. Este libro establece un diálogo con esos escritores, presentando al Jesús bíblico. Además, nos ofrece un estudio tanto de las enseñanzas como de los acontecimientos importantes de la vida de Jesús.

Stein enseña Nuevo Testamento en Bethel Theological Seminary, St. Paul, Minnesota, EE.UU. Es autor de varios libros sobre Jesús, y ha tratado el tema de las parábolas y el problema sinóptico, entre otros.

Michael J. Wilkins & J.P. Moreland (editores), *Jesús bajo sospecha*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 4, 2003. Una defensa de la historicidad de Jesús, realizada por una serie de expertos evangélicos en respuesta a "El Seminario de Jesús," un grupo que declara que el Nuevo Testamento no es fiable y que Jesús fue tan solo un ser humano normal.

## Juan

Leon Morris, *El Evangelio según San Juan [Commentary on John]*, 2nd edition, New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1995]. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegeticos, y el sentido general del texto.

## Romanos

Douglas J. Moo, *Comentario de la Epístola a los Romanos [Commentary on Romans]*, New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1996]. Moo es profesor de Nuevo Testamento en Wheaton College. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegeticos, y el sentido general del texto.

## Gálatas

F.F. Bruce, *Comentario de la Epístola a los Gálatas*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 7, 2004.

## Filipenses

Gordon Fee, *Comentario de la Epístola a los Filipenses [Commentary on Philippians]*, New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1995]. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y reco-

mendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto.

### **Pastorales**

Gordon Fee, *Comentario de las Epístolas a 1ª y 2ª Timoteo, y Tito*. El comentario de Fee sobre 1ª y 2ª a Timoteo y sobre Tito está escrito de una forma accesible, pero a la vez profunda, pensando tanto en pastores y estudiantes de seminario como en un público más general. Empieza con un capítulo introductorio que trata las cuestiones de la autoría, el contexto y los temas de las epístolas, y luego ya se adentra en el comentario propiamente dicho, que incluye notas a pie de página para profundizar en los detalles textuales que necesitan mayor explicación.

### **Primera de Pedro**

Peter H. Davids, *La Primera Epístola de Pedro*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 10, 2004. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto. Davids enseña Nuevo Testamento en Regent College, Vancouver, Canadá.

### **Apocalipsis**

Robert H. Mounce, *Comentario al Libro de Apocalipsis [The Book of Revelation]*, rev. ed., *New International Commentary on the New Testament*; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1998]. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto. Mounce es presidente emérito de Whitworth College, Spokane, Washington, EE.UU., y en la actualidad es pastor de Christ Community Church en Walnut Creek, California.

## ***Estudios teológicos***

### **Cristología**

Richard Bauckham, *Dios Crucificado: Monoteísmo y Cristología en el Nuevo Testamento*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 6, 2003. Bauckham, profesor de Nuevo Testamento en St. Mary's College de la Universidad de St. Andrews, Escocia, conocido por sus estudios sobre el contexto de los Hechos, por su exégesis del Apocalipsis, de 2ª de Pedro y de Santiago, explica en esta obra la información contextual necesaria para comprender la cosmovisión monoteísta judía, demostrando que la idea de Jesús como Dios era perfectamente reconciliable con tal visión.

### **Teología del Nuevo Testamento**

G.E. Ladd, *Teología del Nuevo Testamento*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 2, 2002. Ladd era profesor de Nuevo Testamento y Teología en Fuller Theological Seminary (EE.UU.); es conocido en el mundo de habla hispana por sus libros *Creo en la resurrección de Jesús*, *Crítica del Nuevo Testamento*, *Evangelio del Reino* y *Apocalipsis de Juan: Un comentario*. Presenta en esta obra una teología completa y erudita de todo el Nuevo Testamento.

### **Teología joánica**

Leon Morris, *Jesús es el Cristo: Estudios sobre la teología joánica*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 5, 2003. Morris es muy conocido por los muchos comentarios que ha escrito, pero sobre todo por el comentario de Juan de la serie *New International Commentary of the New Testament*. Morris también es el autor de *Creo en la Revelación*, *Las cartas a los Tesalonicenses*, *El Apocalipsis*, *¿Por qué murió Jesús?*, y *El salario del pecado*.

### **Teología paulina**

N.T. Wright, *El verdadero pensamiento de Pablo*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 1, 2002. Una respuesta a aquellos que dicen que Pablo comenzó una religión diferente a la de Jesús. Se trata de una excelente introducción a la teología paulina y a la "nueva perspectiva" del estudio paulino, que propone que Pablo luchó contra el exclusivismo judío y no tanto contra el legalismo.

### **Teología Sistemática**

Millard Erickson, *Teología sistemática [Christian Theology]*, 2nd edition, Grand Rapids: Baker, 1998]. Durante quince años esta teología sistemática de Mi-

llard Erickson ha sido utilizada en muchos lugares como una introducción muy completa. Ahora se ha revisado este clásico teniendo en cuenta los cambios teológicos, igual que los muchos cambios intelectuales, políticos, económicos y sociales.

### **Teología Sistemática: Revelación/Inspiración**

Clark H. Pinnock, *Revelación bíblica: el fundamento de la teología cristiana*, Prefacio de J.I. Packer, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 8, 2004. Aunque conocemos los cambios teológicos de Pinnock en estos últimos años, este libro, de una etapa anterior, es una defensa evangélica de la infalibilidad y veracidad de las Escrituras.

### ***Estudios ministeriales***

#### **Apologética/Evangelización**

Michael Green & Alister McGrath, *¿Cómo llegar a ellos? Defendamos y comuniquemos la fe cristiana a los no creyentes*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 3, 2003. Esta obra explora la Evangelización y la Apologética en el mundo postmoderno en el que nos ha tocado vivir, escrito por expertos en Evangelización y Teología.

#### **Discipulado**

Gregory J. Ogden, *Discipulado que transforma: el modelo de Jesús* [*Transforming Discipleship: Making Disciples a Few at a Time*, Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2003]. Si en nuestra iglesia no hay crecimiento, quizá no sea porque no nos preocupemos de las personas nuevas, sino porque no estamos discipulando a nuestros miembros de forma eficaz. Muchas veces nuestras iglesias no tienen un plan coherente de discipulado y los líderes creen que les faltan los recursos para animar a sus miembros a ser verdaderos seguidores de Cristo. Greg Ogden habla de la necesidad del discipulado en las iglesias locales y recupera el modelo de Jesús: lograr un cambio de vida invirtiendo en la madurez de grupos pequeños para poder llegar a todos. La forma en la que Ogden trata este tema es bíblica, práctica e increíblemente eficaz; ya se ha usado con mucho éxito en cientos de iglesias.

Gregory J. Ogden, *Manual del discipulado: creciendo y ayudando a otros a crecer*. Cuando Jesús discipuló a sus seguidores lo hizo compartiendo su vida con ellos. Este manual es una herramienta diseñada para ayudarte a seguir el modelo de Jesús. Te ayudará a profundizar en la fe cristiana y la de los otros

creyentes que se unan a ti en este peregrinaje hacia la madurez en Cristo. Jesús tuvo la suficiente visión como para empezar por lo básico. Se limitó a discipular a unos pocos, pero eso no limitó el alcance de sus enseñanzas. *El Manual del discipulado* está diseñado para ayudarte a influir en otros de la forma en que Jesús lo hizo: invirtiendo en unos pocos.

### **Dones/Pneumatología**

Wayne. A. Grudem, ed., *¿Son vigentes los dones milagrosos? Cuatro puntos de vista*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 9, 2004. Este libro pertenece a una serie que se dedica a exponer las diferentes posiciones que hay sobre diversos temas. Esta obra nos ofrece los argumentos de la perspectiva cesacionista, abierta pero cautelosa, la de la Tercera Ola, y la del movimiento carismático; cada una de ellas acompañadas de los comentarios y la crítica de las perspectivas opuestas.

### **Hermenéutica/Interpretación**

J. Scott Duvall & J. Daniel Hays, *Entendiendo la Palabra de Dios [Grasping God's Word]*, rev. ed., Grand Rapids: Zondervan, 2005]. ¿Cómo leer la Biblia? ¿Cómo interpretarla? ¿Cómo aplicarla? Este libro salva las distancias entre los acercamientos que son demasiado simples y los que son demasiado técnicos. Empieza recogiendo los principios generales de interpretación y, luego, aplica esos principios a los diferentes géneros y contextos para que el lector pueda entender el texto bíblico y aplicarlo a su situación.

### **La Homosexualidad**

Thomas E. Schmidt, *La homosexualidad: compasión y claridad en el debate*. Escribiendo desde una perspectiva cristiana evangélica y con una profunda empatía, Schmidt trata el debate actual sobre la homosexualidad: La definición bíblica de la homosexualidad; Lo que la Biblia dice sobre la homosexualidad; ¿Se puede nacer con orientación homosexual?; Las recientes reconstrucciones pro-gay de la Historia y de la Biblia; Los efectos sobre la salud del comportamiento homosexual. Debido a toda la investigación que el autor ha realizado y a todos los argumentos que presenta, este libro es la respuesta cristiana actual más convincente y completa que existe en cuanto al tema de la homosexualidad.

### **Misiones**

John Piper, *¡Alégrense las Naciones!: La Supremacía de Dios en las Misiones*. Usando textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, Piper demuestra que

la adoración es el fin último de la Iglesia, y que una adoración correcta nos lleva a la acción misionera. Según él, la *oración* es el combustible de la obra misionera porque se centra en una relación con Dios y no tanto en las necesidades del mundo. También habla del *sufrimiento* que se ha de pagar en el mundo de las misiones. No se olvida de tratar el debate sobre si Jesús es el *único camino* a la Salvación.

### **Mujeres en la Iglesia**

Bonnidell Clouse & Robert G. Clouse, eds., *Mujeres en el ministerio. Cuatro puntos de vista* [*Women in Ministry: Four Views*, Downers Grove: IVP, 1989]. Este libro pertenece a una serie que se dedica a exponer las diferentes posiciones que hay sobre diversos temas. Esta obra nos ofrece los argumentos de la perspectiva tradicionalista, la que aboga en pro del liderazgo masculino, en pro del ministerio plural, y la de la aproximación igualitaria; todas ellas acompañadas de los comentarios y la crítica de las perspectivas opuestas.

### **Predicación**

Bill Hybels, Stuart Briscoe, Haddon Robinson, *Predicando a personas del s. XXI* [*Mastering Contemporary Preaching*, Multnomah Publications, 1990]. Éste es un libro muy útil para cualquier persona con ministerio. Su lectura le ayudará a entender el hecho en sí de la predicación, las tentaciones a las que el predicador se tiene que enfrentar, y cómo resistirlas. Le ayudará a conocer mejor a las personas para quienes predica semana tras semana, y a ver cuáles son sus necesidades. Este libro está escrito en lenguaje claro y cita ejemplos reales de las experiencias de estos tres grandes predicadores: Bill Hybels es pastor de Willow Creek Community Church, Stuart Briscoe es pastor de Elmbrook Church, y Haddon Robinson es presidente del Denver Seminary y autor de *La predicación bíblica*.

### **Soteriología**

J. Matthew Pinson, ed., *La Seguridad de la Salvación. Cuatro puntos de vista* [*Four Views on Eternal Security*, Grand Rapids: Zondervan, 2002]. ¿Puede alguien perder la salvación? ¿Cómo presentan las Escrituras la compleja interacción entre la Gracia y el Libre albedrío? Este libro pertenece a una serie que se dedica a exponer las diferentes posiciones que hay sobre diversos temas. En él encontraremos los argumentos de la perspectiva del calvinismo clásico, la del calvinismo moderado, la del arminianismo reformado, y la del arminianismo wesleyano; todas ellas acompañadas de los comentarios y la crítica de las posiciones opuestas.

### **Vida cristiana**

Dallas Willard, *Renueva tu corazón: Sé como Cristo*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 13, 2004. No “nacemos de nuevo” para seguir siendo como antes. Pero: ¿Cuántas veces, al mirar a nuestro alrededor, nos decepcionamos al ver la poca madurez espiritual de muchos creyentes? Tenemos una buena noticia: es posible crecer espiritualmente, deshacerse de hábitos pecaminosos, y parecerse cada vez más a Cristo. Este *bestseller* nos cuenta cómo transformar nuestro corazón, para que cada elemento de nuestro ser esté en armonía con el reino de Dios.

## Introducción

Para escoger la temática de los artículos de nuestra publicación trimestral para pastores (*Leadership*), con frecuencia encuestamos a nuestros suscriptores para averiguar sobre qué temas quieren leer. Uno de los temas que aparece de forma constante es la predicación.

Las iglesias también están muy interesadas en la predicación. Los responsables de un seminario muy importante nos comentaban que, en los últimos diez años, miles de iglesias se habían puesto en contacto con ellos cuando necesitaban un pastor. Cuando les preguntaban: “¿Qué es lo que buscáis en un pastor?”, en todas las ocasiones, menos en una, la primera condición era que fuese un buen predicador. Y en esa sola ocasión en la que no pusieron la predicación como primera condición, la pusieron como segunda.

Cuando asistimos a la iglesia, no vamos a que nos aburran. Incluso aquellos que nunca han analizado un sermón, o que nunca han leído un libro sobre la predicación, quieren escuchar una exposición de la Palabra de Dios que sea auténtica y apropiada, que tenga algo que ver con su vida y su situación.

No obstante, el reto del predicador nunca había sido tan grande como ahora. Un pastor escribió a nuestra revista recientemente, diciendo: “La gente para la que predico tiene cada vez una mentalidad más secular. No puedo dar por sentado que tienen una cosmovisión cristiana”.

Otro nos explicaba que después de una predicación en la que había hecho referencia a una cita bíblica, alguien que visitaba la iglesia se le acercó y le preguntó: “¿Qué significaban aquellos números?”.

Hoy en día, si alguien que no suele ir a la iglesia viene a una de nuestras reuniones o cultos, puede pensar que el mensaje cristiano no tiene nada que ver con ellos. Incluso la gente que asiste a la iglesia regularmente, a veces está más familiarizada con los programas de televisión de moda, que con algunas historias de la Biblia. ¿Qué tienen

que hacer los predicadores para hablar de forma relevante y eficaz a las personas de principios del siglo XXI, altamente secularizadas y con un gran desconocimiento bíblico?

Este libro habla de los retos con los que se encuentra el predicador contemporáneo. Para enfrentarse a ellos, no existe una fórmula concreta. Siempre tendremos que depender del Espíritu Santo y, a la vez, evaluar y perfeccionar nuestras habilidades.

Alguien dijo que “el verdadero aprendizaje empieza después de los exámenes”. Puede que te hayas preparado para predicar, pero siempre podemos mejorar las habilidades que Dios nos ha dado. Se trata de un proceso. Los pastores con mucha experiencia también pueden aprender de los demás, ¡y alegrarse de ello! Contar con unos buenos recursos y apartar tiempo para aprender por nosotros mismos es vital para aquellos que queremos que nuestra predicación siempre sea eficaz.

Nuestro deseo es que este libro sea un recurso para pastores que ya tienen experiencia en la predicación, y que quieren seguir aprendiendo. Los autores son siervos de Dios que tienen experiencia en algún área concreta del ministerio y que nos explican lo que han aprendido, no durante el periodo de formación reglada, sino durante los muchos años de práctica y experiencia.

En *Los retos del predicador contemporáneo*, los tres autores son predicadores reconocidos que nunca han cesado de estudiar y reflexionar sobre la comunicación eficaz. Cada uno de ellos nos aporta una perspectiva diferente sobre la tarea de la predicación, y cada uno recibió el llamamiento de forma distinta.

## Stuart Briscoe

Durante muchos años, Stuart Briscoe sirvió como pastor en Elmbrook Church en Milwaukee, Wisconsin, una iglesia de 10.000 miembros. Además, él y su mujer tienen un ministerio itinerante bastante activo. Stuart no se formó para ser pastor (aunque posteriormente sí realizó un máster en Estudios Teológicos en Trinity Evangelical Divinity School). Antes de entrar en el ministerio, trabajaba en la Banca en Inglaterra. Pero ya de joven la idea de predicar le rondaba por la cabeza. Así explica él la llamada a este ministerio:

“Yo no había planeado ser predicador. Quería ser un hombre de negocios. Era aún un adolescente cuando, recién llegado a una nueva

ciudad para empezar a trabajar, un responsable de la iglesia a la que asistía me preguntó cuántos años tenía.

‘Diecisiete’, dije yo.

‘Ya va siendo hora de que empieces a predicar’, me dijo, para mi sorpresa. Pero dos semanas después me encontré predicando mi primer sermón en aquella pequeña iglesia. Aquel hombre me había dado un tema: ‘Hablarás sobre la iglesia de Éfeso’. Así que estudié todo lo que encontré sobre los efesios.

En aquella primera predicación, me pasé diez minutos del tiempo que me habían asignado, y solo pude abarcar el primer punto. Así que el responsable de mi iglesia me dijo que volviera a predicar a la semana siguiente para acabar mi sermón. Y así lo hice. Después, me dijo: ‘Por aquí hay muchas iglesias pequeñas que necesitan predicadores’, así que empezó a enviarme a pequeñas congregaciones para que predicara sobre Efesios.

Así fue como empecé a predicar, y descubrí que (1) podía hacerlo, (2) me gustaba hacerlo, y (3) que mis predicaciones eran de bendición para aquellas personas que me escuchaban. Con el paso del tiempo, mi iglesia reconoció en mí el don de la predicación. Fue así como descubrí mi don. Y aprendí que, normalmente, cuando hay un don, hay un llamamiento. Y a lo largo de los años esa convicción sobre el llamamiento se fue consolidando.

Después de doce años, decidí dejar el mundo de las finanzas para dedicarme a tiempo completo al ministerio”.

Durante varios años trabajó en Capernwray Missionary Fellowship, de los Portadores de Antorcha, y después fue pastor en Elmbrook. Esta iglesia celebra ahora tres cultos el domingo por la mañana, y uno por la tarde.

## **Bill Hybels**

En un fin de semana normal, Bill Hybels predica para 15.000 personas en su iglesia en las afueras de Chicago. En Willow Creek Community Church celebran dos cultos el domingo por la mañana, y uno por la tarde. El objetivo de esta iglesia es alcanzar a la gente no religiosa y a aquellos que apenas han pisado una iglesia o no les interesa hacerlo porque no se sienten atraídos por las formas de la iglesia tradicional.

La primera vez que oímos acerca de Bill fue a principios de la década de los 70, cuando inició el ministerio juvenil de Son City, Illinois. En 1975 fundó la iglesia de Willow Creek, reuniéndose primero en un teatro, para luego mudarse a otras instalaciones en South Barrington. ¿Cómo sintió el llamamiento a predicar?

“De joven nunca tuve el deseo de convertirme en un predicador. Creo que eso se debe a que en la pequeña iglesia en la que crecí, y en mi denominación, nunca tuve un modelo de un siervo de Dios fuerte, con voz profética eficaz y con un testimonio creíble. Las predicaciones que escuché más bien se decantaban hacia el catecismo de Heidelberg. No eran predicaciones expositivas, sino que estaban cargadas de enseñanza doctrinal. Veinte años escuchando predicaciones sobre el credo, y nunca conocí a nadie que fuera transformado.

Además, mi padre tenía un negocio, así que crecí pensando que ésa era la mejor forma de abrirse camino en la vida. Si quería una vida llena de acción y de desafíos no la iba a encontrar en la iglesia. Ni tampoco quería que me asociaran con la gente de la iglesia.

Pero al final de mi adolescencia me fui a vivir a Chicago. El pastor de jóvenes de la iglesia a la que empecé a asistir se había marchado, y me preguntaron si podía llevar el grupo. Yo imaginé que parte del ministerio con los jóvenes sería buscar en la Biblia para, de vez en cuando, compartir con ellos un pensamiento o devocional.

Lo que ocurrió es que descubrí que tenía el don espiritual de la predicación y la enseñanza y, por aquel entonces, ¡yo nunca había oído hablar de los dones espirituales! Pero los chicos no solo me escuchaban, sino que sus vidas empezaron a cambiar al escuchar la Palabra de Dios que salía de las páginas de la Biblia y les llegaba a través de mis labios. Hablar a los chicos durante veinte minutos y animarles a que hicieran cambios en sus vidas de acuerdo con lo que yo les explicaba fue para mí una experiencia abrumadora. Yo estaba sorprendido de que este ejercicio tan poco convencional – ponerme delante de ellos con la Biblia entre mis manos, y hablar de ella – tuviera tanto poder sobre las vidas de las personas.

Me di cuenta de que la mejor inversión que podía hacer, desde una perspectiva eterna, era trabajar para ver cambios positivos en las personas. Eso era mucho mejor que ser un buen agente inmobiliario o un gran empresario. Eso puso en mí el deseo de usar mi vida para transformar la realidad. Y parecía que Dios me había capacitado para transformar la realidad a través de la predicación.

La predicación tiene el poder de ablandar la mente y el corazón, y de transmitir verdades que cambian la vida. Pero si no lo hago bien, la predicación puede endurecer y apartar a la gente de Dios aún más. Llevo más de veinticinco años predicando y, en muchos sentidos, aún me aterra la idea de hacerlo, porque sé lo que está en juego. En muchas ocasiones volvería al mundo de los negocios e intentaría transformar la realidad desde allí. Pero el Espíritu Santo no me deja. Como Pablo, me siento impulsado a predicar, y con él digo: “¡Ay de mí si no predico el Evangelio!” (1ª Corintios 9:16).

## Haddon Robinson

Haddon Robinson es director del departamento de ministerios pastorales del Dallas Theological Seminary en Texas, donde también enseñó Homilética durante diecinueve años. Desde 1979 fue presidente del Denver Seminary en Colorado. Y ahora enseña Homilética en el Gordon-Conwell Theological Seminary. Realizó un doctorado en la Universidad de Illinois en Oratoria y Comunicación y es autor de varios libros, entre los cuales se encuentra *La predicación bíblica*.

Él describe su llamamiento de la siguiente manera:

“Que yo recuerde, siempre quise ser predicador. Mis padres me pusieron Haddon en honor al gran predicador Charles Haddon Spurgeon, y quizá eso tenga algo que ver.

De niño no leía mucho, pero sí leí la biografía de Spurgeon, *Shadow of the Broad Brim*. Y con doce años, leí su libro de ilustraciones. No obstante, crecí en el ghetto de Harlem, en la ciudad de Nueva York, donde no había muchas oportunidades de formación. Así que durante la mayor parte de mi juventud, me dediqué a cosas bien diferentes.

A veces escribía un diario. Toda la gente importante que conocía escribía un diario, y parecía que siempre tenían cosas impresionantes que contar. Mi redacción se limitaba más bien a cosas increíblemente cotidianas, como: “Ayer me levanté, fui a la escuela, luego volví a casa, y me fui a dormir bastante temprano”. Así que, como es lógico, aquella práctica no duró mucho tiempo.

No obstante, hace unos años, cuando ayudé a mi padre a mudarse a Texas, me encontré con uno de aquellos diarios, escrito cuando tan solo tenía doce años de edad. En una de las páginas explicaba que aquel día había ido a escuchar al Dr. Harry Ironside, que había sido pastor de la

Iglesia Moody de Chicago. Y aquel niño preadolescente había escrito en su diario: “Algunos hombres predicán durante una hora y parece que solo han hablado veinte minutos; otros predicán durante veinte minutos, y parece que han hablado una hora. ¿Cuál será la diferencia?”.

Creo que he dedicado mi vida a intentar encontrar una respuesta a esa pregunta”.

## El propósito de los editores

Durante la preparación de este libro, los editores de *Leadership* se fueron reuniendo con los tres autores, y los entrevistaron de forma muy exhaustiva. En los meses en los que se realizó la transcripción, la edición, la corrección y la modificación de los contenidos, todos nosotros quedamos impresionados por la sabiduría de estos hombres. Entienden en qué consiste la labor de la predicación, y están plenamente entregados a desarrollar un ministerio de predicación *eficaz*.

Además, nos encantó ver su interés por aquellos que también quieren servir a través de la predicación. De forma generosa nos han brindado su tiempo y experiencia, no para que todo el mundo imite sus técnicas, sino para que otros reflexionen sobre la importancia de la buena predicación y encuentren las formas adecuadas para fortalecer el ministerio de la predicación en las iglesias del siglo XXI.

Dios continúa usando “la locura de la predicación” para que la gente se acerque a Él. La predicación sirve para ofrecer la vida eterna a personas que viven en una sociedad donde todo es de “usar y tirar”. Nuestra oración es que este libro ayude a los predicadores no solo a dominar las habilidades necesarias, sino a lograr que la gente ponga su mirada en Aquel que todo lo domina.

*Marshall Shelley*  
*Editor de LEADERSHIP,*  
*publicación trimestral para pastores y líderes*  
*Carol Stream, Illinois*

## **Parte 1**

# **EL OYENTE CONTEMPORÁNEO**



*La opinión que la gente tiene de los pastores ha ido cambiando con el tiempo. Quizá aún no nos han metido en el saco de los estafadores o de los demagogos y manipuladores, pero lo cierto es que tenemos que volver a ganar el respeto de la gente, la credibilidad y la autoridad.*

*Haddon Robinson*

# 1

## **¿Qué autoridad tiene el predicador en la actualidad?**

Asisto a un estudio bíblico con ejecutivos y hombres de negocios, y hace poco un hombre comentó que en todos los años en los que ha trabajado en el mundo empresarial, su pastor nunca ha ido a visitar su oficina.

“Es normal”, le dijo otro. “Cualquier pastor se sentiría como un pez fuera del agua si viniera a mi oficina”. Como yo soy pastor, me sentí aludido y le pedí que explicara qué quería decir exactamente.

“La mayoría de pastores que conozco se saben mover muy bien en el hospital y en la iglesia, porque ése es su territorio”. Continuó diciendo que, según él, el mundo de los pastores y el mundo de la gente de negocios son muy diferentes. “El pastor está acostumbrado a trabajar en solitario, o con un equipo bastante reducido, y su trabajo está basado en las relaciones personales. El mundo de los negocios es mucho más impersonal.

Los pastores saben cómo tratar el tema del duelo, de la soledad, y de la ética interpersonal, que tiene que ver con no robar, no codiciar, no fornicar, etcétera. Pero no conozco a muchos pastores que hablen del conflicto de lealtades que tenemos las personas que trabajamos en organizaciones más grandes”.

Otro hombre que dirige una gran empresa de construcción, respaldó lo que se acababa de decir, y puso otro ejemplo: “Un socio que murió

hace poco nos debía 500.000 dólares. Él y su mujer tenían una casa que vale 150.000 dólares. La pregunta a la que nos tuvimos que enfrentar fue: ¿incluimos la vivienda en la demanda, aunque eso signifique que para pagar la deuda de su marido, la mujer se quede sin casa?”

Continuó diciendo: “Si eres el dueño de la compañía, si quieres puedes tomar una decisión compasiva. Pero cuando tienes que rendir cuentas a los accionistas, y tu tarea es cancelar las deudas pendientes, ¿a quién le debes lealtad? Quizá puedas pensar, “Por 150.000 dólares, no vale la pena”. Pero, imagínate que la casa vale 500.000 dólares. ¿Entonces sí valdría la pena? ¿Y si valiera un millón? ¿Es ético ir a por la casa de 500.000 dólares, pero no es ético ir a por la de 150.000?”.

El hombre de negocios asentía enérgicamente, pues en la iglesia en raras ocasiones se tratan o se mencionan este tipo de cuestiones. Y, sin embargo, son el pan de cada día de muchas personas. Muchos cristianos que trabajan en el mundo de los negocios tienen que vivir su fe en medio de estas situaciones complejas y moralmente ambiguas.

“Mientras el predicador habla de absolutos, de lo que está bien y lo que está mal”, dijo otro, “la mayoría de nosotros nos encontramos en medio de situaciones donde no hay ni blanco ni negro, sino un gris poco definido”.

Ya por último, alguien añadió: “Aunque valoro mucho a mi pastor, y disfruto sus predicaciones, casi nunca habla del mundo en el que me muevo”.

Salí de allí muy apesadumbrado. No todo el mundo estaría de acuerdo con estos hombres de negocios, pues algunos solo esperan que su pastor diga algo que les ayude a comprender un poco mejor las grandes cuestiones de la vida. Por desgracia, no son muchos los que esperan que el predicador sea capaz de transmitir enseñanzas aplicables al mundo concreto en el que se mueven.

## **El gran cambio**

La opinión que la gente tiene de los pastores ha ido cambiando con el tiempo. Hoy en día, por lo general nadie decide ser pastor por el estatus o la posición que va a ocupar.

Hace un siglo, al pastor se le veía como alguien sabio e íntegro. Tenía autoridad debido a ese *cargo* o *posición* de pastor. Normalmente, el ministro era la persona mejor formada de la ciudad, aquel a quien la

gente acudía para poder interpretar el mundo que les rodeaba. Tenía la oportunidad única de leer y estudiar, y con frecuencia era quien decidía cómo debía reaccionar la comunidad ante las diferentes situaciones morales o religiosas.

Pero en la actualidad el ciudadano medio tiene una visión muy diferente de los pastores y los predicadores. Quizá no nos meten en el mismo saco que a los estafadores o a los demagogos y manipuladores, pero lo cierto es que tenemos que volver a ganar el respeto de la gente, la credibilidad y la autoridad.

En vista del desprecio de nuestra sociedad, o del hecho de que se nos relegue a la esfera de lo PRIVADO y lo ESPIRITUAL, muchos predicadores luchamos con el tema de la autoridad. ¿Por qué nos van a escuchar? ¿Cuál es la fuente de nuestra credibilidad? En medio de esta situación, ¿cómo podemos recuperar la autoridad legítima que nuestra predicación necesita para comunicar el Evangelio con autoridad y eficacia?

Sugiero aquí cinco ideas que a mí me han sido de mucha utilidad.

## **Verbaliza los sentimientos de los oyentes**

Una forma de ganar credibilidad en medio de las congregaciones del siglo XXI es dejar que la gente vea que entendemos su situación. Mucha gente de la que nos escucha cree que los predicadores vivimos en otro mundo. Quizá escuchan educadamente, viéndonos como alguien que les informa del distante pasado bíblico. Pero no lograremos nada a menos que se den cuenta de que estamos aplicando la verdad bíblica a su situación.

Es por eso por lo que, en una predicación, antes de *hablar a* la gente que tengo delante, *hablo por* ella. ¿Alguna vez al escuchar a un predicador te has sorprendido a ti mismo diciendo: “Exacto, tienes razón; yo también tengo esa reacción”? Eso es porque el predicador ha verbalizado tus sentimientos y quizá los ha expresado mucho mejor de lo que lo habrías hecho tú. Ha sido como si te conociera y te explicara lo que sientes.

Captamos la atención de la gente cuando les mostramos que nuestra experiencia tiene que ver con la suya. Por ejemplo, un predicador podría decir: “En la tabla de máximos goleadores no hay lugar para el que está por debajo de 5 goles por temporada”. Si los oyentes saben de deporte, saben que eso es verdad. El predicador habrá usado el lenguaje de sus oyentes. O el pastor puede coger una frase de una tira de cómic, o usar

algún artículo de las revistas de negocios más conocidas. A cualquier empresario que esté sentado en el banco le sonará familiar, y verá que a ese pastor le interesa la vida real. A través de ilustraciones, el predicador deja que la gente vea qué le gusta leer, cuánto conoce y qué piensa sobre la vida real. Cuando hay áreas de la vida del predicador que coinciden con la del oyente, es más probable que éste escuche con interés. El pastor habrá ganado cierta credibilidad. Uno de los ingredientes de la predicación eficaz es el uso de material que conecte con las vidas de la gente de la congregación.

## La congregación invisible

Otro modo eficaz en el que los predicadores llegan a conectar con los oyentes es haber realizado el siguiente ejercicio mental: en el momento de la preparación, imagínate que te sientas a la mesa de estudio con seis o siete personas más. Yo, en mi mente, me he formado un equipo así, y para mí son tan reales como si fueran de verdad.

En ese equipo cuento con un amigo que es un cínico declarado. Mientras releo el material que he preparado, muchas veces le oigo decir: “Haddon, debes de estar de broma. Lo que me estás diciendo no es más que comida-basura espiritualoide. ¿En qué mundo vives?”.

Otro de los miembros de mi equipo es una mujer mayor, una creyente sencilla, que se toma a los predicadores y sus predicaciones muy en serio. Y mientras preparo mis predicaciones, me pregunto: “Estas preguntas que quiero lanzar, ¿le van a hacer bien o la van a confundir? ¿Le ayudará esta predicación?”.

También tengo a mi lado, sentada hacia atrás con cara de desconfianza, a una adolescente que se está preguntando cuánto rato va a durar la predicación. ¿Qué le digo a alguien así?

Esos son cuatro de los siete componentes de mi equipo. El quinto es un no creyente que no entiende la jerga religiosa y que, aunque no sabe muy bien por qué, ha acabado viniendo a la iglesia ese domingo. El sexto es un hombre rudo que trabaja en el puerto industrial. Está muy involucrado en un sindicato, piensa que los gerentes de su empresa son unos estafadores, cuando se enfada insulta a todo el que se le cruza en su camino, y su *hobby* es ir a jugar a los bolos el jueves por la noche.

El séptimo es una profesora de raza negra que preferiría asistir a una iglesia de gente negra, pero asiste a nuestra iglesia porque su marido

cree que es mejor para sus hijos. Es creyente, pero se enfrenta a la vida con amargura. Está muy a la defensiva cuando oye comentarios racistas y machistas, y siempre viene a decirme algo después de la predicación si cree que he presentado los valores de la clase media blanca como absolutos bíblicos.

A veces cambio de equipo, invitando a alguna persona más. Pero siempre incluyo a gente que conozco en la vida real. Gente que conozco por nombre, y que tiene una voz propia. Y aunque ellos no lo sepan, cada uno de ellos tiene un papel importante en la preparación de mi predicación.

## **Admite la complejidad de la vida**

Admitámoslo. La vida es compleja. Pero a veces predicamos como si no lo fuera.

Una vez, después de predicar sobre el amor, un hombre se me acercó y me dijo: “Has dicho que el amor es buscar siempre el bien de los demás”.

“Exacto”.

“Vale, pero por mi negocio, estoy en una relación de competencia con otro hermano de esta congregación. Nuestra gestión es muy competente y eso nos permite vender nuestro producto a un precio inferior que el suyo. Pensando en el amor que acabas de describir, ¿qué debo hacer? ¿Mantener un precio similar al suyo? ¿O poner el precio que puedo poner, y como es más bajo que el suyo, quedarme con algunos de sus clientes?”

Antes de que pudiera responder, siguió explicándome su problema.

“Y ésa no es la parte más compleja. Acaba de llegar a la ciudad una gran empresa que vende el mismo producto. Para seguir en el negocio, voy a tener que bajar los precios aún más. Tanto, que es probable que nuestro hermano caiga en bancarrota.

Yo quiero amar a este hermano. Estamos en el mismo grupo de estudio bíblico. Además, soy el entrenador de sus hijos. Quiero actuar de forma que no salga perjudicado. Pero en el mundo de los negocios, si no sale perjudicado él, saldré perjudicado yo. ¿Por qué los predicadores no mencionan este tipo de temas cuando hablan del amor?”.

Para poder hablar con autoridad, tenemos que ponernos en la piel de esos cristianos que se enfrentan a situaciones complejas, ya sea en el hogar, o en el trabajo. No importa lo difíciles y complejos que sean

esos temas. Tenemos que estar dispuestos a decir: “Como pastor, debo predicar sobre las cuestiones delicadas”. Y en nuestra predicación, tenemos que reconocer la complejidad de dichos temas. ¿Cómo podemos hacerlo?

En primer lugar, es bueno admitir la tensión existente, y describirla. Toda verdad nos viene dada en un contexto de tensión. La tensión entre el Amor de Dios y su Santidad es evidente. No es sencillo explicar la forma en que Dios aplica a la vez su Amor y su Justicia.

Yo creo firmemente que Dios honra los intentos sinceros. Y la gente debe saber esto. A veces explico que podemos tener una buena motivación y aun así tomar una decisión equivocada, que es muy diferente de tomar una decisión correcta, pero estar movidos por una motivación incorrecta. Que yo sepa, en la Biblia nunca dice que una acción sea correcta en sí misma. La Biblia deja bien claro que sí hay acciones incorrectas: asesinar, matar, adulterar. Pero no es tan fácil hacer una clasificación de las conductas correctas.

Jesús habló de dos hombres que fueron al templo a orar, que es una práctica religiosa buena, pero dice que uno fue justificado, y el otro no. Jesús también habló de gente que daba y ofrendaba, lo cual es bueno, pero el problema es que algunos lo hacían para ser vistos. Y eso no está bien.

Así que desde la perspectiva de Dios, la motivación que nos mueve a hacer las cosas es un elemento clave. Una de las cosas que los predicadores podemos decir con autoridad es lo siguiente: “En situaciones así, es importante desarrollar todas nuestras habilidades para tomar las decisiones adecuadas. Pero lo más importante es responder a la pregunta siguiente: *¿Cuál es mi motivación?* ¿Estás dispuesto a ser el embajador de Dios en esa situación? ¿Estoy buscando lo mejor para la gente que hay a mi alrededor? A veces nos sentimos confundidos y no sabemos qué decisión tomar. Necesitamos la sabiduría de Dios. Y Dios muchas veces nos ayuda a través de amigos cristianos y de consejeros cristianos”.

## **Habla con autoridad**

Está claro que los predicadores hemos de ser algo más que un simple “compañero de luchas”. No vamos a poder ayudar a nadie si le transmitimos que es un perdedor y que nosotros también lo somos, por lo que la única salida que nos queda es seguir perdiendo juntos.

La gente quiere creer que tú has seguido los consejos que das y que, aunque aún no has llegado a la meta, vas hacia ella y tienes ganas de llegar: “Nunca aprenderás a ser un buen delantero observando a cuatro jugadores que marcan menos de 5 goles por temporada. Tienes que observar al que marca más de 20. Aunque fallará en alguna ocasión, sabe cómo encarar la portería.”

Del mismo modo, la gente quiere escuchar a alguien que conozca sus luchas, pero que también se haya tomado en serio el mensaje de la Biblia y sepa por donde guiarles.

Es verdad que nosotros nos identificamos con las necesidades y las experiencias de los nuestros; y también somos tan humanos como ellos. Pero nuestra tarea es transmitir palabras que sean cualitativamente diferentes de la conversación normal. La predicación eficaz combina las dos y ofrece a las personas la esperanza de que puedan ser mejores de lo que son.

Cuando la combinación es adecuada, predicamos con autoridad, que es distinto a ser autoritario. Predicaremos con autoridad si hemos hecho los deberes. Conoces las luchas y el dolor de los tuyos. Pero también conoces la Biblia y la Teología. Puedes explicar la Biblia de forma clara. Los predicadores no están siendo autoritarios cuando intentan llamar la atención de la gente para que mire a la Biblia. Cuando Billy Graham empieza su frase con las palabras “La Biblia dice...”, no está apelando a su propia autoridad, sino a la autoridad de la Palabra de Dios, y nos muestra que esa autoridad tiene sentido. Cuando nuestra predicación es bíblica, ganamos credibilidad.

Por otro lado, el predicador autoritario es alguien que habla sobre las cosas bíblicas y las cosas no bíblicas con el mismo tono de voz. Hablo con la misma certeza y convicción ya sea que hable del Mundial de Fútbol o de la Segunda Venida.

Me di cuenta de la diferencia una noche cuando mi mujer, Bonnie, me dijo: “Llevas mucho tiempo predicando, y has llegado al punto en el que cuando compartes tu opinión sobre política o deporte, hablas con el mismo tono que si estuvieras predicando sobre Gálatas”. Es fácil caer en eso. Un tono autoritario que no vaya acompañado de una genuina autoridad bíblica es como un sonido aterrador que no significa nada.

Cuando hablamos con autoridad, predicamos el mensaje de la Biblia sin complejos, pero también transmitimos que no somos perfectos, y que no siempre sabemos cómo aplicar la fe a la vida.

## Sé preciso en las descripciones

La autoridad también viene dada por el deseo de cuidar la información de la que uno está hablando y así no distorsionar los hechos. Es muy importante ser preciso al hacer definiciones o descripciones, ya sea que estemos definiendo el trasfondo histórico del texto o dando una ilustración. La exactitud da una mayor credibilidad.

Una vez usé una ilustración sobre serpientes y las describí como “criaturas viscosas y venenosas”. Después del culto, una mujer se me acercó y me dijo: “Las serpientes no son viscosas; son secas. Y la mayoría de serpientes no son venenosas”. Ella trabajaba en el zoo, así que se dio cuenta de que no había hecho un buen trabajo de investigación para poder hacer una buena descripción. Como resultado, ella podría haber tenido la excusa de dudar del resto del contenido de mi predicación.

La necesidad de ser precisos se vuelve mucho más importante cuando nos encontramos ante una audiencia hostil y opuesta a nuestra forma de ver la vida. Se aferrarán a cualquier error que detecten, por pequeño que sea, y lo cogerán como excusa para no escuchar el resto de lo que tenemos que decir.

Si somos conscientes de lo que está en juego, ¿qué diremos cuando tengamos que usar una ilustración de un campo o área que no conocemos bien? La respuesta está en una predicación que escuché hace poco. El predicador era de Gran Bretaña, y para establecer un lazo con los oyentes estadounidenses que tenía delante, decidió hablar de béisbol. En un momento dado, hizo referencia a un “hit de cuatro bases”. Los *fans* del béisbol saben que si das la vuelta a las cuatro bases no se llama un hit de cuatro bases, si no un *home run*. Para mí no fue un obstáculo, y seguí escuchando la predicación. Pero recuerdo que en ese preciso momento pensé: *Este hombre no sabe nada de béisbol*. Y eso podría haberme distanciado de él. Es muy probable que para algunos de los que estaban escuchando perdiera credibilidad.

Pero podría haber salvado esa dificultad diciendo algo como: “Mirad, no entiendo mucho de béisbol, pero me gusta verlo. Y mientras miraba un partido, esto es lo que pasó”. Entonces la gente habría entendido que el predicador no estaba intentando hablar con autoridad sobre ese tema en cuestión, y le hubieran concedido la licencia de hablar con cierta imprecisión.

Años atrás, cuando empecé a enseñar en el Dallas Seminary, le pregunté a Charles Rycie, otro profesor de aquella facultad con mucha experiencia

a sus espaldas, si quería dar algún consejo a aquel principiante entusiasta. Él me contestó: «Cuando tengas que exponer los argumentos de alguien que no está de acuerdo contigo, imagina que tu oponente está sentado en la primera fila. Expón su posición de modo que él tenga ganas de saltar de la silla y decir, “¡Sí, eso es lo que yo creo!”. Y entonces muestra los errores de su posición».

Aquel buen consejo que Ryrie me dio para en el aula, también sirve para el púlpito. No es honesto presentar una posición de forma diferente a la forma en la que la presentarían aquellos que la defienden. Si somos justos y precisos con las ideas de las que diferimos, ganaremos credibilidad.

## **Muestra un carácter cristiano**

Para los líderes de iglesia, quizá el factor más importante para ganarse la credibilidad y la autoridad es el carácter cristiano auténtico. Es lo que Aristóteles llamó el *ethos*; en lenguaje del Nuevo Testamento diríamos “ser maduro, recto”. Lo que eres es más importante que lo que haces. En la actualidad, tendremos credibilidad cuando estamos en el púlpito si la gente puede ver en nosotros un carácter cristiano genuino.

No obstante, la dificultad está en que la credibilidad se basa en lo que la gente *percibe* del carácter del pastor, y esa percepción puede coincidir o no coincidir con la realidad. Algunos pastores, dedicados a Cristo y al ministerio, se presentan ante la gente de una forma que disfraza su verdadero carácter. Un pastor puede ser valiente, pero a algunos les parecerá afeminado. Otro puede tener convicciones profundas, pero puede parecer descuidado y aburrido. La forma en la que la gente percibe nuestro carácter, nuestra vida espiritual, nuestra vida intelectual y nuestra vida familiar tiene mucho que ver con la forma en la que responde a nuestro ministerio.

Parte de la predicación eficaz está en la habilidad de lograr que la presentación esté de acuerdo con la convicción interna. La imagen que proyectamos influirá en nuestra credibilidad. La apariencia con la que subamos al púlpito afectará a la forma en la que la gente responda. Por ejemplo, si yo estoy convencido en mi interior de la importancia de la disciplina y del orden en la vida cristiana, ¿cómo puedo presentarme de una forma que no encaja con esa convicción? En los primeros treinta segundos la gente decide si va a seguir escuchando o no. Dios mira el

corazón, pero la gente de nuestra sociedad mira la apariencia externa. ¿Estoy despeinado? ¿Me he manchado la ropa? Si peso varios quilos de más, quizá crean que no soy disciplinado o que no me cuido.

Una ventaja de los pastores que llevan muchos años en el ministerio es que tienen más oportunidades de lograr que la gente adecue la percepción que tienen de él a la realidad. A esos pastores se les juzga más por su patrón de conducta que por su apariencia física. En estos casos, hay más posibilidades de que la gente diga: “Este pastor no solo habla sobre el amor, sino que lo pone en práctica. Estuvo a nuestro lado cuando tuvimos una crisis familiar y lo necesitamos”. Las actitudes de amar, preocuparse por las personas, y cuidarlas pueden cubrir multitud de predicaciones no estelares.

Está claro que también tenemos cosas de las que debemos librarnos, y eso requiere su tiempo. Conozco un pastor que perdió los estribos en una reunión de la junta, y se puso a gritar enfadado y a decir cosas desagradables. Aunque pasen los meses, cuando le vean subir al púlpito, algunos siempre recordarán aquel incidente. Otro pastor que se encontraba en una situación similar, un día usó el púlpito para confesar de forma pública un arranque de ira que había tenido, y para pedir perdón. Y eso está bien. En su caso, la gente aprendió que aquel hombre que domingo tras domingo subía al púlpito era una persona real y, a la vez, íntegra.

El *ethos* proviene de un ministerio auténtico: orar por las personas de forma individual, acordarse de los nombres de las personas, preocuparse por ellas cuando pasan por un tiempo de crisis. Y proviene de reconocer y articular las luchas con las que la gente se enfrenta y de ofrecer una palabra adecuada que parte de Dios. Todo esto da forma a nuestro carácter, y ese carácter es vital para los predicadores que luchan por ganarse la confianza de aquellos a los que sirven.

*Hoy en día, nuestro objetivo último es la gente no religiosa. Puede que no nos guste, pero lo cierto es que en cada predicación que hacemos, se preguntan: "¿Ese tema me interesa o no me interesa?". Si no les interesa, no importa lo buena que sea nuestra predicación. Desconectarán a los pocos minutos.*

*Bill Hybels*

## 2

### **Hablando a la mente secularizada**

Un día iba de la iglesia a casa y se puso delante de mí un chico que conducía una Harley-Davidson. Me di cuenta de que llevaba una pegatina en la parte de detrás, así que me acerqué algo más para ver qué decía. Y esto fue lo que leí: A LA MIERDA CON LOS SENTIMIENTOS DE CULPA.

Cuando me recuperé del *shock*, me di cuenta de lo diferente que era el mundo de aquel chico del mundo que yo acababa de dejar; incluso del mundo tan solo unas décadas atrás. *Cuando yo era joven, pensé, teníamos sentimientos de culpa. Ahora, ya no solo es 'No me siento culpable', sino 'A la mierda con los sentimientos de culpa'.* Creo que hoy en día la gente no religiosa, a la que Dios nos envía, es cada vez más secular.

Hace mucho tiempo, la palabra de honor de alguien era una señal de garantía, los matrimonios eran permanentes, y los principios éticos universales se daban por sentado. No hace tanto, nadie cuestionaba los conceptos del Cielo y del Infierno, y preocuparse por los pobres era una parte lógica de lo que era ser una persona decente. El consumo ostentoso no estaba bien visto, simplemente porque era ostentoso. A nadie le gustaba que lo tacharan de "egoísta" o de "centrarse en sí mismo", pues se consideraba que eso hablaba de un carácter indeseable.

Hoy, todo eso ha cambiado. No solo es diferente, sino que la gente apenas puede recordar cómo era en el pasado.

## **¿Por qué necesitamos un nuevo acercamiento?**

No obstante, muchas iglesias aún actúan pensando que los no creyentes van a venir a la iglesia, se van a sentir como en casa, van a entender la Soberanía de Dios y la obra redentora de Jesucristo, y el primer día van a dejar su cosmovisión para adoptar por completo la cosmovisión cristiana.

Eso podría haber ocurrido incluso veinte años atrás. La cosmovisión secular no estaba tan lejos de la cosmovisión cristiana. Alguien podía escuchar las declaraciones de Cristo y decir: “Bueno, tiene sentido. Sí, entiendo que soy pecador”, o “Sé que no debería beber tanto”, o “Debería ser fiel a mi mujer”.

Hoy, aunque estamos pidiendo lo mismo, es decir, un compromiso con Cristo, para la gente secular estamos pidiendo muchísimo más. Las implicaciones de convertirse al cristianismo hoy son mucho más notorias.

Hace poco prediqué sobre decir la verdad y, después, un hombre se me acercó y me dijo: “No sabes lo que dices”.

“¿Cómo que no sé lo que digo?”.

“Sales al púlpito a hacer lo que se supone que los pastores tienen que hacer: hablar sobre la verdad. Pero mi trabajo me exige saltarme cinco de las cosas que has mencionado; es, simplemente, parte de mi descripción de trabajo. No puedo hacerte caso, y conservar mi puesto de trabajo. No me estás pidiendo que adopte un sistema de valores; me estás pidiendo que renuncie a mi salario y que abandone mi carrera profesional”.

Aquel día recordé que a nosotros los predicadores, Dios ya nos ha dicho cómo hacer nuestra tarea. Los temas que elegimos, la forma en que presentamos las Escrituras, las ilustraciones que usamos, la respuesta que esperamos de la gente; todo debe estar pensado para lograr nuestro objetivo de presentar a Cristo a los no creyentes de forma eficaz.

Desde que empezamos la iglesia de Willow Creek, nuestro ministerio ha estado centrado en alcanzar a los no creyentes, y durante este tiempo he aprendido mucho, a veces por mis errores, sobre el tipo de predicación que les resulta atractiva, que les anima a volver y, mucho más importante, que les lleva al momento decisivo de querer seguir a Jesucristo. Déjame compartir contigo algunos de esos principios.

## Desarrollando la sensibilidad

Si queremos hablar con integridad al hombre y a la mujer secular, antes de centrarnos en la predicación en sí tenemos que hablar de dos áreas clave.

En primer lugar, debemos entender su manera de pensar. Para la mayoría de nosotros, los pastores, eso es un reto enorme. Muchos solo han estudiado en seminarios o institutos bíblicos y, cuando acabaron, se pusieron a trabajar en la obra. Como resultado, la mayoría nunca ha tenido buenos amigos no creyentes. Quieren que su predicación sea atractiva para la gente no creyente, pero nunca han estado lo suficientemente cerca de ellos para entender bien su mentalidad y su forma de ver la vida.

Si nos tomamos en serio la misión que Cristo nos encomendó, la mayoría de nosotros tendrá que dar pasos gigantescos. Durante años he sugerido a los obreros de Willow Creek que encuentren áreas en la vida que les interesen de verdad – el tenis, el golf, el *footing*, la navegación, la mecánica, ¡lo que sea! – y que le dediquen tiempo en un ámbito completamente secular. En vez de jugar en el equipo de fútbol de la iglesia, ¿por qué no jugar en el equipo de tu barrio? Durante las vacaciones no vayas a un campamento cristiano o conferencia bíblica, ve de camping y charla con los de la *roulotte* de enfrente.

Cuando saco este tema con otros pastores, normalmente encuentro bastante resistencia. ¿Por qué? Porque eso implica hacer cosas con las que no nos sentimos cómodos. Y, no obstante, no saber cómo piensan los no creyentes limita nuestros intentos de explicarles el Evangelio. Si queremos decir en nuestras predicaciones algo como “Quizá algunos de vosotros estéis cuestionando lo que acabo de decir. Puedo entenderlo, porque justo esta semana hablaba con un amigo sobre este tema”, entonces el martes anterior tendremos que haber pasado algo de tiempo con gente no creyente, ya sea levantando pesas, jugando un partido, o tomando un café. No podemos llegar a ellos si no sabemos cómo piensan, y no podemos saber lo que piensan si no entramos en su mundo.

El segundo requisito para predicar de forma eficaz ante los no creyentes es que los amemos. Si no los amamos, se va a notar cuando predicamos. Si prestáis atención, seguro que alguna vez habéis oído a algún predicador decir cosas como “esa gente secular del mundo”. De forma no intencionada, esos predicadores establecen una distancia entre ellos y el oyente no cristiano; es como si fuera “nosotros” contra “ellos”. Yo me pregunto si esos predicadores están convencidos de que

a Dios le importa mucho la gente que aún está perdida; de que tienen que dirigirse a los no creyentes por amor, no solo por deber. Con esa actitud, esos predicadores pierden la oportunidad de hablar a los no creyentes, porque la persona no religiosa enseguida llega a la siguiente conclusión: “No le gusto”.

Lo que ayuda a los pastores a amar de forma genuina a los no creyentes es el don de evangelista. Cuando tienes ese don espiritual es más fácil amar a los no cristianos. No todos los pastores tienen el don de evangelista. Pero he visto cómo muchos han logrado desarrollar una compasión amorosa por los no creyentes, centrándose en sus necesidades. Haciendo eso ya no se sienten intimidados cuando están con no creyentes; les libera, y así les pueden servir.

Cuando yo trabajaba entre jóvenes a principios de la década de 1970, los chavales tenían las emociones a flor de piel. Venían llorando, o enfadados, pero enseguida reconocía cuáles eran sus necesidades. Cuando empecé a servir entre adultos de una zona acomodada, no sabía por dónde empezar. Todo el mundo vestía bien, tenía una pareja atractiva, unos niños encantadores, un bonito coche y una casa de ensueño. Pensé, *¿Para qué necesita esta gente la iglesia? Parece que a todos les va bien.*

No obstante, cuanto más trabajaba con ellos, más me daba cuenta de lo siguiente: *Las vidas de esta gente tienen brechas. Esa guapa esposa no se ha acostado con su marido en tres meses. Esos niños están tan enfadados con su padre que si nos acercáramos lo suficiente, se desabogarían con nosotros. Tienen una casa así de preciosa porque están hipotecados hasta el cuello, y ese trabajo que parece tan interesante, tampoco es tan seguro. Por lo que ese tipo que parece tan seguro de sí mismo, por dentro está muerto de miedo.*

Esa máscara de suficiencia es una capa muy fina, bajo la cual hay un gran número de necesidades que nosotros, como pastores y maestros, podemos cubrir con el poder del Espíritu Santo. Cuando aprendamos cómo piensan los no cristianos y desarrollemos un amor genuino para amarles como Dios les ama, podremos transmitirles las palabras de Cristo de un modo que captará su atención.

## **Temas y títulos que ellos escogerían**

Hoy en día, nuestro objetivo último es la gente no religiosa. Puede que no nos guste, pero lo cierto es que en cada predicación que hacemos, se preguntan: “¿Ese tema me interesa o no me interesa?”. Si no

les interesa, no importa lo buena que sea nuestra predicación. Desconectarán a los pocos minutos.

Hace unos años se publicó el libro *Real Men Don't Eat Quiche* [Los hombres de verdad no comen quiche], y enseguida se agotaron las existencias. Todo el mundo hablaba de él. Mientras pensaba en el increíble éxito del libro, se me ocurrió elaborar una serie de predicaciones titulada: “¿Qué hace que un hombre sea hombre? ¿Qué hace que una mujer sea mujer?”. La gente de fuera de la iglesia oyó los títulos, y vino en avalancha; en cuatro semanas, la asistencia aumentó en un 20 por cien. Los ancianos de la iglesia no se lo podían creer.

Cuando la serie acabó, empecé otra titulada “Un retrato de Jesús”. Perdimos a la mayoría de aquella gente. Resulta interesante que después de aquella serie, los ancianos me dijeron: “Bill, esos mensajes sobre la persona y la obra de Cristo han sido tan relevantes para los no creyentes como los otros mensajes”. En este caso, el problema no estaba en el contenido; la gente que más necesitaba oír el mensaje de aquella serie no vino por culpa del *título*.

Desde entonces, siempre que puedo intento buscar títulos creativos y eficaces. La verdad es que no soy creativo, así que a veces tengo que dedicar horas a encontrar un título que me convenza. Pero lo hago porque sé que la gente no religiosa no vendrá, o no volverá, a menos que pueda decir: “Ése es un tema del que me gustaría oír hablar”. El título no solo debe ser llamativo; tiene que conectar con alguna necesidad o interés.

Aquí aparecen algunos títulos que han funcionado bien:

- “Dios también tiene sentimientos”. La gente decía: “¿Cómo? ¿Dios tiene sentimientos?”; así que venían para descubrir qué y cómo siente.

- “Una casa se puede convertir en un hogar”. Cuando anuncié el inicio de esta serie de predicaciones (lo anuncié en la iglesia la semana anterior), dije: “En nuestra población se están construyendo muchas casas nuevas. Cuando paséis por el lado de la construcción, haceos esta pregunta: *¿Qué hará falta para que esta casa se convierta en un hogar?* De eso es de lo que hablaremos durante las próximas cuatro semanas”. Podría haber usado cualquier otro título, pero la cuestión es que ése funcionó.

- “Diciéndonos la verdad los unos a los otros”.

- “Avivando las llamas del matrimonio”.

- “Cualidades en peligro de extinción”.

- “Alternativas al cristianismo”. Siempre empiezo una nueva serie el domingo después de Navidad y de Semana Santa para captar la atención

de la gente que nos ha visitado esos días. La pasada Nochebuena anunciamos lo siguiente: “Mucha gente dice: ‘El cristianismo es el camino correcto’, o ‘La Nueva Era es el camino correcto’, etcétera. Vamos a estar hablando de las alternativas al cristianismo, las compararemos, y luego vosotros tendréis que decidir. Haremos una comparación honesta, no amañada; si os parece que no está siendo así, decídnoslo”.

Ese título fue todo un éxito, siempre que mantuviéramos nuestra promesa de presentar las creencias opuestas de forma justa. Podría haber titulado aquella serie “El peligro de las sectas” o “Por qué el cristianismo es la única religión sensata”, pero esos títulos solo habrían atraído a gente que ya estaba de acuerdo con esas afirmaciones. Ya con las primeras palabras que la gente oye de nosotros debemos estar comunicando: “Esto es para ti. Éste es un tema sobre el que quieres oír”.

A veces las personas que no me han oído predicar me malinterpretan y dicen: “Sí, es fácil atraer a la gente si tocas temas bíblicos solo de forma superficial y dejas a un lado la voz profética sobre las diferentes áreas del discipulado”. No obstante, mi experiencia me ha enseñado que con la gente no religiosa sí podemos hacer uso de la voz profética. También deberíamos ser como Pablo cuando dijo en Hechos 20: “Sin vacilar os he proclamado todo el propósito de Dios”. Para poder hacer eso con cualquier grupo, tenemos que predicar de forma comprensible. Tenemos que ponernos en su lugar y empezar por aquello que pueden entender o por aquello con lo que se pueden identificar.

Por ejemplo, a nuestra iglesia asiste mucha gente que cree que Dios no puede castigar. ¿No dicen que Él es Amor? Como esa gente necesita llegar a entender la Santidad de Dios, he usado la vieja ilustración: “Si ahora al salir de la iglesia, saliendo del parking le diera a tu coche nuevo, y si me denunciaras, y una vez en el juzgado el juez dijera, ‘No pasa nada, porque Bill no lo ha hecho con mala intención’ te enfadarías muchísimo. Querías que se hiciera justicia, ¿no?”.

Cuando la gente oye esto, normalmente dice algo como “Supongo que tienes razón. No me gusta la idea de un Dios que no sea justo”.

Entonces, yo puedo continuar. “Antes de que te emociones con la idea de un Dios justo, déjame que te explique algunas de las implicaciones. Él también impone esa justicia *sobre ti*”.

Puedes dar explicaciones completamente bíblicas, pero para llegar a los no cristianos, cualquier tema tiene que partir *del lugar en el que están*, de la comprensión que tienen de las cosas, y luego acompañarles hacia una mejor comprensión de la perspectiva cristiana.

Muchos otros pastores y yo creemos que ofrecer una serie de predicaciones es muy útil. Quieres que los no creyentes se acostumbren a venir a la iglesia. Cuando la serie se ha acabado, ya han adquirido el hábito de asistir y suelen decir: “No está tan mal; solo dura una hora”. Estamos intentando enseñarles que no es una experiencia pesada; de hecho, es una experiencia enriquecedora; a veces, salimos inspirados; otras, nos damos cuenta de nuestros errores. Al poco, uno de los hombres que está asistiendo dice: “¿Por qué no vengo con regularidad, traigo a mi mujer, y luego nos vamos a comer fuera?”.

No obstante, creo que las series no deben durar más de cuatro o cinco semanas: deben acabar antes de que la gente se canse. Y si voy a hablar de dinero o de cualquier otro tema delicado, quizá la serie solo dure dos semanas.

## **Explica la sabiduría de la Biblia**

La gente no religiosa no le da a la Biblia el valor que los creyentes le damos. La ven como una colección de sugerencias que de vez en cuando pueden ser útiles, como si fuera uno de esos calendarios con frases célebres y sabias. Normalmente piensan: “Es cierto que la Biblia pone cosas que están muy bien, pero no voy a cambiar mi forma de vida para obedecerla al pie de la letra”.

Si simplemente citamos la Biblia y decimos: “Eso es lo que tienes que hacer porque la Biblia lo dice”, la gente va a decir: “¿Qué? ¿Me estás diciendo que construya mi vida como lo dice un libro que tiene más de mil años? No hago eso con ninguna otra obra literaria antigua. ¿Por qué voy a hacerlo con la Biblia?”. Para ellos, no tiene ningún sentido.

Por tanto, casi cada vez que predico, intento demostrar la fiabilidad de las Escrituras y hacer que la gente la mire cada vez con más respeto. Y lo hago explicando la sabiduría divina que hay detrás de sus páginas. Cuando la mente secular ve lo razonable que Dios es, queda cautivada.

La mayoría de ellos piensa que los cristianos son gente que cree en los diluvios, los ángeles y los milagros extraños. Mi objetivo es explicar, de forma razonable e inteligente, algunos asuntos que tengan que ver con sus propias vidas. Mi esperanza es que cuando salgan de la iglesia, digan: “Puede que la Biblia sí tenga algo que decirme, y que la vida cristiana no sea una opción tan ingenua como me había parecido hasta ahora...”.

Pensemos en 2ª Corintios 6:14, versículo que nos dice: “No estéis unidos en yugo desigual”. Algunos predicadores dirán: “Las implicaciones de este pasaje son obvias: No os caséis con un no creyente. La Biblia así lo dice, así que tenemos que obedecerla”. Para la persona creyente, que cree en la Biblia como inspirada e infalible, esas palabras pueden ser acertadas (aunque hoy en día, nunca podemos dar nada por sentado... Pero ése es otro tema). Pero la persona no creyente piensa: *Ésa es la cosa más estúpida y discriminatoria que he oído jamás. ¿Por qué no me voy a casar con la persona que amo solo porque su religión sea algo diferente a la mía?* Así que en una de mis predicaciones, empecé diciendo: “Os voy a leer la frase de la Biblia que más odian aquellos que no tienen pareja y que sueñan con casarse algún día”. Entonces leí 2ª Corintios 6:14.

“Éste es ese versículo tan horrible en el que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, Pablo reduce el número de posibles candidatos. Si creías que había miles de peces en el mar, Pablo te dice que solo hay un puñado. Que yo sepa, casi todos los solteros que conozco se indignan cuando oyen este versículo por primera vez. Lo que quiero hacer es dedicar los siguientes treinta minutos a explicaros por qué creo que Dios escribió esta norma que nos pone tan nerviosos.”

Durante el resto del mensaje intenté demostrar, usando la lógica y la experiencia de los oyentes, que este mandamiento tenía mucho sentido. En aquel entonces estábamos haciendo obras justo al lado de la iglesia, así que usé esa ilustración: “¿Qué ocurriría si saliera al solar en construcción, y encontrara a un lado a uno de los constructores y a su equipo trabajando según unos planos, y al otro lado encontrara a otro constructor y a su equipo siguiendo unos planos completamente diferentes? Sería el caos, ¿no?”

¿Qué ocurriría en un matrimonio si el marido dice ‘Voy a construir nuestro matrimonio según estos planos’ y la mujer dice ‘Yo voy a construirlo sobre estos otros planos’? Chocarán, y lo más seguro es que gane el más fuerte, al principio. Luego llega la destrucción.

Dios quiere que sus hijos construyan relaciones permanentes y sólidas, y sabe que para eso es necesario que sigan los mismos planes. Para construir un edificio sólido o un matrimonio sano necesitamos trabajar sobre el mismo proyecto”.

Con el paso del tiempo mi objetivo es que cada vez tengan más respeto por las Escrituras, para que llegue el día en que ya no tengan que preguntarse por qué la Biblia dice esto o aquello, sino que digan: “Es así, porque lo dice la Biblia”.

## Ilustraciones actuales

Me he dado cuenta de que la gente no religiosa cree que la mayoría de cristianos, y en especial los pastores, está totalmente desconectada de la realidad. Piensan: *No tienen ni idea de lo que ocurre en el mundo*. Una persona no creyente que se aventura a venir a la iglesia da por sentado que lo que allí se dirá no será relevante para él.

Por eso escojo el 60 o 70 por cien de mis ilustraciones de sucesos de la actualidad. Suelo ojear tres o cuatro periódicos distintos (*Time*, *Newsweek*, *US News & World Report*, *Forbes*), incluso alguno especializado en Economía (*Business Week*). Cada día leo el periódico local (*Chicago Tribune*, o *USA Today* si viajo a otros lugares de los EE.UU.), miro al menos dos telenoticias y, cuando voy en el coche, escucho una cadena de noticias nacionales e internacionales.

¿Por qué? Porque cuando puedo usar una ilustración de algo que está ocurriendo en la actualidad, gano credibilidad. La gente no religiosa dice: “Hombre, ¡si vive en el mismo mundo que yo! Se ha dado cuenta de que Pierce Brosman, Sean Connery y Roger Moore ya no hacen el papel del 007. No está hablando de algo que ocurrió hace años, sino de cosas actuales”.

A veces bromeo diciendo que uno de mis objetivos en el ministerio es servir todos los años que Dios quiere sin haber usado una ilustración de Spurgeon. Los no creyentes (incluso la mayoría de creyentes) no saben quién fue Spurgeon. Y cuando lo descubran se preguntarán por qué pierdo el tiempo citando a alguien como él. Pensarán: *Estamos en el siglo XXI, nuestra juventud tiene un gran problema con la drogadicción, nuestras familias con las hipotecas, nuestros políticos con la lucha contra el terrorismo, ¿y éste se dedica a leer libros de un pensador inglés que murió hace no sé cuántos años? Si tiene tiempo para eso, no vive en el mismo mundo que yo*.

La segunda cosa que consigo al usar una ilustración haciendo referencia a la actualidad es ponerme en la situación del oyente. Él ha escuchado el mismo informativo que yo; ha visto el mismo programa. Cuando cito a San Agustín me ve como alguien que vive en una realidad diferente. Pero cuando digo: “En los informativos de Antena 3 de hace dos días, Matías Prats analizaba las repercusiones en la vida económica del aumento de la inmigración...”, el oyente se dirá a sí mismo: *¡Ah, yo también lo vi! Me pregunto si a este predicador le causó la misma impresión que a mí*; y entonces me escucha con atención. Si utilizamos ilustraciones sacadas de sucesos actuales estaremos in-

cluyendo al oyente. Le estaremos poniendo al mismo nivel que a los demás oyentes.

Aprendí este principio cuando estudié con profundidad las parábolas de Jesús. Me di cuenta de que él decía cosas como: “Todos habéis oído de aquellas dieciocho personas que murieron en Siloé aplastados por una torre...” (Lucas 13:4). Estudiando las parábolas de Jesús, rápidamente te das cuenta de que esas “ilustraciones” no estaban sacadas de citas de los grandes pensadores rabínicos, sino de historias o cosas que la gente normal veía y oía cada día.

Cuando la gente percibe que alguien vive en su realidad, y que está siendo honesto, le escuchan con mucha más atención. Es por eso por lo que siempre usaré ilustraciones actuales.

## Respuestas que dan libertad de elección y tiempo

Hoy en día, cuando la gente viene a la iglesia, normalmente piensa que va a oír el mismo sermón de siempre: Ora más, ama más, sirve más, ofrenda más. Piensa: *Solo quieren sacar algo más de mí. Me pregunto qué cosa van a elegir hoy para decirme que no la hago lo suficiente o que no la hago lo suficientemente bien.*

Para nosotros los pastores, es fácil acabar transmitiendo esa idea, aunque no sea ésa nuestra intención. Un pastor me pidió que le ayudara a mejorar sus predicaciones, y nos pusimos a hablar de las respuestas que esperaba de los oyentes. Mi sugerencia fue la siguiente: “Haz una lista de las predicaciones que has hecho durante el último año, y al lado escribe *ora más, ama más, sirve más u ofrenda más*, según la intención del sermón”.

Cuando lo hizo, me dijo: “Bill, después de analizar todas mis predicaciones me he dado cuenta de que todas se pueden asociar con uno de esos imperativos”. Se había dado cuenta de las implicaciones que eso tenía. Si cada vez que mi hijo entra en el salón, le digo: “Tienes que seguir haciendo esto; tienes que hacer aquello mejor”, pronto dejará de venir al salón. Pero si viene sabiendo que va a haber calidez, aceptación, algo de humor y palabras de ánimo, entonces cuando vea que debe mejorar algo se lo podré decir, y él lo va a aceptar.

A menudo, el objetivo de un mensaje puede ser: *Entiende esta realidad sobre Dios o disfruta esta cosa que Dios ha hecho.* Hace poco basé el mensaje del miércoles por la noche en Romanos 12:3-8, un pasaje sobre el uso

de los dones espirituales. Supongo que podría haber animado a la gente a servir más, pero empecé con las siguientes palabras: “Ésta es la iglesia más servicial que he visto jamás. Estáis usando vuestros dones espirituales de una forma hermosa. Lo que Pablo les está diciendo a los romanos que hagan, vosotros ya lo estáis haciendo”. Y entonces di quince o veinte ilustraciones de formas en las que los miembros de la iglesia estaban sirviendo, de manera desinteresada, para la gloria de Dios.

Y terminé diciendo: “Quiero deciros que os respeto como iglesia. Sois un grupo increíble, de personas que agradan a Dios. Pongámonos en pie y acabemos con una oración”. Los miembros de la iglesia son personas con sentimientos y dudas y, a veces, es necesario reconocer lo que ya están haciendo. En el caso de los no cristianos, podemos elogiarlos por querer considerar de forma honesta las palabras de Cristo, por estar dispuestos a escuchar y no rechazarnos de forma inmediata.

No obstante, con la gente no religiosa tenemos un objetivo que ya nos ha sido dado: queremos que lleguen a aceptar el señorío de Jesucristo. Dejadme comentar dos principios clave a la hora de pedirles a los no creyentes que tomen una decisión.

1. *Démosles libertad para elegir.* Para mi sorpresa, un día aprendí que podemos retar a la gente no religiosa tanto como a cualquier creyente, *siempre y cuando* en el momento en que decimos la verdad les demos absoluta libertad de elección. Al final de un mensaje evangelístico, normalmente digo algo como: “Tienes que tomar una decisión. Yo no voy a tomarla por ti. No te voy a decir que la debes tomar en los próximos treinta segundos. Pero en algún momento tendrás que tomar algunas decisiones respecto a las cosas de las que hemos estado hablando aquí. Mi casa y yo ya nos hemos decidido. Y estamos contentos de haberlo hecho. Pero tú debes tomar tu propia decisión”. Estoy tirando la pelota a su campo. *Ellos* son los que tienen que decidir qué hacen con ella.

Hace poco, durante uno de mis mensajes defendí bíblicamente la importancia de los equipos de liderazgo. Y al acabar dije: “Sé que muchos de vosotros sois los propietarios de vuestros negocios, y que no tenéis que rendirle cuentas a nadie. Pensando en lo que hemos leído en las Escrituras hoy, creo que seríais los primeros beneficiarios en seguir la propuesta bíblica de los equipos de liderazgo. Así, otros ojos verán las cosas que vosotros no veis, y otras personas con distintas debilidades a las vuestras podrán llegar a donde vosotros no llegáis.

Pero es vuestra vida; vuestro negocio; vuestras familias; vuestro futuro. Confío que con el tiempo pensaréis sobre lo que hemos hablado hoy y

tomaréis la decisión adecuada. En lo que a mí respecta, cuento con un equipo de ancianos, con la junta, y con un grupo de supervisión mutua en el que nos rendimos cuentas los unos a los otros. Estoy contento de poder tener un equipo para poder realizar lo que Dios me ha llamado a hacer. Vamos a ponernos de pie y acabar con una oración”.

Cuando le das a una persona la libertad de escoger, se marcha diciendo: “¡Maldita sea! ¡Ojalá hubiera sido más impositivo, pues así me habría enfadado, lo habría rechazado enseguida, y ahora me habría olvidado. Pero ahora tengo que dar una respuesta”. En lugar de hacer que la gente se aleje, dar libertad de elección les apremia a tomar una decisión.

2. *Démosles tiempo para tomar una decisión.* Supón que un hombre viene a mi oficina y me dice: “Tengo un Mercedes-Benz. Te lo vendo por 500 dólares si me extiendes un cheque en quince segundos”. Yo no lo haría. Por un lado, es estúpido dejar pasar esa oportunidad y no comprar un Mercedes-Benz por 500 dólares. Pero si me tengo que decidir en quince segundos, no lo haría porque no he tenido tiempo suficiente para hacer las comprobaciones necesarias. Es lógico que primero quiera saber algunas cosas, como *¿realmente tiene un Mercedes-Benz? ¿En qué condiciones está? ¿Es un coche robado?*

Pero el domingo muchas veces queremos decirle a la gente que lleva veinte, treinta o cuarenta años viviendo en un mundo totalmente secular: “Tienes un par de minutos al final de esta reunión para tomar la decisión que va a determinar tu eternidad. Es una decisión que va a cambiar tu vida por completo, y hasta puede que pierdas tu empleo, pero venga, ¡tómala ya!”. El no cristiano está pensando: *¡Pero qué dices! ¡Esto suena como la mayor decisión de mi vida, y solo hace veinte minutos que me lo estoy planteando...! Así que déjame pensarlo bien, ¿no?*

Cuando animo a algún no creyente a tomar la decisión de seguir a Cristo, les estoy intentando persuadir sobre algo que va a cambiar radicalmente todo lo que son. Entonces me dicen cosas como: “¿Quieres decir que el matrimonio es permanente? Tienes que estar bromeando. ¿Que me tengo que reconciliar con esa bruja? ¡Ni hablar!”; o “¿Que me tengo que encargar de la educación de mis hijos, en vez de pagar a alguien para que lo haga?”. Mire a donde mire, el no creyente se encontrará con que le pido más de lo que él se imaginaba al principio. Se da cuenta de sus necesidades espirituales – eso es lo que le trajo a la iglesia – pero necesitará algo más de tiempo para considerar las implicaciones.

La mayoría de conversiones que tienen lugar en Willow Creek llegan después de que la gente haya asistido durante seis meses o más. La

persona secular necesita ese tiempo de asistencia regular para observar, conocer y entender, junto con el testimonio constante del amigo que le llevó a la iglesia. Suele pasar ese período de tiempo (como mínimo) antes de que nadie pueda decir: “¡Me convence!”.

Es interesante. Mucha gente me critica por esto, diciéndome: “¡Bill, si los tenías comiendo de la palma de tu mano, y los dejaste marchar!”.

Como ya he oído esta crítica muchas veces, ahora siempre respondo con alguna pregunta. “¿Crees que esa gente ha oído la verdad aquí en las reuniones?”.

“Sí, la han oído”, me suelen contestar.

“¿Crees que el Espíritu Santo está vivo y que actúa hoy?”.

“¡Claro que sí!”.

“¿Crees que Bill Hybels alguna vez ha salvado a alguien?”.

Rápidamente contestan: “No, no, claro que no...”.

Por lo que yo digo: “¡Ah, entonces vamos bien! Si han oído la verdad, y el Espíritu Santo está vivo y es eficaz, Dios continuará obrando en sus vidas, y Bill Hybels no es el único medio a través del cual Dios puede actuar”.

Con todo y con eso, está claro que la decisión no debe demorarse demasiado. No ocurre siempre, pero en algunas ocasiones, la gente necesita ser desafiada. Y cuando yo desafío a la gente, la desafío de verdad. En alguna ocasión digo algo como: “Algunos de vosotros estáis fuera mirando hacia el interior. Lleváis bastante tiempo entre nosotros y tenéis suficiente información. Me gustaría preguntaros qué os impide arrepentiros de vuestros pecados y confiar en Cristo. ¿Por qué no lo hacéis ya? A veces posponer esa decisión demasiado tiempo puede ser catastrófico. Es el momento de dar el paso”.

Pero – y esto es sumamente importante – cuando digo algo así, *siempre* preveo que puede haber gente que aún no está lista, y concluyo diciendo algo como: “Aunque quizá muchos de vosotros estáis aquí hoy por primera vez o tan solo habéis venido un par o tres de semanas. Aún no tenéis suficientes respuestas, así que lo que acabo de decir no iba por vosotros. Vosotros estáis en la fase de investigación, y eso es legítimo y lo respetamos, y esperamos que sigáis investigando hasta que tengáis toda la información que la gente a la que estaba hablando ya tiene”.

Intentar alcanzar a los no creyentes no es fácil. Y no será más fácil de aquí a unos años. Pero cuando veo que después de meses de trabajo, el mensaje les llega, ¡eso me anima a continuar!

No hace mucho un hombre me dijo: “Vine a tu iglesia, y nadie sabía lo que me pasaba por dentro, porque yo me ponía una careta, y lo hacía muy bien. Pero eso no me hacía sentir mejor. Y cuando empezaste a decir que a pesar de todo mi pecado, Dios aún me amaba, algo se conmovió dentro de mí. Me entregué a Cristo, y puedo asegurarte que soy diferente. Mi hijo y yo no nos llevábamos nada bien, pero decidí pedirme dos semanas de vacaciones y llevarle a un campamento de béisbol. Allí empezó a abrirse, y pudimos reestablecer nuestra relación. Bill, gracias por hablarme de Jesús”.

A un predicador, el gozo al oír unas palabras así le impulsa a superar todos los retos y las dificultades del camino.

## **Parte 2**

# **LA PREDICACIÓN CONTEMPORÁNEA**



*En mi congregación, cada domingo hay una multitud de necesidades, expectativas, niveles de madurez e intereses. Y se supone que tengo que ofrecer un menú que sirva para todos. Eso significa que tengo que ser un nutricionista bíblico intencional.*

*Stuart Briscoe*

### 3

## Planificando el programa de predicaciones

Una vez realicé una serie de predicaciones sobre el fruto del Espíritu. Después de la última predicación, una mujer se me acercó para preguntarme: “¿Cuándo vas a predicar sobre algo relevante?”.

Sorprendido, le dije medio tartamudeando: “¿Relevante para quién?”.

“Para la mayoría de nosotros”, contestó, “tenemos problemas en nuestras familias, en nuestros matrimonios y en nuestros hogares. Necesitamos ayuda. ¿Cuándo vas a decirnos algo relevante?”.

¡Ah! Creo que ya lo entiendo, me dije a mí mismo. “Déjeme hacerle unas preguntas. En medio de esos problemas, ¿hay falta de amor?”.

“Sí, hay falta de amor”.

“Y probablemente debido a esas situaciones haya poco gozo también”, continué.

“¡Exacto! La gente es bastante infeliz”.

“Y sospecho que en esos hogares tampoco hay paz”.

“¡Ya lo has entendido!”, me dijo. Me apenaba ver como iba mordiéndose el anzuelo mientras iba mencionando todas las características del fruto del Espíritu. Cuando ya los había mencionado todos, me miró desconcertada e insistió: “Entonces, ¿cuándo vamos a oír predicaciones que nos ayuden con estas necesidades que tenemos?”.

Le expliqué que cuando el fruto del Espíritu está en nuestras vidas, también se verá en nuestros matrimonios, en nuestras familias, y en todos

los aspectos de la vida. Yo había querido llegar a todas esas necesidades, pero había presentado el tema hablando de la provisión de Dios, en vez de hablar de nuestras necesidades. Les había hablado de una dinámica espiritual. Ella quería oír unos pasos prácticos y concretos que la ayudaran a saber cómo educar a sus hijos o cómo soportar a su marido. Según ella, aquella serie de predicaciones no merecía el aprobado.

Esa experiencia me ayudó a ver la importancia de planificar bien el programa de predicaciones. En mi congregación, cada domingo hay una multitud de necesidades, expectativas, niveles de madurez e intereses. Y se supone que tengo que ofrecer un menú que sirva para todos. Eso significa que tengo que ser un nutricionista bíblico intencional, tener un plan concreto.

## **El propósito de la planificación**

Para planificar un menú hemos de tener claro cuál es el propósito de la comida. La predicación es, en primer lugar, *proclamación*: el anuncio de quién es Dios y de lo que ha hecho y planea hacer. Así que todos los menús que preparo están centrados en Dios, y su objetivo es hacer que todo en esta vida esté centrado en Dios. Yo prefiero hacer una predicación que magnifique a Dios antes que hacer una charla para ofrecer respuestas rápidas a dilemas concretos de la vida. Prefiero dar de comer alimento espiritual sólido que usar una homilética rápida y superficial y ser el causante de una desnutrición espiritual. Y este objetivo condiciona la forma en la que planifico el menú.

En consecuencia, mi punto de partida no es tanto “¿Qué quiere oír la gente?”, sino, “Voy a darle a la gente el Pan de Vida”. Básicamente, todas las personas necesitan conocer a Dios en medio de su situación particular. Así que lo que hago es relacionar las necesidades que tenemos en la vida con estos principios fundamentales: reconocer a Cristo como Señor, ser sus discípulos, vivir como su pueblo en la institución única de la iglesia, y centrarnos en la Palabra de Dios, en las Escrituras. Si empiezo con las Escrituras y expongo a la gente a lo que éstas dicen, voy por buen camino.

## ¿Por qué planificar?

No obstante, creo que la enseñanza y la predicación sistemática tienen mucho valor. Así que planifico de forma cuidadosa, y lo hago por diversas razones.

En primer lugar, la planificación hace que la preparación sea más sencilla, porque no me tengo que pasar la mitad de la semana pensando sobre qué voy a predicar. La tarea de encontrar un nuevo tema cada semana puede tiranizar al predicador, y muchas veces la congregación acaba convirtiéndose en la víctima de esas “revelaciones especiales del sábado por la noche”. Cuando planifico, el domingo por la tarde después de la predicación ya sé el tema del que voy a predicar el domingo siguiente.

En segundo lugar, la planificación me ayuda a no repetirme. Cuando pienso en la serie de textos que voy a cubrir a lo largo de una serie de predicaciones, ya puedo ver qué ideas voy a tocar. Esa planificación sirve para no hacer siempre los mismos énfasis, y confío en que también sirva para que cada semana la predicación sea algo fresco, nuevo, y así poder ir presentando a la congregación *todo* el consejo de Dios.

En tercer lugar, muchas personas de la congregación planifican otras áreas de la vida, así que también esperan que mi predicación tenga algún tipo de planificación estratégica, para saber hacia dónde estamos yendo. En particular, las personas que trabajan en el mundo de los negocios planifican muchísimo, y siempre me preguntan con antelación de qué voy a hablar. Y a mí me gusta darles una respuesta, poder explicarles hacia dónde vamos.

Por último, la planificación me permite elaborar series, lo que significa que tengo tiempo de desarrollar un tema y crear expectación. La gente muchas veces viene con interés de ver cómo sigue lo que se planteó el domingo anterior. Ha habido gente que me ha pedido un esquema de la serie para saber cómo se va a seguir desarrollando el tema. ¡Me encanta cuando la planificación sirve para despertar el interés de la gente!

Aunque intento que cada mensaje sea una unidad en sí misma para que la gente que no ha podido venir algún domingo no se sienta perdida, lo cierto es que la ventaja de las series es que puedes ir construyendo sobre lo que ya has explicado. Cuando una serie de la televisión acaba sus capítulos con el famoso “Continuará”, la gente hace todo lo posible por no perderse el siguiente capítulo. Si añado algún elemento similar en mis predicaciones, el interés de mis sermones aumenta.

En nuestra congregación, aunque algunas personas asisten cada semana, son muchas (calculo que una tercera parte) las que no vienen todos los domingos. Algunos predicadores creen que ésta es una buena razón para no hacer series, pues muchos “perderían el hilo”.

Sinceramente, yo no me preocupo mucho por los que *no están*. Mi predicación va dirigida a aquellos que *están*. Mi deseo también es llegar a los que van y vienen, pero no planificaré en función de los asistentes irregulares.

## **Elaborando un programa**

Yo no soy una persona extremadamente organizada. Cuando estoy en medio de una serie, normalmente hay tres preguntas a las que sí puedo contestar: a dónde quiero llegar con la serie que estamos haciendo, cuándo voy a predicar tres o cuatro sermones independientes entre esa serie y la siguiente, a modo de descanso, y de qué va a tratar la siguiente serie. Pero si me preguntas más allá de eso, no te voy a saber responder. Algunos pastores saben con uno o dos años de antelación qué temas van a tratar. Pero yo funciono mejor si me concentro en la serie en la que estoy trabajando, pues eso ya me supone mucha energía mental.

Son muchas las fuentes de las que saco ideas para los temas de las series. Tengo la bendición de contar con colaboradores que muchas veces traen buenas ideas de los contactos que tienen en el ministerio. A veces las ideas las obtengo de mis lecturas o de mi estudio personal. Otras, vienen de miembros de la congregación.

Hace poco preparé una serie sobre el Credo Apostólico. La idea me surgió cuando una mujer, miembro de la iglesia, me transmitió su preocupación por el Movimiento de la Nueva Era, y me preguntó si había pensado hacer una serie de predicaciones sobre los peligros de dicho movimiento. Me prestó unos materiales que me sirvieron mucho. Reflexionando sobre su sugerencia, sentía que aquella mujer tenía razón, que debíamos tratar aquel tema y, no obstante, no dejaba de pensar que una serie sobre la Nueva Era tendría un interés limitado.

Entonces recordé algo de los días en Inglaterra cuando trabajaba en la Banca. Una de mis responsabilidades era identificar los billetes falsos. Al principio, como no me sentía lo suficientemente preparado, le pedí a un inspector con más experiencia que me diera algunas ideas.

“Tienes que pasar horas y horas manejando los billetes de verdad”, me aconsejó. “Cuanto más familiarizado estés con los billetes auténticos, más fácil te resultará detectar los falsos. De hecho, lo harás de forma automática”.

Eso me dio que pensar. *Probablemente, la mejor manera de animar a los miembros de la iglesia a detectar la religión falsa es asegurarnos de que conocen bien la verdadera.* Así que en lugar de predicar sobre el Movimiento de la Nueva Era, preparé una serie sobre el credo apostólico. Elaboré dieciséis predicaciones, cogiendo cada uno de los artículos o declaraciones del credo, y contrastándolos con ideas contrarias. Aquella serie, “La creencia cristiana en nuestro mundo” ayudó a la gente a conocer bien el cristianismo ortodoxo para poder así rechazar las creencias sin fundamento.

Con frecuencia, paso una encuesta para descubrir qué temas preocupan o interesan a la congregación. La encuesta es muy sencilla: una pequeña tarjeta donde pueden escribir sus ideas. Y eso se convierte en una fuente muy rica de ideas. Algunas se convierten en el tema de las series siguientes; pero incluso aquellas que nunca llego a usar me dan una mejor comprensión de cuáles son los intereses de la gente.

La mayoría de las veces las ideas para las series vienen de una combinación de recursos. Una semana, realizando mi tarea pastoral, me encontré con un número alarmante de personas cuya actitud ante su situación particular era muy negativa. Todo lo veían negro. *Es que solo se miran el ombligo. ¿Ése es el problema!*, pensé. *¿Cuándo miran a Dios?*

Y la idea de “mirar a Dios” no se me iba de la cabeza. No dejaba de pensar que en los EE.UU. la iglesia se estaba convirtiendo en un club lleno de *socios* centrados en sí mismos. Y, aunque éste no es el orden que suelo seguir, decidí que ése sería el título de una serie de predicaciones, y empecé a buscar la forma y el contenido de dicha serie.

Entonces estaba leyendo los profetas menores y me di cuenta de que podía usar a los doce para hacer una serie de doce predicaciones bajo aquel título que me venía a la mente una y otra vez. Por un lado, intentar cubrir un libro en una sola predicación parecía algo demasiado espeso para digerir. Pero aquella serie, “Mirando a Dios”, resultó ser muy constructiva y la congregación la recibió con mucho entusiasmo.

La serie más larga que he hecho fue sobre 1ª Corintios, con sesenta predicaciones. Génesis logré hacerlo en cuarenta predicaciones, una por capítulo. Pero ahora ya no hago series tan largas. Creo que la duración ideal es de doce semanas: un periodo de tiempo que te permite realizar

un buen desarrollo de cualquier tema, pero también bastante moderado para no cansar a la gente.

También planifico los descansos que habrá entre serie y serie. En primer lugar, lo hago para que la congregación pueda darse un respiro antes de que nos introduzcamos de forma seria en un nuevo tema. Pero también me da a mí la oportunidad de predicar sobre temas específicos que es necesario tratar, y que no son tan extensos como para realizar una serie de predicaciones.

A veces es necesario parar en mitad de una serie. Las épocas del año (como Navidad, Semana Santa) o sucesos excepcionales (una noticia de repercusión nacional o internacional, o una catástrofe), así lo exigen. Otras, planifico una serie que tenga elementos que puedan usarse en esos días especiales, como por ejemplo recordar el credo apostólico y hacer coincidir las partes que dicen “crucificado, muerto y sepultado” y “en el tercer día resucitó de entre los muertos” con el Domingo de Ramos y el Domingo de Resurrección, respectivamente. En otras ocasiones, simplemente hago un alto en el camino, aparcando la serie que estamos siguiendo, y elaboro una predicación especial para esos días concretos. Muchos se ofenderían si siguiera con la serie, haciendo caso omiso de las festividades.

## **Tipos de series**

De los dos tipos de serie que más uso, el más sencillo es el que consiste en estudiar un libro de la Biblia. Elijo un libro, lo divido en partes, y lo explico. Y mientras predico sobre cada una de las partes, intento que la iglesia siempre tenga en mente la visión global del libro.

Por ejemplo, hace poco realicé una serie de predicaciones sobre el libro de Deuteronomio titulada “Disfrutando de la buena vida”. Cada semana empezaba la predicación diciendo algo como “cuando Moisés llevó a los hijos de Israel a la tierra prometida, dijo que era una buena tierra llena de cosas buenas, y que Dios quería que disfrutaran de ella. Lo mismo ocurre con nosotros. En las últimas semanas hemos estado viendo algunos de los elementos de esta buena vida de la que Dios quiere que disfrutemos, y éste es el aspecto en el que nos vamos a centrar hoy”.

Intento integrar el mensaje general del libro en la realidad contemporánea. Por eso intento hacer mensajes temáticos, para así poder

aplicar la enseñanza bíblica a una cuestión o situación contemporánea específica.

En cierto sentido, esto último hace que a veces la distinción entre las series sobre un libro y las series temáticas, que es el segundo tipo, no sea tan clara. Las predicaciones que entrarían dentro de esta segunda categoría serían, por ejemplo, las predicaciones sobre el credo apostólico, los “Yo soy” de Jesús, las iglesias del Apocalipsis, o el Padrenuestro. Si me queréis poner una etiqueta, yo me considero un “expositor temático”, alguien que expone un texto, independientemente de si la serie versa sobre un libro de la Biblia o sobre uno o varios temas.

## La predicación equilibrada

Cuando planifico mis predicaciones, intento mantener el equilibrio y no caer en los énfasis desequilibrados.

- *Antiguo Testamento y Nuevo Testamento.* Por lo general, la iglesia no conoce el Antiguo Testamento muy bien. Para corregir ese desequilibrio, siempre alterno y hago una serie basada en el Antiguo Testamento, y luego otra basada en el Nuevo; y así, sucesivamente. Cuando prediqué sobre la vida de David, usando sobre todo el texto de Reyes y Crónicas, la serie siguiente, “El discipulado”, la basé en Juan y procuré que el énfasis estuviera en el Nuevo Testamento.

- *Doctrina y vivencia.* Creo que hoy en día hay una gran necesidad de predicación doctrinal sólida. Sin una doctrina sana, cuando los seres humanos tienen problemas, van a la deriva y se ahogan. Pero a la vez todos necesitamos escuchar predicaciones sobre la familia, el matrimonio y la comunicación. De hecho, a veces la gente se centra tanto en sus problemas que presentarles una “doctrina teórica” no sirve de nada. No obstante, necesitamos encontrar un equilibrio entre los temas doctrinales y los temas que tienen que ver con la vida y las relaciones. Más exactamente, tenemos que aplicar la doctrina de forma que se pueda entender y con la que las personas puedan identificarse.

- *Masculino y femenino.* La percepción de los hombres es bastante diferente a la percepción de las mujeres. No acabo de desvelar ningún misterio. Las mujeres suelen tener más interés por los temas que tocan el corazón, o por los temas que tienen algo que ver con el hogar, la familia, o con los roles. Por el contrario, los hombres, en general, prefieren hablar de conceptos. Cuando planifico las series de predicaciones,

preparo los diferentes temas y busco ilustraciones, intento tener en cuenta esta realidad.

Una vez, hablando con Karen Mains, Becky Pippert, y con mi mujer Jill, me fijé en lo diferentes que eran las ilustraciones que aquellas mujeres usaban. A mí me gusta hablar de deportes. O de los marines. O del mundo de los negocios. Ellas, sin embargo, usaban ilustraciones sacadas de la familia y del matrimonio. Hablaban sobre sí mismas e incluso sobre sus fracasos de una forma mucho más abierta. Esos son énfasis que debo incluir si quiero que mi predicación llegue a más del 50 por cien de la congregación.

- *Crecimiento personal y misión.* He conocido predicadores tan centrados en el servicio y en la misión, tan centrados en el “hacer”, que acaban por “quemar” a los miembros de la congregación. Sin embargo, otros pueden llegar a ser tan “místicos” que nunca animan a los creyentes a que salgan de su burbuja. La enseñanza bíblica es que tenemos que estar bien unidos al Señor *para* poder dar fruto, así que yo intento mantener el equilibrio exhortando a la congregación a que busque el crecimiento personal, y animándoles también a que salgan al mundo y sean sal y luz.

A veces ocurre que una predicación suelta o una serie entera, por el tema que trata o por lo que sea, hace un énfasis muy fuerte en uno de estos elementos que acabamos de mencionar. Cuando eso se da, intento que la siguiente predicación o serie haga hincapié en el aspecto que hemos dejado algo más abandonado.

## **La planificación se puede modificar**

Naturalmente, a veces cambio lo que ya está planificado. Un año, por Semana Santa, después del primer culto, Jill me dijo: “Has hecho una descripción muy gráfica de lo que es la muerte, pero creo que tendrías que personalizar el mensaje un poco más”.

Tenía razón, así que para la predicación siguiente revisé el sermón para no dedicar más de dos minutos a describir la muerte de mi padre. Pude notar el impacto que aquello estaba causando en la gente. Nadie osaba moverse y un profundo silencio se apoderó del lugar. Fue un momento muy especial.

Casi nunca expreso mis sentimientos de forma tan abierta (debido, supongo, a mi sangre británica). De hecho, cuando eso se hace con

demasiada frecuencia, las historias que se comparten pierden parte de su fuerza. Pero en aquella ocasión decidí compartir algo muy íntimo, aunque aquello no formara parte de mi planificación original. Aquella mañana, la gente escuchó, sintió y respondió a la Palabra de Dios. Y *eso* era lo que yo había planificado.



*La predicación transformadora no consiste en hablar de la Biblia. Consiste en hablar a las personas de su identidad, sus preguntas, su dolor, sus miedos, sus luchas, y hacerlo desde la Biblia.*

*Haddon Robinson*

## 4

# **Combinando el contenido bíblico con la aplicación**

Fue una predicación pésima.

Una iglesia de Dallas me había invitado para predicar sobre Juan 14. No es un pasaje sencillo. Está lleno de cuestiones exegéticas sobre la muerte y la Segunda Venida. ¿Cómo explicar “Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os tomaré conmigo”? ¿Cómo está preparando Jesús ese lugar? ¿Significa eso que no iremos a estar con Él hasta que Él vuelva? ¿Y dónde estará nuestra alma mientras tanto? Me pasé toda la semana estudiando el texto y leyendo comentarios para poder responder a esas preguntas.

Cuando me puse en pie para predicar, sabía que había hecho los deberes. Aunque se trataba de temas bastante complejos, yo había investigado, estaba seguro de mí mismo y preparado para una enseñanza sólida sobre el pasaje que me habían asignado.

No obstante, cuando llevaba cinco minutos predicando, me di cuenta de un gran problema. La gente no me estaba siguiendo. Y a los diez minutos, la gente se estaba durmiendo. Un hombre que estaba sentado en el primer banco empezó a roncar. ¡Y lo peor es que eso no molestó a nadie porque nadie estaba escuchando!

¿Qué había hecho mal? El problema estaba en que me había pasado toda la predicación enfrentándome a las grandes cuestiones teológicas,

cuestiones que a mí me intrigaban. Todo lo que dije era válido. De hecho, si hubiera estado en el aula de un seminario, los estudiantes me hubieran felicitado. Pero en aquella iglesia, en aquel púlpito, aquella predicación fue un fracaso.

¿Qué había pasado? No había hablado sobre las preocupaciones cotidianas de la gente que me estaba escuchando. Me dediqué a responder a mis preguntas, no a las suyas. Algunos de los hombres y mujeres a los que hablé aquel día estaban a punto de partir con el Señor. Las preguntas que tenían eran: “¿Me echará a un foso común, o me llevará sano y salvo al hogar eterno? Cuando llegue al Cielo, ¿qué habrá allí?

Lo que querían escuchar era algo como: “¿Sabéis? Jesús dijo que iba a preparar un lugar para nosotros. El Creador del Universo lleva 2000 años preparando un hogar para ti. Dios tardó seis días en crear el mundo, ¡y mirad qué maravilla creó! ¡Imaginad lo precioso que debe de ser el hogar que te está preparando desde hace tanto tiempo! Y eso es lo que te espera cuando llegues al final de tu vida en esta tierra”.

Eso es lo que debería haber dicho en la predicación: decir algo que respondiera a sus preguntas. Pero no lo hice.

También es posible cometer el error opuesto: pasarse toda la predicación haciendo aplicaciones prácticas sin basarlas en las Escrituras. No quiero quitarle importancia a las Escrituras. Es posible hacer lo que se llama una predicación “rascacielos”: contar una historia tras otra y no incluir un contenido sólido entre historia e historia. Ese tipo de predicaciones mantiene a la gente atenta, pero no les aporta principios eternos a los que aferrarse. Una predicación llena de especulaciones que no están basadas en la Biblia no nos aporta ninguna satisfacción duradera.

Parte de la investigación que yo había realizado sobre esos temas podría haber ayudado a la iglesia a encontrar una respuesta a sus preguntas. Pero la clave está en combinar el contenido bíblico con la aplicación de un modo eficaz.

## **¿Cuánto contenido bíblico tengo que incluir?**

¿Cómo descubrir cuál es el equilibrio adecuado entre el contenido bíblico y la aplicación?

La clave está en dar solo la información bíblica necesaria para que la gente pueda entender el pasaje. Y luego, pasar a la aplicación.

Llegado este punto nos será útil hacer una distinción entre exégesis y exposición. La exégesis es el proceso por el cual descubrimos el significado del texto, generalmente fijándonos en los tiempos verbales, o cuáles son las palabras en las que se hace hincapié en las lenguas originales. Eso es lo que uno hace cuando estudia el texto para así poder preparar la predicación. Pero no es apropiado para un sermón del domingo por la mañana. De hecho, un uso excesivo de palabras en griego y en hebreo nos puede dar un aire de pedantería insufrible. El resultado es que la gente desconecta. Los oyentes pueden llegar a ver en nosotros cierta arrogancia que les está transmitiendo: “Yo sé algo que tú no sabes”, y entonces la distancia que hay entre ellos y el predicador se hace enorme e insalvable.

Durante diez años fui director general de una agrupación médica y odontológica cristiana. A veces, los doctores me hablaban usando términos médicos, y la mayoría de las veces no tenía ni idea de lo que me estaban diciendo. Un día le dije a uno de mis amigos: “Espero que no les hables a tus pacientes como me hablas a mí, porque yo no entiendo esa jerga médica. No es que sea un ignorante o una persona inculta. Simplemente no he estudiado Medicina”.

¿Sabéis lo que me dijo? Me contestó: “Eso es lo que los predicadores siempre hacen cuando están en el púlpito”.

Y yo pecaba mucho de eso cuando acababa de salir del seminario. Usaba el conocimiento que tenía de hebreo y griego tanto en mi estudio personal, como en el púlpito. Un día, una mujer me hirió con el siguiente cumplido: “Me encanta oírte predicar. De hecho, cuando veo lo mucho que sacas de las lenguas originales, me doy cuenta de que casi no me vale la pena leer la Biblia en castellano”.

Me marché a casa diciéndome, *¿Pero qué he hecho? Mi objetivo es motivar a las personas a que se acerquen a la Biblia, y lo que he logrado es que esta mujer se aleje de ella.*

Spurgeon tenía razón: la iglesia en general no va a aprender el lenguaje del seminario, así que los que han estudiado en el seminario tienen que aprender el lenguaje de la iglesia. El predicador tiene que hacer un trabajo de traducción.

Mientras que un domingo por la mañana lo que no se puede hacer es dar a la congregación una exégesis fría e incomprensible, lo que sí se puede hacer es una exposición. La exposición consiste en extraer de la exégesis aquello que la iglesia necesita escuchar para llegar a entender el pasaje. La iglesia no necesita conocer toda tu exégesis, pero sí necesita

ver el marco en el que el pasaje aparece, y el hilo del pasaje. Los oyentes deberían ser capaces de volver al pasaje unas semanas después, leerlo, y poder decir: “¡Entiendo lo que dice!”.

¿Significa esto que en la iglesia no hay lugar para la exégesis? Claro que no. Mientras estudias, extraerás un material que sí podrás usar en otro tipo de contexto, por ejemplo, en un estudio bíblico con aquellos que quieren profundizar un poco más. Por tanto, aunque incluir toda una terminología técnica y conceptual no es adecuado para una predicación, sí lo será para un estudio bíblico más profundo.

Algunos pastores que conozco, el miércoles por la noche ofrecen un estudio bíblico más profundo sobre el mismo texto que trataron en la predicación del domingo anterior, para aquellos que están interesados.

Donald Gray Barnhouse tenía una forma muy interesante de predicar. Antes de empezar, leía el texto, y a medida que lo leía, lo iba comentando. Se detenía quizá para comentar algún tiempo verbal, o el significado de cierta expresión. Así, solía tardar unos diez minutos en leer el texto. Su lectura estaba basada en su exégesis.

De todos modos no lo hacía de una forma pedante. No daba lecciones de lenguas antiguas. Simplemente dedicaba algo de tiempo a desarrollar el pasaje basándose en su estudio, para que la congregación pudiera apreciar el hilo y los matices del pensamiento del autor bíblico. ¡Muchos de los que asistían por primera vez a aquella iglesia presbiteriana creían que aquella lectura del texto ya era la predicación!

Cuando Barnhouse llegaba a la predicación, ya podía centrarse en el mensaje del pasaje, sus implicaciones y las aplicaciones, que es lo que hace que una predicación sea una predicación.

## **Las implicaciones prácticas de la predicación**

Toda predicación quiere lanzar al oyente la siguiente pregunta: “¿Y ahora qué vas a hacer?”. Una conferencia sobre la arqueología en Egipto, por interesante que sea, no es una predicación. El objetivo de la predicación es tocar las vidas de los oyentes, es ofrecer una aplicación práctica.

No obstante, no siempre será necesario decir de forma explícita cuál es la aplicación práctica. Imaginemos, por ejemplo, que te dejo mi coche, y que se te pincha una rueda. Entonces me llamas, y me dices: “Nunca he cambiado la rueda de un coche como el tuyo. ¿Cómo lo hago?”.

Yo te explico cómo encontrar la rueda de recambio, cómo usar el gato, y cómo sacar la llanta y el neumático. Entonces, ¿una vez que te he dado todas las instrucciones, te digo, “Ahora te exhorto a que cambies la rueda”? No, porque tú quieres que el coche funcione. Cómo ya ves la necesidad de que el coche funcione, no necesitas ninguna exhortación. Solo necesitas una explicación clara y comprensible.

Así son algunos sermones. Tu congregación está intentado entender un pasaje de la Biblia. Los que te escuchan quieren saber lo que significa. Si no entienden el texto, de nada servirá pasar a la aplicación. No necesitan una exhortación; necesitan una explicación. Tenemos que saber contestar las preguntas que tienen sobre el texto.

Quizá no sea necesario decir de forma explícita cuál es la aplicación práctica cuando estemos hablando de cuestiones teológicas básicas (cómo vemos a Dios, cómo nos vemos a nosotros mismos, y cómo vemos a los demás). Por ejemplo, puedes predicar sobre Génesis 1, diciendo que no está proponiendo una explicación científica, sino más bien una explicación teológica: ¿Cómo es Dios? Puedes dedicar algo de tiempo a los diferentes días: el primer día fue la luz, el cuarto día las lumbres; el segundo día las aguas y los cielos, el quinto día los peces y los pájaros. Al final de cada día, Dios evalúa su obra, y dice: “Vio que era bueno”. Pero después de la creación del hombre, Dios dijo: “Era bueno en gran manera”.

Entonces haces la siguiente pregunta: “¿Qué nos dice esto sobre Dios? Nos dice que Dios es Bueno, que Dios tiene un propósito en la Creación. Nos dice que mientras todos los demás seres vivientes fueron hechos “según su género”, el hombre y la mujer fueron hechos a imagen de Dios. ¿Qué nos dice eso de las personas con las que oramos, con las que jugamos, con las que trabajamos, o de las personas que duermen en la calle?

Toda la predicación puede ser una explicación con muy poca aplicación directa. Obviamente, eso no significa que no haya aplicación. Si al final de esa predicación alguien piensa por primera vez: *Esa afirmación tiene mucho que decir sobre nuestra identidad. No hay gente de segunda clase. Todo hombre y mujer tiene una valía especial* – y realmente lo interioriza – esa mentalidad va a tener muchas implicaciones prácticas, alumbrando la forma en la que esa persona se va a ver a sí misma y a los demás.

O tomemos el ejemplo de Romanos 3. Puedes empezar lanzando de algún modo práctico la pregunta: “¿Cómo puede una persona presentarse justa delante de Dios?”. Entonces podrías llevar a los oyentes a través

de la compleja explicación que Pablo hace sobre el significado de la justificación por fe. Si lo haces bien, una vez acabada la predicación, la iglesia debería decir: “Así que éste es el modo en el que Dios sigue siendo justo cuando nos declara justos”.

Obviamente, este pasaje tiene grandes aplicaciones. Pero es tan complejo que probablemente no podrías analizar toda la explicación que Pablo hace y además presentar las aplicaciones prácticas en una sola predicación. Pero eso no es un problema. Si en verdad los que te escuchan han entendido el problema de la perdición, la solución de la salvación ya sirve de aplicación.

Tenemos que confiar en que la iglesia sacará sus propias aplicaciones prácticas. Las veces que más he crecido ha sido cuando me he encontrado con algún concepto que me ha llamado la atención, y mi reacción ha sido pasar mucho tiempo pensando *¿Cómo puedo aplicar esto a mi vida?*

Es cierto que tú tienes un conocimiento que la congregación quizá no tenga, un conocimiento que los demás esperan que tengas y que compartas con ellos. Pero puedes compartir ese conocimiento sin hablar de forma condescendiente. Si crees que tienes que sacar todas las aplicaciones prácticas para tus oyentes, si crees que tienes que pensar por ellos, estás infravalorando su inteligencia. La iglesia se podrá ofender si con tu forma de explicar las cosas estás comunicando algo como: “Por vosotros mismos no habríais sido capaces de descubrir cómo aplicar este principio”.

No obstante, por mi forma de ser, el mayor peligro para mí es todo lo contrario: caer en dedicar demasiado tiempo a la explicación, y muy poco a la aplicación. Después de acabar una predicación, muchas veces he pensado: *Debería haber mostrado de una forma más concreta cómo llevarlo a la práctica*. Para nuestros oyentes es muy difícil vivir lo que creen si no explicamos *cómo*.

## **Ejemplos de la vida real: necesarios, pero peligrosos**

Para dar vida a un principio, para mostrar cómo se puede aplicar, tenemos que dar ejemplos concretos, de la vida real, ilustraciones que digan: “Así es como alguien se enfrentó a este problema, y éste es el resultado que le dio”. Pero aunque este tipo de ejemplos son muy necesarios, también pueden suponer un peligro.

Supongamos que alguien predica sobre el principio de la decencia. ¿Un cristiano debería ser modesto? La respuesta es afirmativa. Pero

¿cómo aplicamos ese principio? Un predicador podría decir: “Llevar una falda por encima de la rodilla es indecente”. Así que de repente tendría una congregación donde solo se llevan faldas por las rodillas. En esa iglesia la aplicación del principio ha tomado toda la fuerza del principio mismo. Ésa es la esencia del legalismo: darle a una aplicación la fuerza del principio.

Tengo un amigo que escribe un diario, y eso le sirve de mucho. Pero cuando lo menciona en sus predicaciones suena como si los cristianos que no escriben un diario no crecieran. Cada vez que le decimos a alguien: “Si no haces esta acción concreta, entonces no estás siguiendo este principio”, estamos pecando de legalistas.

Entonces, ¿cómo puedes dar aplicaciones prácticas si cada vez que dices “Así es como debes aplicar este principio” corres el riesgo de caer en el legalismo? Dejame que conteste con un par de ejemplos.

Mi padre vino a vivir con nosotros cuando tenía ochenta años. Después de un tiempo, ya senil, no podíamos seguir teniéndolo en casa. Su comportamiento errático le ponía en peligro a él y a nuestros hijos, así que por fin le llevamos a una residencia de ancianos. Tenerle allí me costaba la mitad de mi salario. Durante ocho años, hasta que murió, lo visité casi cada día. Y aquellos ocho años, siempre salía de aquella residencia con sentimientos de culpa por tener a mi padre allí. Hubiera preferido tenerle en nuestra casa, pero no podíamos darle los cuidados que él necesitaba.

Unos años después, acogimos en casa a mi suegra, que se estaba muriendo de cáncer. Para nuestro matrimonio fue un periodo duro. Yo estaba intentando acostumbrarme a mi nuevo trabajo como director del Seminario de Denver. Mi mujer Bonnie se pasaba día y noche cuidando de su madre. Cada día tenía que cambiarle la cama unas seis o siete veces. Esto duró dieciocho meses y, cuando por fin la madre de Bonnie murió, no tuvimos ningún remordimiento. Sabíamos que Bonnie había hecho todo lo que estuvo en sus manos para que su madre estuviera lo más a gusto posible en aquellos últimos meses.

¿De qué forma deberíamos los cristianos cuidar de nuestros mayores? ¿Deberíamos tenerlos en casa, o llevarlos a una residencia? No hay una única respuesta. Depende de la situación en la que estés tú, de la situación en la que estén tus hijos, depende de tus recursos, y también de tus padres.

No obstante, nos debe guiar el principio bíblico: tenemos que honrar a nuestros padres y actuar con ellos con amor. Para tomar una decisión

digna de un cristiano, no puedes partir de una premisa egoísta; tienes que empezar preguntándote qué es lo mejor para todas las personas involucradas. El modo en el que apliques el principio en una situación concreta depende de una compleja serie de variables.

Para no caer en la trampa del legalismo, hemos de distinguir claramente entre el principio bíblico y sus aplicaciones concretas. Una forma de hacerlo desde la predicación es ilustrando el principio con dos o tres ejemplos diferentes, para no equiparar el principio a una única forma de aplicarlo.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, yo vivía con la idea de que si no teníamos un devocional diario con los niños, estábamos fallándole a Dios. Pero surgió un problema: había otras familias que hacían devotionales diarios, pero, aunque nosotros intentamos todo tipo de acercamientos, a nosotros nos resultaba imposible. Lográbamos tenerlos sentados y quietos, pero se despistaban con cualquier cosa y no escuchaban. Y sin embargo seguimos haciéndolos porque yo pensaba que el devocional diario era el órgano vital de una familia cristiana.

Entonces me di cuenta de que los devotionales familiares no eran un principio, sino la aplicación de un principio. El principio era que debíamos enseñar a nuestros hijos a conocer y a amar a Dios. Había estado imponiendo sobre mi familia una aplicación, dándole la misma importancia que al principio que había detrás de aquella aplicación.

Entonces decidimos buscar otra forma de aplicar aquel principio, una forma que a nosotros nos funcionara. Nuestros hijos iban a la escuela a horas diferentes. Cada mañana, antes de que Vicki se marchara a la escuela, yo oraba con ella por el día que teníamos por delante. Un poco más tarde, Torrey y uno de sus amigos venían a mi estudio, y dedicábamos cinco minutos a orar por las cosas que íbamos a hacer aquel día.

Eso quizá no suene tan bonito en una predicación, como decir que teníamos un devocional familiar todas las mañanas en torno al desayuno; pero para nosotros resultó ser una forma eficaz de honrar el principio. Una predicación tiene que hacer una clara distinción entre el principio y sus aplicaciones.

No obstante, con esto no quiero decir que debemos presentar los principios bíblicos de forma vaga y abstracta. A veces, el predicador simplemente traduce el principio a un lenguaje que la congregación pueda entender.

En los días en los que se estaban estableciendo las fronteras en Norteamérica, había un asentamiento del Oeste cuyos habitantes decidieron

dedicarse a la industria maderera. Al poco, decidieron también que querían una iglesia, así que construyeron el edificio, y buscaron a un pastor. Un predicador vino a instalarse en la ciudad y al principio fue bien recibido. Entonces, una tarde vio a algunos de sus feligreses a la orilla del río capturando unos troncos que venían flotando desde una población cercana. Los troncos llevaban en uno de los extremos el sello del dueño. Con tristeza, el pastor vio cómo los miembros de su iglesia sacaban los troncos del agua y serraban el trozo donde aparecía el sello del dueño. El domingo siguiente predicó sobre el mandamiento: “No robarás”. Al finalizar el culto, aquellos hombres fueron a felicitarle de forma entusiasta: “Una predicación espléndida, pastor”. Aquella respuesta preocupó mucho al predicador. Así que volvió a casa para preparar el sermón del domingo siguiente. Y lo que hizo fue predicar el mismo sermón pero acabando el mandamiento así: “No serrarás el extremo del tronco de tu vecino”. Después del culto, la congregación lo echó de la ciudad.

Es posible transmitir el principio de una forma comprensible para los oyentes.

## ¿“Nosotros” o “tú”?

Otra forma de aclarar la relación entre la explicación y la aplicación es haciendo un buen uso de los pronombres. Los buenos predicadores se identifican con sus oyentes. Todos nosotros somos iguales ante Dios, y todos tenemos que prestar atención al mensaje que Él tiene para *todos nosotros*. La Epístola a los Hebreos dice que el sumo sacerdote era tomado de entre los hombres para ministrar en las cosas que pertenecen a los hombres. El sumo sacerdote sabía lo que era pecar y también necesitaba del perdón de los pecados. Y con todo el pueblo, él mismo también se presentaba ante Dios porque necesitaba ser purificado. Al identificarse con el pueblo, podía representar al pueblo ante Dios.

Pero ese mismo sacerdote, al ofrecer un sacrificio, podía ministrar la purificación de Dios al pueblo. Así que no solo representaba al pueblo ante Dios, sino que también hacía de representante de Dios ante el pueblo. Y, en cierto sentido, es así como funciona la predicación.

Cuando estoy escuchando un buen sermón, siempre llega el momento en que me olvido de los que hay a mi alrededor. Mientras el predicador habla, yo noto cómo Dios me habla sobre mí. El momento de la explicación ha pasado, para dejar paso al momento de la aplicación.

Llegado ese punto, el predicador suele dejar atrás el “nosotros” para hacer uso del “tú”. El predicador ya no está representando al pueblo de Dios, sino que está haciendo de representante de Dios. “Hemos visto el principio bíblico; hemos visto dos o tres maneras en las que otros han aplicado este principio. ¿Cómo vas a aplicarlo tú?”.

“Tienes que decidir cómo vas a gastarte tu dinero”.

“Tienes que decidir si vas a tomarte tu compromiso matrimonial en serio o no”.

La persona que te escucha es quien debe decidir qué va a hacer con la verdad que acaba de escuchar.

No suena arrogante usar el pronombre “tú” a esta altura de la predicación. Antes uno ya se ha identificado con los oyentes. No es que ahora se esté distanciando, sino que está retando a cada oyente en particular a que saque una aplicación personal.

Es cierto que, a fin de cuentas, no hay técnicas mágicas para encontrar la aplicación adecuada. Lo que se necesita no es tanto un método, como una actitud adecuada. La predicación transformadora no consiste en hablar de la Biblia. Consiste en hablar a las personas de su identidad, sus preguntas, su dolor, sus miedos, sus luchas, y hacerlo desde la Biblia. Cuando nos acercamos a la predicación con esa mentalidad, es como si dos pedernales se encontraran. Un pedernal representa los problemas de una persona; el otro, la Palabra de Dios; y al chocar, se produce una chispa que hace que el corazón de la persona se encienda, y su pasión por Dios arda con fuerza.

*La Biblia no es aburrida. Es relevante. Pero yo tengo que poner de mi parte para que la predicación sea tan relevante como la Biblia, porque quiero que las personas se vayan diciendo: "¡Claro! ¡Ahora lo veo!", en vez de "¿Y a mí qué?".*

*Stuart Briscoe*

## 5

### **Elaborando una predicación interesante**

Gerald Griffith, un buen amigo mío que es pastor y maestro en Toronto, me dijo un día: "Todas las semanas Dios me da pan para su pueblo".

Yo le miré a los ojos, y le dije: "Es verdad. ¡Pero porque pasas mucho tiempo en la cocina!".

Tuvo que darme la razón. Esas horas "en la cocina" son muy importantes para mí. ¿Por qué? Porque en la cocina preparo lo que Dios me da para que alimente a su pueblo. Y ese pueblo muchas veces es muy delicado para comer.

Las personas se despistan por muchísimas razones; la mayoría de las veces, por razones legítimas, pero otras no.

Muchos tienen el corazón quebrantado. Otros, no están contentos con su puesto de trabajo. O su hogar está muy lejos de lo que había soñado. O tiene problemas económicos. O tiene un trabajo que le exige demasiado. Cuando las personas vienen a la iglesia, vienen con sus problemas y sus pensamientos borran las ganas de comer del menú de Dios. Mi tarea como predicador es embriagar a los agobiados con el aroma del Evangelio.

Por tanto, cuando predico, todo el rato voy pensando: *¿Cómo voy a mantener y usar la poca atención que estas personas me están prestando?* Y no me la prestan durante demasiado tiempo. Cuando escucho las conversaciones

de los hermanos a la salida de la iglesia, me sorprende al ver lo rápido que se puede pasar de la adoración divina a hablar del partido del día anterior, o del partido que va a perder las elecciones. Así que una de mis responsabilidades principales de la semana es captar la atención de la congregación mediante la predicación.

En consecuencia, paso la predicación por el *test* del indiferente. La Biblia no es aburrida. Es relevante. Pero yo tengo que poner de mi parte para que la predicación sea tan relevante como la Biblia, porque quiero que la gente se vaya diciendo: “¡Claro! ¡Ahora lo veo!”, en vez de “¿Y a mí qué?”.

Creo que la clave está en predicar a la mente, a la voluntad y a las emociones. Donald English dijo en cierta ocasión: “Cuando me marchó de un culto, me hago la siguiente pregunta: ¿Qué parte de mí podría haber dejado hoy en casa?”. Ésa es la razón por la que intento llegar a todas las partes de la persona a través de cada predicación. Si predico hablando a la mente, la voluntad y las emociones, las personas no saldrán de la iglesia diciendo: “¿Y a mí qué?”.

## Predicando a la mente

La Teología es un reto para nuestro intelecto. Admito que no todos los miembros de iglesia son unos entusiastas de la misma. Quizá ése sea el problema: no se han parado a analizar la cosmovisión – la filosofía de vida – que hay detrás de su estilo de vida. Así que cuando predico, intento de algún modo que las personas piensen un poco en este nivel conceptual.

Por ejemplo, casi siempre que hablo de una creencia o hago una afirmación, me detengo para explicar que otros piensan de forma totalmente opuesta. Mi objetivo es que la gente *piense*. Aquellos que tienen una comprensión muy estrecha de la realidad necesitan que alguien les dé una visión más amplia.

Una vez estaba haciendo una serie de predicaciones sobre el credo apostólico: “Creo en Dios Padre...”. Para poder profundizar en esta primera frase, me detuve e intenté que la congregación entendiera por qué el concepto de Dios como *Padre* desagradaba a tanta gente de nuestra sociedad. ¿Cómo se siente la feminista radical? Había leído bastante sobre el tema, así que cité a alguna feminista. También mencioné a personas que habían sufrido abuso sexual durante su infancia. Para ellos, a dife-

rencia de muchos de nosotros, la palabra *padre* no tiene connotaciones positivas.

Continué explicando que si tenemos una buena opinión de las Escrituras y de Dios, tenemos que tener cuidado y no embellecer la figura de nuestro padre terrenal para explicar cómo es Dios, no sea que acabemos con un Padre celestial con los fallos de nuestro padre terrenal. Para concluir, dije que cuando decimos “Dios Padre”, no estamos pensando de forma literal en una figura como la de nuestros padres, sino que estamos hablando de forma figurada. Quería que los oyentes entendieran que el concepto de Dios que la Biblia nos quiere hacer llegar a través del término *Padre* es extraordinariamente trascendental.

Cuando predico, intento que los oyentes trabajen la mente. Así lo hice en la serie sobre el credo apostólico cuando llegué a la parte donde dice: “Creador del Cielo y de la Tierra”. En las sociedades occidentales se tiende a ver el Universo como un sistema cerrado que se rige por una serie de leyes empíricamente discernibles. Entonces, ¿dónde encaja la expresión “Creador del Cielo y de la Tierra”? Como nuestra sociedad está llena de naturalistas y materialistas, creo que es necesario explorar una alternativa a la teoría de que el Universo es un sistema cerrado. Logré captar la atención de mis oyentes combinando en mi predicación la ciencia y la física teórica con una teología sólida.

No podemos perder la oportunidad de llegar a la mente de las personas, así que hemos de esforzarnos en esta tarea. Cuando logramos que conecten con lo que les explicamos, y su comprensión de las cosas aumenta, ya hemos dado un paso más para que presten una mayor atención al Evangelio.

## **Predicando a la voluntad**

Cuando predico para llegar a la voluntad de las personas, espero una respuesta. Lo que quiero es que los oyentes actúen a la luz de lo que han oído. Como pastor, suelo ser menos duro y exigente cuando predico en mi iglesia que cuando predico en una iglesia que no es la mía. Eso es así porque voy a pasar muchos años con los miembros de mi congregación, y después de cada predicación aún me quedan más oportunidades.

Normalmente es preferible ver pequeños movimientos en la dirección adecuada, que uno o dos pasos gigantescos. Parece ser que la voluntad

de las personas avanza de forma gradual. Así que intento escoger palabras e ilustraciones que propician el movimiento, por lento que éste sea, en la dirección deseada. Intento hacerlo de forma positiva. Por lo general, las personas responden mejor ante unas palabras de ánimo que ante un desafío. La mayoría reaccionamos mejor cuando nos animan y nos inspiran, que cuando nos dan una patada o un empujón. Por tanto, intento darle a la personas bocados sabrosos para que tengan ganas de seguir con el banquete.

Por ejemplo, cuando prediqué sobre el versículo que dice: “En eso sabrán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros”, no dije a mis oyentes que tenían que inundar de amor el entorno en el que se movían. En cambio, les dije: “Piensa en una persona cercana. ¿Cómo es tu amor hacia esa persona a la luz de lo que hemos hablado hoy? Si el amor *agape* tiene que ver primeramente con el bienestar de los demás, independientemente de su reacción, entonces pon en práctica ese amor durante esta semana. Fíjate si tu amor hace que algo cambie”.

Cuando predico un mensaje evangelístico dirigido a la voluntad, quiero que las personas entiendan que el arrepentimiento no tiene por qué ser un enorme salto, sino que puede ser un paso sencillo aunque, obviamente, por sencillo que sea, debe darse.

Una mujer quería que su pastor orara con ella porque ya no sentía la presencia de Cristo. Cuando el pastor le preguntó cuál creía que era el problema, ella le dijo: “No quiero hablar de ello. Tan solo ora por mí. Eso es lo único que quiero que hagas por mí”.

Obviamente, el pastor con cierta discreción empezó a hacerle alguna pregunta, y al final la mujer se puso a llorar: “Estoy viviendo con mi novio, y no quiero dejarlo”. Ella quería sentir la presencia de Cristo aunque viviera en desobediencia. Estaba claro que si quería volver a sentirse cerca de Dios, lo que tenía que hacer era arrepentirse y acabar con aquella desobediencia. Si no tomaba esa decisión, si no cambiaba su voluntad, su vida espiritual iba a seguir estancada.

La voluntad es una criatura astuta. A veces hay que animarla y, otras, lanzarle un desafío. La tarea de la predicación que pretenda llegar a la voluntad es encontrar qué tipo de estimulación funciona mejor con la congregación a la que se está predicando.

## Predicando a las emociones

Hace algún tiempo estaba predicando sobre el rechazo que Jesús experimentó. Con un tema tan familiar, uno corre el peligro de acabar con un sermón muy aburrido. Entonces, ¿qué le añadí para que fuera interesante? Emociones.

Conté la historia de las experiencias de Winston Churchill después de la guerra. Yo soy un fan de Churchill, así que expliqué el tremendo impacto que este hombre tuvo durante la Segunda Guerra Mundial. De niño yo había escuchado en una radio vieja aquel famoso discurso de Churchill: “Lucharemos en las playas... Nunca nos rendiremos!”. Mientras, las bombas seguían cayendo, los focos rastreaban el cielo oscuro en busca de aviones enemigos, y los disparos antiaéreos llenaban el vacío con un ruido ensordecedor. Su gran determinación nos sacó de aquel momento terrorífico.

Churchill se convirtió en un héroe de guerra. Pero al final del conflicto, y para sorpresa de muchos, perdió las elecciones. Después de todo lo que había hecho, los británicos lo echaron de su cargo público.

Después de recordar aquella parte de la historia, la congregación estaba sorprendida, casi indignada. Entonces, de forma suave, dije: “Para Churchill, aquello fue una herida de muerte”. Me detuve por unos segundos. Al ponerse en la piel de aquel pobre hombre, sintieron lo que se siente al ser rechazado.

Había logrado despertar sus emociones. Les enfadaba ver cómo habían rechazado a Churchill. Y de ahí, fue muy sencillo lograr que también les indignara el rechazo que Jesucristo experimentó.

Algunos se quejan de que hay predicadores que solo apuntan a las emociones, olvidándose de la mente y, así, manipulan a la gente. Pero yo no suelo tener ese problema. Por mi forma de ser, más bien suelo olvidar las emociones. Una predicación puramente intelectual puede ser extraordinariamente árida y aburrida. Las emociones pueden darle vida. Los seres humanos se identifican con ellas y, por eso, si las tenemos en cuenta en nuestras predicaciones, será más fácil que respondan.

Para mí el humor también es importante, porque hace que las emociones surjan. Ahora, es cierto que el humor puede ser un buen aliado, pero también, un amigo inconstante que nos puede acabar decepcionando. Pero si la definición que Philip Brooks hace de la predicación es correcta – que la predicación es una verdad comunicada a través de la

personalidad – entonces yo tengo que comunicarla a través del humor, porque yo disfruto el humor.

Un amigo me dijo una vez: “Llevo bastante tiempo escuchando tus predicaciones, y a veces cuando me marcho de la iglesia, me doy cuenta de que me voy con un cuchillo clavado entre las costillas. Y siempre me digo, *¿Cómo lo hace?* Así que hoy he decidido prestar mucha atención, y ya he descubierto cómo lo haces. Me haces reír, y mientras estoy riendo, me lanzas la cuchillada.”

Con eso no quiso decirme que yo era un manipulador. De hecho, me lo dijo como un cumplido. Lo que quería decir es que el humor nos hace bajar la guardia, y en momentos así estamos muy receptivos y la Palabra puede penetrar en nuestro interior con facilidad.

Una vez, en una predicación hablé de un supuesto informe que una consultoría laboral envió a Jesús. El informe evaluaba la aptitud de los discípulos. Como era de esperar, dejaba por los suelos a la mayoría – trasfondo humilde, estatus social bajo – pero alababa el gran potencial de uno de ellos: Judas. La gente se rió, porque percibieron la ironía. Haciendo uso del humor, pude transmitir lo que quería transmitir: aquellos discípulos de trasfondo humilde y sin ninguna preparación fueron transformados por la Resurrección, y se convirtieron en hombres valientes y tuvieron un papel destacado.

El humor también sirve de respiro. Después de un rato, la mente de las personas necesitan un descanso, y el humor, bien usado, nos puede ser de mucha ayuda. Después de un momento de risa, la congregación ya está lista para recibir más contenido. O cuando algo interrumpe el sermón, como por ejemplo un fuerte estornudo, un comentario en clave de humor puede servir para volver a captar la atención de los oyentes.

El miedo también se puede usar para bien o para mal. A mí no me gusta demasiado esta herramienta. Prefiero que lo que motive a la congregación sea el amor. No obstante, el miedo puede usarse para que la congregación vuelva a prestar atención a un pasaje muy conocido, pues el miedo sobrecoge y hace que la iglesia se despierte.

Cuando estaba predicando sobre la seguridad que da la presencia del Amigo, expliqué un viaje que hice a Polonia para predicar en un encuentro de pastores. Cuando llegué al aeropuerto de Varsovia, no había nadie esperándome. No me habían dado ningún nombre, ninguna dirección, ningún teléfono de contacto, y tampoco tenía dinero polaco. Así que allí me quedé, en medio del aeropuerto, mientras los demás recogían

su equipaje y se marchaban. Después de un rato, los trabajadores del aeropuerto empezaron a cerrar aquella zona, y allí me quedé, solo.

Aquella soledad se convirtió en miedo cuando oí una voz a mis espaldas: “Briscoe”. Me giré, y vi a un hombre que llevaba un abrigo largo de piel, como los que llevan en las películas de la Segunda Guerra Mundial. Empecé a asustarme mucho, pero antes de que el pánico se apoderara de mí, se acercó, me abrazó, me besó, y me dijo en un tono cálido: “¡Hermano Briscoe!”. Entonces, se agachó para coger mi equipaje, y dijo: “¡Rápido, hemos de coger el tranvía!”. Y salimos raudos como una liebre.

Ya en el tranvía, me dijo: “Habla de Jesús en voz muy alta. Lo puedes hacer tanto en inglés como en alemán. La gente lo puede entender”. Así que, cogidos a la barra que colgaba del techo, empecé a hablar de mi amor por Jesús, y todo el mundo se puso a escuchar. De repente, me di cuenta de que estaba disfrutando de aquel momento. La diferencia entre la soledad y el miedo que había sentido unos minutos antes, y la comodidad y tranquilidad que sentía ahora en el tranvía estaba en que tenía a mi lado a un amigo. Usé ese miedo que se había transformado en diversión para ilustrar las palabras de Jesús: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Después de explicar el miedo que había sentido, los que me escuchaban pudieron entender la seguridad que Jesús da.

Si no predico para llegar a las emociones, no llegará a una buena parte de la persona que tengo delante. Las personas se traen esa parte a la iglesia; no se la deja en casa. Así que, lo menos que puedo hacer, es tenerla en cuenta cuando confecciono la predicación.

## **Sé un predicador interesante**

En la Biblia hay mucho más de lo que yo pueda cubrir jamás, así que nunca me he encontrado en la situación de pensar que ya no tenía más sobre lo que predicar. Pero lo cierto es que a veces sí me he sentido como si mi predicación no estuviera llevándonos a ningún lado. En alguna ocasión, en medio de una serie de predicaciones, me he dicho a mí mismo: *¡Stuart, qué aburrido está resultando! ¡Tienes que salir de aquí rápido, antes de que el daño sea mayor!*

En esos momentos me pregunto: *¿Seré yo el problema?* Quizá estoy cansado. Quizá necesito una renovación. Quizá tengo demasiadas cosas

en la cabeza. Normalmente, una siesta de media hora pone punto y final a esa preocupación.

También me pregunto: *¿No estoy presentando bien el contenido bíblico? ¿Lo estoy convirtiendo de forma inconsciente en algo poco interesante?* Quizá no me he tomado el tema que estoy tratando suficientemente en serio. Y eso hace que sea aburrido, tanto para mí, como para los oyentes. Si es así, tengo que trabajar más duro para presentar el tema desde otra perspectiva más refrescante. Cuando descubro un aspecto provocador de un texto, entonces me resulta más fácil hacer que la congregación se interese en lo que tengo que decir. Concluyendo, creo que si quiero que mis predicaciones sean interesantes año tras año, tengo que lograr que mi mente se mantenga interesante. Ésa es una tarea en la que todo predicador debe trabajar de forma constante.

Las ideas me estimulan. Me encanta hablar con los miembros cuando empiezo a estancarme. A veces hablo de teología profunda con algún profesor, y otras me siento con un jugador de fútbol y le oigo hablar de lo mucho que le cuesta recuperarse físicamente después de un partido. Todo me resulta interesante y estimulante.

Las conversaciones me ayudan a seguir entusiasmándome por la vida de las personas y por la fe. También son una fuente de historias interesantes para las predicaciones, porque me mantienen al día. Una vez al mes aproximadamente, Jill y yo invitamos a casa a un grupo de conocidos para tomar algo y charlar. Intento que la gente me hable de las cosas que les interesan. Me encanta escuchar sobre la situación en la que están, las cosas que les entusiasman, los temas de los que hablan.

Con frecuencia, las conversaciones tienen mucho que aportarnos. Una vez, entre los invitados había un juez y un profesor de ética médica. Se sentaron juntos, y al cabo de un rato salió el tema del aborto. El profesor había realizado una investigación sobre los dueños de las clínicas de aborto en Milwaukee. Él hablaba del tema desde la perspectiva de la ética médica; el juez, desde su larga experiencia con las familias de los programas de asistencia social. Aquella conversación fue muy enriquecedora para todos nosotros.

Lo que para mí es interesante, no siempre lo es para la congregación. Por ejemplo, mi música favorita es muy diferente a la del resto, y a mí me fascina la historia de Europa aunque a la mayoría de los miembros de mi congregación no les interesa en absoluto. Además, en cuanto a otros gustos en general soy un hombre bastante típico y, como es de esperar, muchos de los miembros de la congregación son mujeres. Así

que no puedo dar por sentado que mis gustos y mis intereses siempre van a coincidir con el de los demás.

Por tanto, tengo que hacer el ejercicio de pensar qué interesa a los demás. Eso no es muy complicado; de hecho, después de muchos años de práctica soy capaz de entender los gustos de mi mujer y mis hijos. Solo tengo que escuchar con atención, y así descubro qué cosas interesan a las personas que no son exactamente como yo.

O tener los ojos bien abiertos. Cuando voy en avión, lo confieso, muchas veces ojeo las revistas de moda. A veces encuentro artículos que están muy bien escritos y que enganchan, y que además me ayudan a entender un poco mejor la mentalidad secular. Y me gusta apuntarme aquello que me parece interesante. Es importante exponernos al pensamiento secular e intentar ver lo que el mundo considera interesante. El simple hecho de estar interesado en las cosas de la vida me sirve para encontrar la mayoría de las ilustraciones que uso.

Resumiendo, me gusta interesarme por aquello que a las personas les interesa. No tengo por qué estar de acuerdo. No tengo por qué dejar que esos intereses controlen mi vida. Pero para mí es importante entender los intereses de las personas y así poder hablar en su propio idioma. Si quiero decir algo que resulte interesante para mis oyentes, tengo que saber qué cosas les atraen y captan su atención.

Si lo piensas, la predicación tiene mucho que ver con la agricultura. Muchas veces digo: “Señor, aquí estoy. Creo que puedo decir que he intentado llenar mi saca de buenas semillas. He hecho los deberes, creo que mi actitud es la adecuada y, de entre todas las semillas que tengo, ésta es la mejor y la más interesante. Señor, ahora voy a esparcirla. Ya veremos qué sale de la tierra”. Entonces, una vez he sembrado la semilla, hago lo que el granjero hace: me voy a casa y descanso.

Con el paso del tiempo, veo cómo la semilla germina y crece. Tan bien depende mucho de la tierra en la que caiga. Dios tiene que darle vida a la semilla. Pero al final, veo los resultados de la buena semilla que he plantado.



## **Parte 3**

# **LOS TEMAS MÁS DIFÍCILES**



*Los temas controvertidos hacen que la predicación sea aún más complicada. Pero una congregación necesita tratar esos temas porque aparecen en la Palabra de Dios.*

*Stuart Briscoe*

## 6

### **Tratando temas controvertidos**

Para estar al tanto de las necesidades de la congregación, a veces paso unas tarjetas con la siguiente frase: “Me gustaría escuchar una predicación de no más de \_\_\_\_\_ minutos sobre el siguiente tema: ¿Qué dice la Biblia sobre \_\_\_\_\_?”. A veces algún gracioso aprovecha esta oportunidad para decir cosas como “Me gustaría escuchar una predicación de no más de *cinco* minutos sobre el siguiente tema: ¿Qué dice la Biblia sobre *Dios*?”.

Pero en la mayoría de ocasiones, la iglesia pide que tratemos temas complejos. La iglesia quiere saber si el mensaje de la Biblia da respuesta a toda la presión que experimentamos en nuestra sociedad actual, y yo quiero mostrarles que sí la da. No obstante, el camino a la relevancia está lleno de temas controvertidos.

Sería más fácil si toda la vida pudiéramos predicar sin tener que hablar del pecado, la moralidad, la sexualidad, el estilo de vida, o todos esos temas que hacen que nos suba la adrenalina. La controversia hace que la tarea de la predicación sea aún más complicada. Pero, como todos los pastores saben, una homilética insípida mata de hambre a la congregación y reduce su sustancia espiritual. Una congregación necesita tratar esos temas controvertidos, pues son temas que aparecen en la Palabra de Dios.

Así que si a veces nos sentimos llamados a predicar sobre temas controvertidos, sepamos que se pueden tratar sin crear descontento entre los que nos escuchan.

## **Apaga el fuego y enciende la luz**

Siempre que tratamos un tema que tiene que ver con las emociones, corremos el riesgo de molestar a alguien. Los pastores ya vivimos con bastante presión. No es necesario que nos auto-impongamos un problema más. Ahora bien, los problemas se pueden evitar. Así que podemos predicar sobre temas controvertidos, pero hacerlo de una forma no controvertida o polémica.

Tenemos que confiar en que nuestros oyentes serán lo suficiente maduros para escuchar una presentación equilibrada sobre cualquier tema. Eso es lo que me ha enseñado mi iglesia. A través de los años, he predicado sobre el papel de la mujer, la seguridad eterna, el Bautismo del Espíritu, la sexualidad, e incluso sobre la situación en Sudáfrica. Y casi nunca he recibido comentarios negativos. Mi conclusión es que lo importante no es tanto el tema en sí, sino el método.

Al entrar en un área polémica, no espero que todo el mundo esté de acuerdo conmigo. De hecho, ésa es la razón por la que se trata de un tema polémico. Los sistemas de creencias de las personas son muy complejos. Cuando tratamos un tema en particular, hay muchas más cuestiones en juego. Así que yo parto de la base de que probablemente no voy a cambiar la mentalidad de nadie.

Por tanto, ése no es mi objetivo. Cuando predico sobre temas controvertidos, no intento que la gente cambie, sino que amplíe sus miras. Aunque las personas no se muevan de su posicionamiento, sí que es posible que al escucharnos respeten más nuestra posición y la tengan en cuenta. Eso ya es un progreso. Con el paso de los años, puede que cambien; o puede que no. Sea como sea, hago más las palabras de Oliver Wendell Holmes, que dijo: “Cuando enfrentamos a alguien con una nueva idea, su mente se ensancha y nunca vuelve a su forma original”.

Cuando intento cambiar a las personas, eso solo sirve para avivar el fuego, y lo único que consigo es que no se pueda ver con nitidez. Por ejemplo, yo creo firmemente que durante muchos años en las iglesias no se han sabido aprovechar los talentos de las mujeres. Así que cuando hablo de este tema, tengo que tener cuidado. Muchas personas me dicen que pienso así por la mujer que tengo. Yo normalmente les contesto: “¿No será que tengo la mujer que tengo porque pienso así?”. Pero esa contestación no siempre es la más adecuada.

Predicar sobre un tema como consecuencia de la indignación no siempre es una decisión acertada. Sobre todo cuando uno está caliente,

echando humo por todas partes. En vez de convencer a la congregación de tu punto de vista, puedes causar la reacción contraria, y así, a la larga, obtener el efecto contrario.

## **Haz los deberes**

El predicador que va a tratar un tema controvertido tiene que hacer una investigación seria. Eso es lo que me ocurrió cuando decidí adentrarme en la discusión en torno a la película *La última tentación de Cristo*. No solo creí necesario leer el libro y ver la película, sino que también hablé con un par de amigos expertos en historia de la Iglesia. Éstos me ayudaron a ver que esa interpretación era una reaparición de la antigua controversia nestoriana sobre la deidad y la humanidad de Cristo. Una vez ubicado el tema dentro de la perspectiva histórica, me pareció menos amenazante. La Iglesia llevaba años enfrentándose a ese problema.

Hay muy pocos temas controvertidos que sean nuevos para la Iglesia. Siempre que trato el tema de la seguridad eterna, recuerdo a mis oyentes que si Whitfield y Wesley lucharon con ese tema toda su vida, yo no voy a cerrar el debate con una predicación de treinta y cinco minutos. No obstante, si me preparo bien, al menos podré darles una buena explicación del porqué de ese debate, y cuáles son las posiciones más importantes.

## **Provoca una sonrisa**

Nunca olvidaré una vez que subí al púlpito para predicar sobre *La última tentación*. Había venido mucha gente, y se notaba que había tensión en el ambiente. Pensé que era mejor empezar con una broma, y dije que ya había enviado algún currículum por si las cosas aquella noche no salían bien.

El humor disipa la tensión, y eso hemos de aprovecharlo. Pero hemos de ser conscientes de que se necesita cierta habilidad para usarlo bien.

Yo hago uso del humor cuando resulta natural y es apropiado. Cuando Carter y Ford se presentaban a las elecciones, recuerdo que bromeé diciendo que los EE.UU. es el único país en el que cualquiera se puede presentar a las elecciones, como nos estaban demostrando

aquellos dos candidatos. A mí me resultó divertido. Pero mucha gente me miró con mala cara.

Tengo que recordar que como británico, no debería criticar el país en el que he decidido vivir. Entonces, si hago algún comentario crítico desde el púlpito, procuro luego hacer alguna broma sobre mi procedencia. En aquella predicación sobre *La última tentación*, comenté que Pilatos y el diablo eran los únicos en toda la película que tenían acento británico. Los oyentes disfrutaban de ese tipo de concesiones mutuas, y además sirve para establecer un lazo entre el predicador y la congregación.

## Sé equilibrado

Cuando predico sobre un tema, creo que no es justo dar únicamente el punto de vista con el que uno está de acuerdo, sino que lo justo es mencionar las diferentes opiniones o acercamientos con honestidad y empatía.

Cuando prediqué sobre *La última tentación de Cristo* creí que también tenía que explicar por qué el director había decidido hacer aquella película, y explicarlo usando las propias palabras del director, y qué era lo que había querido explicar sobre Jesús. Mucha gente que no estaba de acuerdo con la película ni siquiera se había molestado por conseguir ese tipo de información. Martin Scorsese, en una entrevista para el *Chicago Tribune*, comentó que lo que le fascinaba era “que la parte humana de Jesús debió de tener ciertas dificultades para aceptar la parte divina”. Creí que una predicación equilibrada sobre la película tenía que aplaudir el intento de Scorsese, aunque luego criticara las conclusiones a las que él llegó. Además, cuando la gente se dio cuenta de que, al parecer, tanto el autor del libro como el director de la película reconocían la deidad y la humanidad de Cristo, dejaron de criticar la película de una forma tan feroz.

A menudo, después de mirar el tema en cuestión desde las diferentes perspectivas, puedo presentar lo que, en mi opinión, es la perspectiva bíblica. Otras veces, no puedo. En ese caso tan solo reto a la iglesia a que se acerque a la Palabra, piense por sí misma y llegue a sus propias conclusiones. Tengo que recordarme a mí mismo que los miembros de mi congregación creen en la Biblia. Si les presento lo que la Biblia dice, la Escritura es la que tiene la autoridad. El enfrentamiento es con la Palabra. Si les presento mi opinión sobre el tema en cuestión, si me presento como la autoridad, entonces la iglesia se tiene que enfrentar conmigo.

## **A su debido tiempo**

No quiero que penséis que hablo de temas controvertidos todos los meses. Si así fuera, podríais acusarme de sensacionalismo. No quiero que mis predicaciones sean el equivalente eclesial a las revistas sensacionalistas. Lo que suelo hacer es introducir una predicación sobre un tema controvertido en medio de una serie sobre otro tema.

Cuando estaba haciendo una serie de predicaciones sobre el asentamiento en Canaán, llegamos al pasaje de Deuteronomio donde explica que los pecados de los padres pasaron a los hijos. Pensé que era una buena oportunidad para hablar de la tendencia que hay en algunos círculos eclesiales de culpar a los padres por los errores de sus hijos, y de no hacerse responsable de los pecados propios. Cuando prediqué sobre este tema, nadie sabía que íbamos a tratar un tema controvertido, pero así fue de todos modos.

También tengo que decir que llevo más de veinte años sirviendo en la misma iglesia. Eso me da cierto grado de credibilidad que un recién graduado de seminario aún no se ha podido ganar. Cuando llevaba pocos años en la iglesia, tenía mucho cuidado a la hora de seleccionar un tema controvertido. Lo que hay que hacer es evaluar con anterioridad las necesidades y la madurez de la congregación. No se debe provocar la controversia solo porque a uno le apetezca o le guste ser polémico.

## **Consideraciones pastorales**

Cuando predico sobre un tema controvertido, intento recordar que se trata de algo más que simple teoría, que se trata de un tema con el que los miembros de mi congregación están luchando. Hay mujeres que han abortado. Otros, están confusos en cuanto a sus deseos homosexuales. Algunos están viviendo en inmoralidad. Otros, son alcohólicos. No puedo salir y ponerme a hablar de esos temas de forma teórica. Tengo que pensar bien sobre sus situaciones para poder presentar de forma sensata las posibles soluciones.

Cuando hablé sobre el plan de Dios para el matrimonio, intenté también pensar en algunos miembros de la congregación que estaban viviendo juntos fuera del matrimonio. Podría haberles dicho simplemente que ésa no es la voluntad de Dios. Pero también sabía que esas parejas no andaban muy bien económicamente. Llegaban a final de mes porque

compartían gastos. Como ése era el caso, creí que debían saber que la iglesia les ayudaría a encontrar un alojamiento que se pudieran costear. Claro que había que decirles que no podían vivir así. Pero aún mejor si, además, les podía transmitir que entendía su situación.

También intento recordar que al tratar temas como el aborto, el divorcio, o el abuso infantil, uno puede levantar ampollas muy dolorosas. Así que debemos ser sensibles con las experiencias de las personas. No podemos usar la verdad para abofetearlas. Yo tardé un tiempo en aprenderlo.

Recuerdo cuando empecé a tratar este tipo de temas complejos. El tema del aborto estaba causando mucho debate. Aunque la mayoría de los miembros de la congregación tenían el tema bastante claro, yo sabía que algunos estaban un tanto confusos y que no conocían bien la perspectiva bíblica sobre el tema en cuestión. Así que decidí que teníamos que abordarlo, aunque fuera un tema controvertido.

Estudié los pasajes de la Biblia que tienen que ver con el tema, leí muchos libros y artículos sobre el debate contemporáneo, y prediqué lo que yo creía que era un mensaje inspirado sobre la inviolabilidad de la vida. La verdad es que me quedé bastante satisfecho, hasta que un amigo me dijo lo que pensaba: “Sabes, por estadística, quizá en medio de la congregación haya habido tres o cuatro mujeres solteras que estén pensando en abortar y, sinceramente, creo que tu predicación solo habrá servido para confundirlas aún más”.

Me explicó que, aunque había retado a la congregación a tomar la decisión adecuada, no había mostrado sensibilidad alguna ante su dolor y la vergüenza que muy probablemente sentían. Y recordarles la gran responsabilidad que es tener un bebé no había sido de mucha ayuda. Aquella experiencia siempre me ayuda a recordar lo fácil que es herir a las personas con la verdad. La verdad puede ser cortante, pero nosotros no debemos serlo.

## **La controversia como oportunidad**

A veces ocurre algo que hace que el cristianismo o la persona de Jesús salgan a la luz. Por ejemplo, eso es lo que pasó en los años sesenta cuando hubo muchos jóvenes que se interesaron por la persona de Jesús. Desgraciadamente, muchos cristianos no quisieron tener nada que ver con aquellos jóvenes de largas melenas y, en general, perdimos aquella increíble oportunidad.

En los años setenta, Jimmy Carter anunció que había nacido de nuevo. Todo el mundo hablaba de aquel acontecimiento. Irónicamente, muchos cristianos estaban más absortos en alzar sus voces en contra de la presidencia de Carter que en aprovechar de alguna forma aquella oportunidad.

Tuvimos otra gran ocasión cuando se estrenó *La última tentación de Cristo*. El alcance mediático que tuvo fue increíble. Además de la noticia en sí, en todos los periódicos aparecían artículos de opinión al respecto. Todo el mundo hablaba del tema. No obstante, la película solo era parte de lo que se estaba cocinando.

La día clave llegó el 15 de agosto de 1988, cuando Jesucristo apareció en la portada de la revista *Time* por decimosexta vez. ¡Eso es todo un récord, sobre todo para alguien que murió hace más de 2000 años! Desgraciadamente, en general, los cristianos estábamos demasiado ocupados criticando la película y perdimos la oportunidad de desafiar la mentalidad secular.

Como yo no quería dejar escapar aquella ocasión, en la iglesia anuncié que íbamos a tener una charla sobre la película. Hubo una respuesta increíble. No solo vino mucha gente, sino que además, los miembros de la congregación invitaron a todo tipo de amigos no creyentes.

Una mujer de nuestra iglesia que es abogada y dedica muchas horas y esfuerzo a defender su fe ante sus escépticos compañeros, aprovechó la oportunidad y los invitó a todos. ¿Por qué pudo hacerlo? Porque corrimos el riesgo de tratar un tema de actualidad. Eso es apuntar al blanco.

Y realmente fue un riesgo. Una amiga, decepcionada, me comentó que mi crítica había sido demasiado generosa. “¡Has comprometido la fe!”, me dijo. Se había enfadado tanto, que hasta pensé que iba a dejar la iglesia.

Pero un día que estaba en la peluquería, la peluquera le dijo: “La semana pasada vi una película buenísima”.

“¿Sí? ¿Qué película era?”, preguntó mi amiga.

“*La última tentación de Cristo*”.

Mi amiga, incapaz de dar crédito a lo que acaba de oír, volvió a preguntar: “¿Buena? ¿Qué es lo que gustó de esa película?”.

“Bueno”, respondió la peluquera, “simplemente, me hizo pensar sobre Jesús. Quiero decir, que me parece increíble que Él pasara por todo lo que pasó...”.

“Pues mira, tengo una cinta que explica la película. ¿Te gustaría escucharla?”. Y, aunque parezca mentira, ¡le dio a la peluquera una copia de

mi charla! Al fin y al cabo, aquello que le había parecido tan polémico, ¡fue una oportunidad para dar testimonio!

Mi amiga me dijo más adelante: “Retiro todo lo que te dije. Ahora me doy cuenta de lo que estabas intentado hacer”.

Está claro que predicar sobre temas controvertidos acarrea cierto riesgo. No obstante, he aprendido que si los ignoramos, dejamos pasar grandes oportunidades para hablar de la relevancia del cristianismo. Y ésa es una oportunidad que no quiero dejar pasar.

*Para un predicador, el sexo es uno de los temas más difíciles. Lo más fácil sería eludirlo. Pero entonces no podríamos rescatar a los seres humanos de las devastadoras consecuencias de un uso incorrecto de la sexualidad, ni podríamos hablarles del gozo y de la belleza que hay en el plan que Dios tiene para el sexo.*

*Bill Hybels*

## 7

### **El sexo: ese tema tan delicado**

Un profesor mío una vez nos preguntó: “¿Cuántas veces al año pensáis en las profecías?”.

Un estudiante respondió lo que todos estábamos pensando: “Unas dos veces al año: por Navidad, y también durante la Semana Santa, cuando en la iglesia se lee Isaías 53”.

“Gracias”, dijo el profesor. “Ahora decidme, ¿cuántas veces *al día* pensáis en el sexo?”. Hubo un silencio sepulcral. El profesor había logrado su objetivo. ¿Cuántas veces escuchamos predicaciones bíblicas y relevantes sobre la sexualidad humana, tema en el que la gente piensa a diario?

Aquella pregunta se me clavó en el pensamiento, y cuando empecé a trabajar con jóvenes, puse en práctica su consejo. Después de todo, ¿qué hay en la mente de un adolescente?

Pero cuanto más mayor me hacía, me di cuenta de que *yo* seguía interesado en la sexualidad, aunque ya estaba casado, era pastor de una iglesia, y hacía muchos años de la batalla hormonal de la pubertad. Y sé que no soy el único, porque cada vez que predico sobre temas relacionados con el sexo, la iglesia se llena.

Pensamos mucho en el sexo. Es una realidad.

El predicador debe tratar cualquier tema que ocupe una parte tan importante de nuestro pensamiento y de nuestra personalidad, porque

algunos de esos pensamientos van por una dirección errónea y necesitan de la corrección de Dios. Para mí, no predicar sobre el sexo supondría abandonar mi puesto en uno de los frentes de batalla más activos en nuestra cultura.

## Hablemos

Soy consciente de que predicar sobre cuestiones sexuales puede acarrear problemas. Podemos ofender. O podemos sacar los colores a más de uno (yo, incluido). O podemos confundir a algunos de los que nos están escuchando.

No obstante, no podemos ignorar este tema.

Los matrimonios tienen luchas debido a la mala información que han recibido en cuanto a este tema. Los jóvenes están cometiendo errores porque desarrollan su conducta fijándose en las fuentes equivocadas. Los solteros luchan con dilemas sexuales. Nuestra sociedad necesita oír hablar del sexo desde la perspectiva cristiana.

Por ejemplo, si preguntáramos a los matrimonios de nuestra iglesia un domingo por la mañana: “¿Cuántos de vosotros en esta etapa de vuestra vida estáis teniendo una buena relación sexual con vuestra pareja?”, mi experiencia me dice que solo respondería afirmativamente el 30 por cien (o menos). Si eso es así, entonces el 70 por ciento de nuestros diáconos, profesores de Escuela Dominical, pastores, y miembros de la iglesia en general experimentan cierto grado de frustración sexual.

Las personas pueden decirse a sí mismas: *No voy a dejar que mis frustraciones sexuales me afecten*. Pero de algún modo, en algún momento, esa frustración buscará un hueco para salir a la luz. Lo que yo intento hacer a través de la predicación y de otros ministerios de la iglesia es provocar el diálogo, pues la conversación es una vía aceptable para que esas frustraciones salgan a la luz. Hay que *hablar* de estos temas: “Hablemos. No dejemos que la frustración crezca hasta el punto en que accedamos a la invitación de alguien que busca relaciones, porque ésa es la peor forma de solucionar el problema”. Tenemos que hablar de la responsabilidad que el sexo supone, y no ignorarlo hasta que cause un daño innecesario.

Hace poco hice una serie de predicaciones titulada: “Diciéndonos la verdad los unos a los otros” y, en una de las predicaciones, una ilustración consistía en un marido que le explicaba abiertamente a su esposa

sorprendidos. Eso echa por tierra el estereotipo de que el cristianismo es aburrido, y de que la misión de los predicadores es acusar.

Obviamente, luego explico que la sexualidad, ese deseo que Dios nos ha dado, debemos entenderla y someterla al señorío de Cristo, porque cuando se usa bien es muy beneficiosa, pero cuando se usa mal puede ser enormemente destructiva.

## **Predicación directa e indirecta**

Predico sobre el sexo de dos formas: directa e indirectamente. Si quiero hacer justicia a los muchos aspectos de la sexualidad humana, entonces opto por una aproximación directa. Me sumerjo en el tema, lo desarrollo y lo explico. Ésa es la razón por la que a veces dedico toda una serie de predicaciones a este tema en cuestión.

A modo de ejemplo, he aquí una lista de temas sobre los que he hablado: la satisfacción sexual en el matrimonio, la galantería, la infidelidad, la homosexualidad, el abuso sexual, la pornografía, los embarazos no deseados, y el sexo y la soltería.

No obstante, aunque el sexo no es un tema tabú en nuestra iglesia, intento poner un límite a todos los temas.

Como en el culto principal hay muchos adolescentes y niños, nunca he hablado de temas como la masturbación, la experimentación sexual en el matrimonio, o las aberraciones sexuales. No sería adecuado, pues quizá más del 90 por cien de los padres nunca ha hablado de esos temas con sus hijos. No quiero violar los derechos de los padres. Pero cuando hay interés por esos temas, lo que hago es sugerir algunos libros, o animar a la congregación a que hable conmigo o con alguno de nuestros consejeros después del culto. Y normalmente, en un entorno de privacidad como ése, las personas se abren y te hablan con toda sinceridad.

El segundo método que uso para predicar sobre temas relacionados con la sexualidad es más indirecto, lo que yo llamo *frases de mantenimiento*. Las introduzco aquí y allá en mis predicaciones para recordarle a la gente las enseñanzas que han recibido en predicaciones anteriores. Si hace poco que he predicado sobre la fidelidad en el matrimonio, en medio de una predicción sobre, por ejemplo, la mujer samaritana, diré una frase de mantenimiento: “La mujer estaba confusa; había perdido el concepto de fidelidad a su pareja, pues aún no había conocido la fidelidad a su Señor”.

Este acercamiento doble me ayuda a no contentarme pensando, *ya hablé de la sexualidad humana en aquella predicación sobre David y Betsabé*. Es bueno cubrir temas de forma directa y completa en una o varias predicaciones, pero también es bueno reforzar algunas ideas y hacerlo de forma continuada; y eso se puede hacer incluyendo esas ideas en el contexto de otras predicaciones.

Aunque tengo razones suficientes para predicar sobre el sexo, y también tengo una metodología para hacerlo, aún me acerco al púlpito con temor y temblor, porque sé lo difícil que es. Pero a lo largo de los años he aprendido cinco principios que me son de mucha ayuda.

## **Pon el sexo en perspectiva**

Siempre que hablo del sexo, me da miedo de que las personas se queden con la impresión de que el sexo es *el* pecado por antonomasia, *ese* pecado que ni la iglesia, ni Dios pueden tolerar. No quiero transmitir esa idea, porque creo que las Escrituras no transmiten esa idea.

Cuando predico sobre el sexo ilícito, obviamente lo llamo pecado, pero del mismo modo que lo haría con cualquier otro pecado. Digo a la congregación que está mal romper el código sexual que Dios ha instaurado. Pero lo que quiero es que las personas piensen en las consecuencias de la desobediencia. No quiero que los oyentes piensen: “¡Dios nunca me va a perdonar por eso!”, sino, “Si no obedezco al Señor en esta área de la vida, pronto me encontraré en el fango”. No creo que debamos cumplir las reglas porque sí, sino que quiero que la gente entienda que romper las reglas de Dios tiene graves consecuencias.

Para entenderlo bien podemos poner el ejemplo del alcoholismo. A mí me gusta empezar diciendo algo como: ¿Sabéis lo que es la adicción psicológica? ¿Sabéis cuántas miles de veces los monos de laboratorio le dan a una palanca para conseguir una dosis de aquello a lo que se han hecho adictos?”. Eso capta la atención de todos. Entonces digo: “¿Tenéis idea del efecto que los productos químicos tienen sobre las células del cerebro? ¿Sabéis que muchos de los accidentes de tráfico están causados por conducir bajo la influencia del alcohol?”. Y con esa introducción, ya puedo decir: “Ahora podéis entender por qué Dios dice: ‘No juguéis con el alcohol de un modo que lleguéis a la adicción’. Esa sustancia os esclavizará, pero Dios quiere liberaros. ¿No pensáis que Dios es maravilloso cuando nos dice ‘No te acerques a esa sustancia?’”.

Después de oír una predicación así, la oyentes se va pensando: *Gracias, Señor, por querer librarme de algo que podría llegar a esclavizarme.*

¡Qué diferente es ese acercamiento al sermón impositivo! Si gritamos: “¡Dios dice que ya no puedes beber más!”, las personas se pueden ir pensando: *Bueno, beber tampoco es el pecado más grave del mundo, así que por mucho que digan, voy a seguir bebiendo.*

Por tanto, el acertamiento que hago al tema del sexo es similar: “Dios nos dio las reglas para protegernos. Si las rompes, estás corriendo un riesgo. De hecho, en nuestros días se puede morir a causa de la promiscuidad”. Normalmente, describo de forma vívida hasta dónde puede llevar la sexualidad mal usada, y nunca tengo problemas de atención, pues la gente ha tropezado lo suficiente para saber que no estoy exagerando. Durante este tipo de predicaciones, algunas personas rompen a llorar, pues saben de qué estoy hablando.

Pero luego siempre paso a la parte positiva: “Si guardamos esas reglas benevolentes y experimentamos el sexo dentro de las fronteras definidas por Dios, puede ser una preciosa experiencia de intimidad y de éxtasis”.

Desgraciadamente, predicar así no es fácil. Es relativamente sencillo predicar *contra* un pecado, pero hay que pensar mucho para encontrar el lado positivo y el mensaje edificante. Por ejemplo, predicar sobre el mandamiento “No cometerás adulterio” es mucho más fácil que preparar un mensaje bajo el título “Cómo hacer que tu matrimonio esté a salvo de la infidelidad”.

Si una semana no tengo mucho tiempo para preparar un sermón, la solución más rápida es preparar un mensaje que empiece por “No harás...”. Pero si me organizo, tengo el tiempo suficiente, dedico tiempo a pensar en las personas de mi congregación y a orar, veo que vale la pena invertir tiempo y esfuerzo en hablar de la recompensa de aquellos que siguen a Dios. El resultado de eso es que en vez de salir de la iglesia cabizbajos por oír toda una serie de acusaciones por su desobediencia, la iglesia sale animada y con ganas de obedecer a Dios.

## **Sé sensible al dolor**

Hablar de la sexualidad de las personas es delicado. Por ejemplo, si intentas cuestionar mi masculinidad, ¡cuidado! Enseguida levantaré un muro emocional para defenderme, si no te levanto los puños primero.

Somos así; cuando la gente ataca nuestra sexualidad, ésta suele ser nuestra reacción. Así que cuando hablo de estos temas tan personales, tan íntimos, intento hablar con mucho cuidado. Como la comprensión que las personas tenemos de nuestra sexualidad – y de la práctica de ésta a lo largo de los años – es algo muy personal, sabemos muy bien cuáles son nuestros defectos y nuestros pecados.

En el área de la sexualidad, el sentimiento de culpa existente es increíble. No puedo hablar de “los pecados contra vuestros cuerpos” o hablar de las cosas que no debemos hacer sin ser sensible al dolor que atormenta a mucha gente por temas relacionados con el sexo. Si no incluyo palabras de Gracia, puedo causar un daño irreparable.

Además, si las mujeres de mi iglesia son como todas las mujeres en general, y lo más seguro es que así sea, la mitad de ellas habrá tenido una experiencia sexual no deseada y/o destructiva. Esto es lo que nos dicen las estadísticas. Eso quiere decir que cada vez que hablo de sexo, la mitad de las mujeres tienen que enfrentarse al dolor, a la culpa y a todos los sentimientos desagradables que surgen al recordar aquella experiencia. Por tanto, no puedo tratar el tema a la ligera.

Cuando acababa de empezar como pastor, no era muy consciente de esa realidad y, aunque lo había estudiado, muchas veces se me olvidaba mostrarme sensible al tratar este tipo de temas. Lo que hacía al hablar del sexo era ensalzar la sexualidad humana, hablar de lo hermosa que era. Y, por eso, hablaba de lo placentera que resultaba la experiencia sexual, y de por qué Dios nos hizo seres sexuales.

Al final, algunas mujeres fueron lo suficiente sabias como para acercarse a mí y decirme: “Bill, ese mensaje es maravilloso para la mayoría de personas, pero lo cierto es que a algunas de nosotras se nos ha rebajado con ‘ese don maravilloso de Dios’ del que hablas. Francamente, pensamos que el sexo fue una idea pésima”.

Fue muy duro oír aquellas palabras. Para mí ese tipo de actitudes no era nada familiar. En el ambiente en el que yo había crecido, ¡cualquier hombre habría colgado a aquel que pusiera una mano encima de una mujer! Pero hoy en día es normal encontrar heridas profundas causadas por el mal uso del sexo.

Tuve que aprender que cuando hablara de la belleza de la sexualidad humana, tenía que añadir algo como: “Pero algunos de vosotros habéis visto la otra cara de este regalo; habéis sido víctimas de aquellos depravados que han abusado de vosotros sexualmente”. Y entonces tengo que decir algunas palabras de consuelo y de comprensión.

## Provee un medio de Gracia

Recordar a la congregación que la Gracia de Dios cubre todos los pecados sexuales está bien. Pero cuando predico sobre el sexo tengo otra responsabilidad: tengo la obligación de ofrecer a los quebrantados a causa de experiencias sexuales adversas alguna forma tangible de sanidad.

Hace un tiempo, estudié sobre la pornografía, pues tenía que dar una charla sobre ese tema. Cuando estaba llegando al final de aquella larga preparación, me di cuenta de la gran cantidad de personas que es adicta a la pornografía. Tuve que mirarme al espejo y decir: *¿Voy a tratar este tema con integridad, o voy a predicar de forma dogmática haciendo que un buen número de seres humanos atrapados y heridos se sientan peor por lo que está haciendo?*

Darles unas palabras de Gracia, hablarles del perdón de Dios, es una cosa; pero lanzarles una cuerda para sacarles del pozo, es otra muy diferente.

Decidí pedirle a un consejero cristiano que empezara un grupo de ayuda para los que estuvieran dispuestos a hablar sobre su adicción a la pornografía. Ese grupo contaría con una supervisión especial, dada la naturaleza del problema. A la semana siguiente prediqué sobre la pornografía y anuncié la formación de aquel grupo que serviría “para ayudarnos los unos a los otros a librarnos de aquella adicción tan dañina”. Se apuntaron más de cincuenta personas. Ese grupo ha seguido existiendo y ha tenido un ministerio muy eficaz.

Si no damos a las personas algo a lo que aferrarse mientras lucha por deshacerse de ese problema sexual, en muchas ocasiones lo único que les queda es su confusión. Es importante crear grupos de matrimonios, grupos de confrontación amistosa (en los que todos rinden cuentas de sus actos para poder decirse la verdad con amor si alguien no está viviendo de forma adecuada), y ofrecer programas de consejo y de discipulado con líderes maduros; con esta ayuda será algo más fácil empezar a deshacerse de una sexualidad desnaturalizada.

## Algo de humor

En la predicación el humor es una parte importante. Aunque se debe usar de forma apropiada, es una herramienta muy útil, y por eso yo le dedico mucho tiempo. Algunas personas vienen a la iglesia pensando

que no van a disfrutar, que se van a aburrir. Si puedo lograr que se rían, se relajarán y estarán más abiertas a lo que voy a decir.

Sobre todo con un tema tan serio y personal como el del sexo, el humor aporta un equilibrio de un valor incalculable. El dolor, el sentimiento de culpa y las acusaciones hacen que, ante una predicación sobre el sexo, la congregación esté nerviosa, como esperando una regañina. No sabéis lo importante que es que el predicador diga algo que destruya esas sensaciones o expectativas.

En una de mis predicaciones quería transmitir la idea de que a veces, incluso los planes bien hechos en el matrimonio salen mal. Y conté algo que nos había ocurrido a mí y a mi mujer. Para uno de nuestros aniversarios, llevé a Lynn a una *suite* de un lujoso hotel. Había comprado flores, habíamos salido a cenar, y cuando ya estábamos en la habitación, había encargado que nos trajeran cava. Yo estaba entusiasmado con la noche romántica que había planeado. Cuando por fin apagamos la luz, Lynn se dio cuenta de que las cortinas estaban entreabiertas y aún entraba luz, así que se levantó para cerrarlas. Cuando volvía a la cama, a oscuras, se tropezó con la pata de la cama y se cayó golpeándose la frente. Se hizo un corte tan grande que tuvimos que ir a urgencias a que le pusieran puntos. Ya veis. Vaya noche romántica.

La gente se rió. Me había acercado a ellos porque había usado un punto de conexión universal: el humor.

No obstante, hemos de recordar que el humor debe usarse de forma apropiada. Una vez, intentando conectar con los hombres no creyentes que había en medio de la congregación, se me escapó un comentario un tanto frívolo. Estaba hablando de un hombre con éxito, que cree que no necesita a Cristo porque “tiene una casa preciosa, un muy buen sueldo, una segunda residencia en Florida, una mujer guapísima y dos hijos, y una aventura que le añade emoción a la rutina”. La verdad es que lo dije de forma muy poco elegante, y usé esa afirmación para construir la predicación y llegar a la enseñanza que quería transmitir.

Pero no había tenido en cuenta, y varias mujeres de la iglesia después se encargaron de hacérmelo ver, que ser víctima de una aventura extra-matrimonial es una experiencia devastadora. Y que muchas mujeres nunca se sobreponen. Mi comentario “y una aventura que le añade emoción a la rutina”, tan fuera de lugar, mostraba que yo no había pensado en el impacto que podían tener aquellas palabras. No podemos reírnos de cosas que producen dolor. Es mejor no hacer uso del humor si va a hacerse a costa del dolor ajeno.

## **Sé transparente**

La mejor forma de arruinar una predicación sobre el sexo es hablar como si yo no fuera susceptible al pecado sexual: “Yo este tema lo tengo solucionado. Para mí no es un problema, así que en los próximos treinta minutos os voy a ayudar a que volváis a la senda correcta para que también podáis controlar vuestras pasiones”. Así no ayudaremos a nadie.

Antes de ir a la iglesia de Willow Creek, no recuerdo haber oído a un pastor hablar de su sexualidad. ¿Significa eso que los pastores no son seres sexuales? ¿Es ésa un área de nuestras vidas que no queremos que los demás imiten? Cuanto más callados estemos, más grandes se harán esos signos de interrogación.

Cuando predico sobre el sexo, generalmente empiezo diciendo: “Amigos, aquí me tenéis, tal como soy. Os amo, y para mí eso tiene más valor que la imagen que tengáis de mí. Creo que tenemos algo importante de lo que hablar, y el miedo que me da abrirme ante vosotros no me va a frenar”. Yo me incluyo en la conversación, porque como pastor, estoy llamado no solo a alimentar al rebaño, sino a ser ejemplo de la vida que Cristo quiere que llevemos. Dado que mi sexualidad es parte de esa vida, de vez en cuando haré referencia a temas personales, como el hecho de que Lynn y yo hemos tenido una relación física que a veces ha sido gratificante y otras, no tanto. Entonces hablo de los factores universales que hay detrás de una relación gratificante.

La gente me suele decir que aprecian mucho esa honestidad. Eso habla de que no siempre hemos de tener experiencias sexuales maravillosas, aunque nos encantaría presumir de que sí las tenemos. Me gusta transmitir la idea de que podemos vivir sin necesidad de aparentar lo que no somos.

No obstante, hay épocas en mi matrimonio en las que, debido a dificultades en nuestra relación, sería destructivo para mí tratar en una predicación el tema del sexo. Cuando a mí las cosas no me están yendo bien, lo que menos necesito es la presión de tener que hablar de la sexualidad como si todo fuera bien.

Eso no quiere decir que siempre vaya a hablar desde la fortaleza, como si no tuviera ningún problema, pues a veces hablo desde la debilidad, reconociendo que hay cosas que a mí también me cuestan. Pero sí es necesario estar lo suficientemente sano antes de predicar, pues si no acabaría lanzando una lista de “No hagas esto, no hagas aquello” como

fruto de mis propias frustraciones. Seré más eficaz si espero hasta que haya salido de mi pequeña crisis y pueda ser algo más equilibrado.

Quizá hay una precaución más a tener en cuenta: la transparencia personal tiene un propósito, que es la identificación con la congregación, y no una mera exhibición verbal. Antes de hablar de mí mismo, pido permiso a Lynn, porque nunca usaría una ilustración que violara la intimidad y la integridad de nuestro matrimonio. Cuando tengo alguna duda sobre si una ilustración es adecuada o no, les pregunto a los ancianos, y ellos vetan las ilustraciones que no son apropiadas.

Pero, de hecho, me animan a que sea abierto. Ellos también quieren que mis mensajes transmitan de forma auténtica que yo necesito escucharlos tanto como mis oyentes, porque vivo en la misma situación que ellos: “Esta predicación también es para mí”.

## **La recompensa**

Tratar el tema del sexo es una de las cosas más complicadas que hago, así que para mí, sería mucho más fácil esquivar ese tema. Si lo hiciera, me ahorraría la introspección, la controversia, y la posibilidad de ofender a algunas personas.

Por otro lado, no podríamos rescatar a los hombres y mujeres de las devastadoras consecuencias de un uso incorrecto de la sexualidad, ni podríamos hablarles del gozo que hay en el plan que Dios tiene para el sexo.

He descubierto que cuando predico sobre el sexo, siempre me voy a casa animado. La última vez que prediqué sobre el matrimonio, hablé con muchas parejas, y lo que una de ellas me dijo refleja muy bien el sentir de todas ellas: “No nos vamos a conformar con una relación sexual que no sea satisfactoria. Vamos a trabajar los problemas que tenemos, con un consejero si es necesario, hasta que nuestra relación física vaya bien. No queremos frustrarnos el uno al otro, ni que una frustración así nos lleve a ser infieles y a destruir nuestro matrimonio”.

Cuando predico sobre la pureza sexual, muchas veces me llegan historias de cómo el Espíritu Santo ha convencido de pecado, y ha habido personas que han decidido dejar atrás la impureza sexual. Hace poco estaba hablando con un hombre de nuestra congregación que se acababa de convertir, y que llevaba tres años viviendo con su pareja. Le dije que por doloroso que fuera, la única opción que tenía era se-

pararse. Le escuché, oré con él, y le prometí que le ayudaría en lo que fuera necesario.

Cuando se marchó, me dijo: “Muchas gracias por sacar el tema, porque una parte de mí me dice *¡No quiero cortar con esto!*, y otra parte me dice *Pero tienes que hacerlo*. Necesitaba que alguien me presionara un poco. Gracias por haberlo hecho”.

Eso es lo que ocurre cuando predicamos la verdad sobre el sexo, y cuando lo hacemos con amor, con humildad y en oración.

*Muchos conflictos en la vida cristiana surgen porque la gente trata el dinero con una mentalidad diferente a la de Dios. Mi objetivo como predicador es que las personas capten e interioricen la visión de Dios.*

*Haddon Robinson*

## 8

### **El dinero: cuando nos entrometemos**

Una compañía de estadística estadounidense hizo un estudio sobre lo que las personas que no van a la iglesia piensan de la iglesia. Los encuestados decían que el problema de la iglesia “es que la gente que va, o está triste, o habla de la muerte, o te pide dinero”.

En consecuencia, hoy en día muchas iglesias son extremadamente optimistas, apenas hablan de la muerte, y casi nunca hablan sobre el delicado tema del dinero.

Es cierto que la eficacia en la evangelización no es la única razón por la que los predicadores somos reacios a hablar sobre el dinero. Muchos hombres y mujeres, tanto dentro como fuera de la iglesia, creen que el dinero es un tema tabú. Un hombre halagaba a su pastor porque en los diez años que llevaba en ese ministerio, la iglesia había ido bien económicamente hablando, *y eso que no había predicado ni una sola vez sobre el dinero.*

Por último, siempre queda la preocupación de que los oyentes piensen que nos queremos beneficiar, que hemos decidido hablar del tema por interés.

El resultado es que a la generación que sube no se la ha retado a dar. Las estadísticas revelan que las personas de menos de 40 años aportan tan solo el 2% de sus ingresos a la caridad. Si preguntáramos a las personas de más de 50 años que han crecido en la iglesia, “¿Cuánto debe dar un

cristiano?”, nos dirían: “El diezmo”. No creo que muchos jóvenes nos puedan dar esa respuesta. Estén o no de acuerdo con la costumbre de diezmar, no se les ha enseñado a dar. Para muchos de ellos, la ofrenda es como pagar por el derecho de admisión: pago 30 dólares por un partido de fútbol, 6 por entrar en el cine, así que por este culto, pagaré 20. Como no es un tema popular, casi hemos perdido la idea de que dar es una cuestión teológica y una importante expresión de nuestra fe cristiana.

¿Cómo podemos empezar a recuperar esta idea en medio de nuestras congregaciones? ¿Cómo podemos hablar sobre el tema del dinero de forma fiel a la Palabra y, a la vez, de forma que la gente nos escuche? Llevo años haciéndome esas preguntas. A continuación comentaré las cosas que he aprendido sobre cómo sacar a la luz el tema del dinero, y también, ¡sobre cómo no hacerlo!

## Tentaciones sutiles

El primer lugar, me doy cuenta de que cada vez que quiero animar a la congregación para que dé, siempre se me presentan algunas tentaciones muy sutiles. Éstas son las cuatro trampas que intento evitar.

- *Motivar cargando a la congregación, aunque sea de forma inconsciente, con un sentimiento de culpa.* El Nuevo Testamento habla de que la motivación para dar es la Gracia; dar es un acto de adoración en respuesta a la generosidad que Dios ha derramado sobre nosotros. Pablo dice que tenemos que dar “según Dios nos haya prosperado”. Si realmente entendemos lo que Dios nos ha dado, entonces daremos de forma generosa e, incluso, sacrificada.

Pero cuando predicamos, muchas veces usamos la expresión “tener que”, que suena a obligación: “Como Dios nos ha dado tanto, *tenemos que* dar más. *Tenemos que* dar el 10%”. O propiciamos ese sentimiento de culpa a través de las comparaciones: “Mira la casa en la que vives; mira el coche que tienes; mira la ropa que llevas. Y mira la necesidad que hay en el mundo, mira cuántos hambrientos hay, cuántos destituidos”. Es cierto que el contraste muchas veces es enorme, pero si no tenemos cuidado, esas comparaciones solo servirán para crear sentimiento de culpabilidad, y no un sentimiento de gratitud. La gratitud es la motivación bíblica y sana que nos debe motivar a la hora de ofrendar.

- *No definir claramente las promesas de que los que dan, recibirán.* En 2ª Corintios 8 y 9, donde está hablando de dinero, dice claramente que

“el que siembra generosamente, generosamente también segará”. Dios bendice a los que dan con generosidad. Personalmente, si mi mujer Bonnie y yo hiciéramos una lista de evidencias empíricas para defender la fe, una sería, por ejemplo, la resurrección de Cristo, pero también tendríamos una relacionada con el área de dar y ofrendar. Dios nos ha sorprendido una y otra vez cuando hemos dado con dolor, pues más adelante Dios nos ha provisto del dinero que necesitábamos sirviéndose de una fuente inesperada para nosotros.

Pero debemos tener cuidado a la hora de usar eso como una motivación. No damos para establecer un negocio con Dios. Dar el 10% para que luego nos devuelva el 20% está totalmente en contra de la ética del Evangelio. Cualquier persona con un poco de sentido común no perdería la oportunidad y ofrendaría para doblar su capital, pero el principio espiritual no funciona así. En nuestra sociedad se hacen donaciones a los museos de arte para que el nombre del donante aparezca en una gran placa, pero en la familia de Dios, damos para agradar a nuestro Padre que está en los Cielos. La pregunta que hemos de hacernos no es “¿Qué saco yo de esto?”, sino “¿Qué saca Dios de esto?”.

- *Hacer demasiado énfasis en el hecho de que todo le pertenece a Dios.* Es verdad que todo lo que tengo pertenece a Dios. Eso es lo que la Biblia enseña. Pero hay que tener mucho cuidado con el énfasis que se hace sobre esta afirmación teológica. Muchos llegan hasta el punto de predicar que si uno está completamente comprometido, tiene que estar dispuesto a ofrendar todo lo que tiene. Si alguien da todo lo que tiene, ¡acabará por morir de hambre! Ése es un principio que no tiene mucho sentido. Y cuando predicamos lo imposible, la gente deja de tomarnos en serio.

- *Enseñar sobre el dinero solo cuando las finanzas no van bien.* Sé de una iglesia que, para levantar un edificio, pidieron un préstamo de 4 millones de dólares. Tienen que ir pagando el préstamo con las ofrendas. Aún les quedan 3 millones de dólares. Cada mes el pastor se enfrenta a esa cifra, y constantemente trata el tema del dinero. Su predicación normalmente tiene el tono siguiente: “Si estuvierais dando como Dios quiere que demos, no tendríamos ningún problema”. Para la persona que se sienta en el banco, al final es como si cada domingo se encontraran en la iglesia con un recaudador de impuestos. Al final, ese tipo de énfasis en el dinero es contraproducente.

Aunque el ejemplo que acabo de mencionar puede sonar un tanto extremo, el principio sigue siendo cierto. Cuando intentamos recaudar fondos, y predicamos sobre el tema del dinero de forma continua porque

necesitamos dinero, la gente percibe esa desesperación. Como presidente de un seminario, entiendo muy bien la importancia de pedir dinero, pero si predicamos sobre el tema del dinero solo en los momentos en los que nuestras finanzas no andan bien, la iglesia no lo toma como una enseñanza, sino como una presión. Logramos más nuestro objetivo cuando alguien escucha nuestra predicación y dice: “Hoy el predicador ha hablado de mi dinero, pero no me ha pedido mi dinero para cubrir sus necesidades”.

## **Conecta con las necesidades de las personas**

Afortunadamente, si somos conscientes de estas tentaciones, podremos esquivarlas, y avanzar con confianza. Para ello, es importante que tengamos en cuenta los siguientes principios clave.

El primero tiene que ver con una idea básica de la comunicación: hay que identificar cuál es la necesidad de los oyentes y luego, hay que hablar de ella. Eso es lo que hace la mayoría de predicadores cada domingo, relacionar las verdades eternas de la Biblia con las necesidades del momento. Pero cuando toca predicar sobre el dinero, pensamos, *¿Qué es lo que la iglesia quiere escuchar? Mis oyentes no quieren que les diga que tienen que dar más. No todo el mundo ve la cuestión de dar como una necesidad.*

Pero, de hecho, la cuestión de dar conecta con dos necesidades que el ser humano tiene. Y cuando hablo sobre el dinero, intento hacer hincapié en esas dos necesidades.

*1. Todas las personas tienen la necesidad de sacrificarse por algo que valga la pena.* Si queremos que nuestra vida cuente, que tenga valor, en algún lugar tenemos que encontrar una causa mayor que nosotros mismos, una causa por la que merezca la pena vivir. Y una forma de comprometerse con esa causa es dando. Cuando damos de nuestro dinero, nos damos a nosotros mismos.

Creo que cuando Jesús viene a la iglesia el domingo por la mañana, también se sienta con el tesorero después del culto para ver lo que hemos puesto en la ofrenda. Si registráramos lo que una persona ofrenda durante un par de años, podríamos saber lo que para ella es importante.

En lo más profundo de nuestro ser, tenemos la necesidad de comprometernos con algo. Cuando no lo hacemos, tenemos ese horrible sentimiento de anonimato; tenemos la impresión de que nuestra vida no es importante. Bob Richards, el famoso saltador de pértiga, solía

preguntar a los competidores olímpicos: “¿Cómo soportáis el dolor y la dureza de vuestra profesión?”. Nunca le preguntaban: “¿Qué dolor?”, sino que le contestaban explicándole que parte de la emoción de la victoria está en lo difícil que es alcanzarla.

Parte de la emoción de nuestras vidas surge cuando encontramos una causa por la que valga la pena sacrificarse. Entonces lo damos todo.

2. *Las personas necesitan expresar su gratitud.* Cuando alguien nos ayuda queremos darle las gracias, decirle a la persona lo mucho que apreciamos su apoyo. Dar es una forma tangible de agradecerle a Dios la Gracia y la generosidad que nos ha mostrado. “Poned, según Dios os haya prosperado”, dice Pablo. La pregunta no es “¿Cuánto tengo que dar para seguir siendo miembro?”, o “¿Cuál es la cuota?”, sino “¿Cómo puedo mostrar mi gratitud?”. Ofrendar es una forma adecuada de mostrarle a Dios nuestra gratitud.

Cuando predico sobre el tema del dinero, tener en mente estas dos necesidades es muy liberador. Porque entonces soy consciente de que no estoy poniendo sobre los miembros de la iglesia una carga no deseada, sino que estoy ofreciendo a aquellos que me escuchan algo que va a apagar su sed: la oportunidad de participar de algo eterno, que nos trasciende, y la oportunidad de expresarle a Dios su gratitud.

## **Fíjate en el objetivo a largo plazo**

En segundo lugar, si consigo que alguien cambie su forma de pensar sobre el dinero, tendré delante de mí a una nueva persona. Como predicador, ése es mi objetivo: que la iglesia adquiriera una nueva comprensión sobre la relación entre nuestro dinero y Dios. A veces digo cosas como: “Ahora, ésta es la necesidad, y esto es lo que necesitamos para cubrirla”, pero ése es un objetivo a corto plazo. Mi verdadero objetivo, el objetivo a largo plazo, es que la iglesia cambie su forma de pensar sobre el dinero, y eso lo conseguiremos a través de predicaciones adecuadas.

El motivo que más discusiones causa entre las parejas es el tema del dinero. Yo puedo dar testimonio de ello. Para mis padres, de un ghetto de Nueva York, el dinero era igual a seguridad, así que ahorraban. Los padres de Bonnie, de clase media-alta, creían que el dinero era para usarlo. Cuando nos casamos, Bonnie quiso comprar un juego de platos por 30 dólares, que, en aquel entonces, era mucho dinero. La idea de gastar tanto dinero en un juego de platos no me entraba en la cabeza,

así que nuestra primera gran discusión tuvo que ver con la compra de unos platos. El conflicto se dio por el hecho de que teníamos *dos mentalidades diferentes*, que no provenían de principios que nuestros padres nos hubieran enseñado de forma explícita, sino de sentimientos y valores que habíamos interiorizado de forma intuitiva.

Muchos conflictos en la vida cristiana surgen porque la iglesia trata el dinero con *una mentalidad diferente a la de Dios*. Mi objetivo como predicador es que todos capten e interioricen la visión de Dios.

Tener esto en mente hace que ni yo, ni la congregación nos sintamos bajo presión. Un cambio así va a requerir tiempo, lo que significa que no tengo que trabajar en ello con desespero o de forma frenética, sino de forma intencional y progresiva, teniendo en cuenta el propósito final. He podido comprobar que si vamos transmitiendo la visión, sin presionar, al final vemos cambios increíbles. Cuando alguien no está a la defensiva, y escucha diferentes predicaciones sobre el tema del dinero, gradualmente va alterando su manera de pensar. Al final, la conversión parece repentina, pero es el resultado de un proceso.

Una vez organizamos un estudio bíblico para hombres de negocios, y un gran ejecutivo de una gran compañía informática se interesó y empezó a venir. Los demás miembros del grupo sabían que él no era cristiano. Un día, lo invité a comer, y le pregunté: "Wally, ¿eres cristiano?".

"Sí, soy cristiano".

"Yo pensé que debía confundir el término *cristiano* por el de *buen persona*. Así que le pregunté: "¿Desde cuándo?".

"No sé", me contestó.

"Entonces, ¿por qué dices que eres cristiano?".

"Cuando empecé a venir a tu estudio, no era cristiano", dijo Wally. "Un día, mientras me estaba afeitando, me miré al espejo y me dije a mí mismo, *¿Sabes? Si hoy viniera Dios y me preguntara, '¿Por qué debería dejarte entrar en el Cielo?', yo le diría, 'Estoy apostando mi vida por Jesucristo'*. Eso, no lo habría podido decir unas semanas atrás, pero sé que eso es lo que le diría a Dios ahora. Tomé la decisión en algún momento del mes pasado, o quizá del anterior".

Cuando predicamos sobre el tema del dinero ocurre algo similar. Por eso no hemos de pensar en ese instante, sino en el proceso que está teniendo lugar, sabiendo que con el tiempo las personas pueden cambiar su actitud de forma drástica.

## Enfatiza la actitud, no la cantidad

El tercer principio que sigo es el de no dar tanta importancia a la cantidad que se da, ni tan siquiera al porcentaje. En cambio, intento hacer hincapié en la actitud del que da y el grado de sacrificio que hace. Según las Escrituras, eso es lo más importante.

En el Nuevo Testamento tenemos el ejemplo de la mujer que puso en el arca del templo una cantidad muy pequeña. Y ese mismo día, los ricos echaron mucho. Pero Jesús alaba a esa mujer. Aquel día, para ella había sido más importante darle aquellas dos monedas a Dios, que tener un pedazo de pan, o beber un sorbo de leche. La ofrenda a Dios fue más importante que su alimentación. Eso era verdadera adoración. Al ver su ofrenda, Jesús se pone en pie, y les dice a sus discípulos: “¡Fijaos en ella! ¡Ésa es la actitud correcta!”.

Creo que Dios honra a los pobres aunque no den el diezmo, porque para dar hacen un gran sacrificio. Del mismo modo, creo que cuando la gente muy rica solo da el diezmo, está robando a Dios. Para muchos, dar el diezmo no es un sacrificio, sino una simple propina.

Siempre me ha llamado la atención la fórmula de John Wesley. Cuando ganaba 30 libras, vivía con 28, y ofrendaba 2. Más adelante empezó a ganar 60 libras, pero como sabía que podía vivir con 28, ofrendaba 32. Al año siguiente sus ingresos aumentaron hasta 90 libras, pero siguió viviendo con 28, y ofrendando todo el resto.

Por tanto, cuando prediquemos, la clave no es centrarse en la cantidad o en el porcentaje que se debe dar, sino en la actitud y en el compromiso del que da.

## Enseña principios de “inversión”

En cuarto lugar, creo que tenemos la responsabilidad de enseñar a la iglesia a invertir su dinero en el Reino de Dios. La iglesia necesita consejo para saber cómo realizar esa inversión, y ése es un consejo que aparece en la Biblia. He aquí algunas de las estrategias que yo enseño.

- *Primero, cubre tus obligaciones.* Si te preguntas, “Según el Nuevo Testamento, ¿qué obligaciones tengo?”, la respuesta recoge cuatro áreas:

1. Proveer de alimento y cobijo a tu familia. No hacerlo es peor que ser un hereje.
2. Apoyar a aquellos que te enseñan la Palabra de Dios.

3. Ayudar a los pobres de la iglesia.
4. Hacer el bien a todo hombre y mujer, siempre que tengamos oportunidad.

- *Da concienzudamente y de forma planificada.* Se nos enseña que hemos de “apartar la ofrenda el primer día de la semana”, así que es una irresponsabilidad llegar a la iglesia y pensar, ¡*Anda! La ofrenda!*, abrir el monedero, y coger las monedas que te quedan.

La iglesia debería considerar cuidadosamente los ministerios de su propia iglesia, y otros ministerios cristianos. ¿Los líderes muestran integridad? ¿Publican un informe económico en el que explican la forma en la que la organización ha usado el dinero que ha recibido? ¿Ese dinero está dando beneficios espirituales? Como cristianos, cuando damos a causas que no tienen que ver con nuestra iglesia, no deberíamos dar solo porque un coro de niños huérfanos nos ha hecho llorar. Deberíamos considerar de forma cuidadosa qué ministerios vamos a apoyar.

- *Invierte en ministerios serios que van a dar beneficio.* La carta de Pablo a los Filipenses es, de hecho, una carta de gratitud. El apóstol les escribió para darles las gracias por la ofrenda que le habían enviado. Y en esa carta, Pablo ve el dinero como una inversión en la obra de Dios: “Estoy agradecido por esta ofrenda, porque sé que os dará beneficios [o veréis que vuestra cuenta aumenta]” (4:17, *traducción del autor*). Si unimos este pasaje a la parábola del mayordomo infiel, donde se dice que seamos sagaces con el dinero y hagamos amigos para el Cielo, el resultado es el siguiente: una forma de hacer amigos de los que te darán la bienvenida en el Cielo es invirtiendo en el ministerio de otras personas.

Yo creo que cuando mi mujer y yo lleguemos al Cielo, nos recibirá personas de Kenia, un país que nunca hemos visitado, con una cultura que apenas conocemos. ¿Por qué? Porque durante años hemos estado apoyando a unos misioneros que trabajan allí y cuyo esfuerzo ha dado fruto. Hemos invertido en ese ministerio, y un día podremos cobrar nuestras acciones.

Ése es uno de los problemas de invertir en ministerios que se han visto manchados por algún escándalo. Han fracasado; no han dado beneficios espirituales. Si hubiéramos invertido nuestro dinero en alguno de esos ministerios, habríamos sufrido igual que un inversor después de una caída de la Bolsa.

- *Diversifica tu inversión.* El inversor profesional, para maximizar el rendimiento de su capital, diversificará sus inversiones, destinando una cantidad a bonos, otra al mercado bursátil, etc.

De forma similar, creo que también es sabio que los cristianos tengamos una “carpeta de acciones”, que nuestra inversión en el Reino esté diversificada. En primer lugar, damos a nuestra iglesia local; ésa es una obligación básica, porque es la iglesia que nos sirve y queremos apoyar a los que nos enseñan la Palabra de Dios. Pero luego, quizá queramos apoyar a una persona o grupo que se dedica a la evangelización. En nuestro caso, mi mujer y yo decidimos apoyar a la *Black Evangelistic Enterprise*, que trabaja de forma eficaz en medio de las comunidades de negros por todos los EE.UU.

Además de todo ello, quizá también queramos apoyar a grupos que están impactando en nuestra sociedad. Como cristiano, me encantaría ayudar de forma personal en muchas causas que valen la pena. Pero como no puedo, lo que sí puedo hacer es apoyar económicamente a alguna de ellas. Por ejemplo, Bonnie y yo hemos estado dando a grupos que trabajaban con mujeres maltratadas y a grupos que trabajaban con estudiantes universitarios.

Creo que también es sabio invertir en un Seminario, como una inversión a largo plazo. Los estudiantes tardan años en madurar, pero los estudiantes a los que apoyas hoy van a convertirse en misioneros, pastores y maestros, y llegarán a influir en muchas personas.

Ahora bien, sé que muchos pastores enseñan que el diezmo pertenece a la iglesia local. En cierto sentido, una buena iglesia, con un programa amplio y variado puede ser como un fondo común. Dado que hay mucha gente invirtiendo en ese fondo, la congregación tiene el poder de hacer lo que una persona sola no podría hacer, e invierte dinero en ministerios que muchos de los miembros no conocerían si no fuera gracias a la iglesia. Muchas personas confían en los líderes de la iglesia para que sean ellos los que administren su inversión en el Reino. Pero el principio es el mismo: asegurarse de que los líderes supervisen un programa de donación eficaz y diversificado.

## **Ilustra de forma eficaz**

Voy a acabar tratando dos áreas particularmente espinosas para la persona que predica sobre el tema del dinero: (1) las ilustraciones y (2) las aplicaciones.

Recientemente alguien me dijo: “Haddon, cuando predico sobre el tema del dinero, nunca sé qué ilustraciones usar. Si hablo del joven

rico, pierdo a la congregación. Si hablo de los pobres de Bangladesh, también la pierdo. Si hablo de mí, ocurre lo mismo, porque la gente piensa, *Bueno, tú eres el predicador. ¡Tú tienes que hacerlo!* ¿De dónde puedo sacar ilustraciones creíbles sobre la ofrenda?”.

Ése es un tema complicado. Pero el primer lugar donde busco ilustraciones es la Biblia misma. De las treinta y ocho parábolas de Jesús, al menos una docena hablan del dinero y del uso que debemos hacer de los bienes materiales. Los Evangelios hablan mucho sobre el dinero; aproximadamente uno de cada ocho versículos tiene que ver con ese tema. Como ya he dicho, la carta a los filipenses es una carta de agradecimiento por el apoyo económico que le brindaron a Pablo, y por eso esta carta contiene muchas enseñanzas sobre esta cuestión. De estas fuentes podemos sacar no solo una buena enseñanza, sino también ilustraciones eficaces.

En segundo lugar, comparto mi propia experiencia. Quiero que la gente sepa que no les estoy pidiendo algo que yo no estoy dispuesto a hacer. Pero hablo de mis ofrendas de una forma amplia, como hice en el apartado de “principios de inversión”. Normalmente, la mención de una cantidad concreta se convierte en una piedra de tropiezo.

En tercer lugar, cojo ilustraciones de historias de amigos míos o situaciones que se dan en nuestra sociedad. Pero, ¿cuáles elijo? Al considerar una ilustración, me hago la siguiente pregunta: “¿Cuál es el mensaje que hay detrás de esta ilustración? ¿Qué es lo que transmite?”. Aquí incluyo una lista de algunos mensajes que quiero transmitir cuando uso una ilustración:

- *Las personas generosas son atractivas.* Dios ama al dador generoso, a aquel que disfruta dando. No nos cuesta entender por qué, ¿verdad?; a nosotros también nos gusta ese tipo de persona. De hecho, quiero que la ilustración pregunte: “¿Qué adjetivo quieres que la gente te adjudique? ¿Tacaño o generoso?”.

- *Cuando damos, logramos que ocurran cosas maravillosas en las vidas de los demás.* Quiero que las ilustraciones muestren que dar tiene una consecuencia positiva en la vida de otras personas. Eso es lo que hacemos en las conferencias misioneras: los misioneros nos informan del impacto que nuestras donaciones han tenido sobre las personas. Pablo, por ejemplo, pudo decir a los filipenses: “Vuestra ofrenda me ha permitido servir. Mientras he estado aquí, el Evangelio ha llegado hasta la guardia pretoriana”.

- *Cuando damos, también recibimos beneficios, aunque no necesariamente materiales.* El peligro de usar la ilustración de una persona que dio 10 dólares y luego recibió 50 es que propicia una motivación que no es sana,

“dar para recibir”. Pero podemos hablar de las bendiciones ricas y no materiales que podemos recibir cuando damos. Por ejemplo, como amamos a nuestros hijos, intentamos darles una buena educación. Nosotros estábamos dispuestos a sacrificar nuestra casa, ¡lo que fuera! para darles eso, y no esperábamos nada a cambio. Pero ahora para mí y para mi mujer es un deleite ver lo que esa educación ha aportado a las vidas de nuestros hijos y a las personas con las que ellos trabajan.

- *Dios nos puede ayudar a dar mucho más de lo que creemos que podemos dar.* Cuando yo era uno de los líderes de la iglesia en Twin City Bible Church en Urbana, Illinois, la congregación decidió comprar un terreno y construir una nueva iglesia al lado del campus de la Universidad de Illinois, porque los miembros creían que ahí tendríamos más impacto. Pero ésa era un área muy cara, y la iglesia tendría que hacer un gran esfuerzo. Hice un sondeo sobre el compromiso, hablando con diferentes personas de la congregación, y me quedé muy sorprendido de que muchos me dijeran cosas como “Me acaban de ascender, y ahora cobro casi el doble”. Yo respondía: “¿Es eso una casualidad? ¿O Dios lo ha hecho para que puedas ayudar a cumplir su misión para esta iglesia?”. El testimonio del pueblo de Dios es, muy a menudo, el siguiente: después de haber tomado la decisión de ofrendar, Dios nos da para que demos. Creo que es legítimo usar ilustraciones que hablen de la provisión de Dios para que sus hijos sean generosos y den.

## Aplicaciones que impactan

Aunque es más sabio predicar sobre el tema del dinero cuando no necesitamos reunirlo de forma urgente, lo cierto es que en muchas ocasiones es una necesidad, y una necesidad muy apremiante. Y normalmente a quien le toca pedirlo es al predicador. ¿Cómo presentar la necesidad? ¿Qué pedir?

Quizá ya os suenen algunas de las lecciones que yo he aprendido:

- *Pide, y hazlo con atrevimiento.* Debería ser obvio que si la iglesia tiene una necesidad, y yo te estoy hablando de ella, en algún momento u otro, te pediré si puedes ayudar. Nos tenemos que atrever a pedir. Si no, somos como un evangelista que presenta el Evangelio pero no le pregunta a la personas si quiere responder y seguir a Cristo.

Yo pagué un precio muy alto para aprender esta lección. Cuando llegué al Denver Seminary, había un sistema de telefonía muy antiguo.

Era urgente instalar uno nuevo, así que fui a ver a un hombre de negocios, y le dije que teníamos que conseguir veinte mil dólares para el nuevo sistema. Hablamos un rato del tema, y entonces me preguntó: “¿Cuánto quieres que dé?”.

Yo dije: “Bueno, ¿podrías dar mil dólares?”.

Abrió su cajón, sacó un talonario, y me extendió un talón por mil dólares, diciéndome: “Me has insultado”.

*¡Le he ofendido! No debería haberle pedido dinero...*

Pero él me dijo: “Me has pedido mil dólares, pero necesitas veinte mil. O crees que no puedo dar mucho dinero, y en ese caso has infravalorado mi posición económica o, lo que es peor, has pensado que sí tengo el dinero, pero que no te iba a dar más de mil dólares. Y, en ese caso, me has insultado transmitiéndome que crees que no soy generoso. Lo que tienes que saber es que si una persona cree en una causa, no le insultas si le pides que haga algo grande. Si no llega a tanto, siempre podréis hablar y te dirá hasta dónde puede llegar. Pero sufrirás e insultarás a las personas cuando en vez de pedir más, pidas menos”.

Mirando atrás, lo que me gusta de su reacción es que no me dijo: “Anda, devuélveme el talón, que haré otro con otra cantidad más alta”. Me costó caro aprender aquella lección.

- *Céntrate en la causa en la que crees.* En innumerables ocasiones pedía dinero para el Denver Seminary donde trabajé. No me da vergüenza pedir ni animar a la congregación a que dé. De hecho, les transmito que es un gran privilegio, porque creo en esa causa.

Sinceramente, me costaría mucho pedir si fuera pedir para mí. Pero, ¿hay una causa más importante que la de la iglesia de Jesucristo? Como predicadores, hemos entregado nuestras vidas a esa causa, y por eso tiene mucho sentido que animemos a los demás a que se unan a nosotros, apoyándola.

*Sé ejemplo.* Cuando predico sobre este tema, tengo que asegurarme de que yo estoy dando con liberalidad, con generosidad. Si no, ¿cómo puedo pedirles a los demás que den? En el Denver Seminary son los administradores los que se encargan de buscar a personas que contribuyan con una donación económica. Sabemos que lo primero que tienen que hacer estos administradores es aportar una donación importante. Si no, no pueden pedirle a nadie que haga un sacrificio por el Seminario.

- *Transmite que se trata de un esfuerzo unido.* Muchas veces los miembros de la congregación ven los programas o proyectos como algo ajeno a ellos: el programa misionero es algo organizado por el comité de mi-

siones, o el proyecto de construcción de la nueva iglesia es un proyecto del consejo de la iglesia, etc. Por esta razón es importante que cuando una iglesia decide cómo se va a administrar la ofrenda, los miembros puedan opinar. Entonces tú como pastor, podrás decirles: “Recordad que *como congregación nos comprometimos con \_\_\_\_\_*, y ahora tenemos que ofrendar para cumplir nuestro compromiso”.

- *Transmite a los no creyentes y a todo el que visita la iglesia que no es necesario que den.* Aunque el presupuesto de la iglesia, o cualquier proyecto de la iglesia son para toda la iglesia, hemos de recordar que los únicos que se han comprometido a apoyar son los miembros. Creo que es muy importante que los líderes de la iglesia digan: “Si aún te estás haciendo preguntas sobre la fe, siéntete libre de no dar dinero. La ofrenda, como la Santa Cena, es para aquellos que se han comprometido con Dios. Ahora, Dios no te está pidiendo tu dinero. De hecho, lo que quiere es ofrecerte un regalo gratuito: la vida eterna. Y lo que a nosotros nos alegra es el simple hecho de que estés aquí”. Aunque parezca extraño, he descubierto que cuando decimos algo así, y los miembros saben que lo decimos de forma sincera, los creyentes dan con mayor generosidad, y los no creyentes se sorprenden cuando aquello que enfatizamos es el regalo gratuito que Dios les ofrece.

## **Dinero = Compromiso**

¿Por qué los predicadores debemos seguir tratando un tema tan difícil como el dinero? ¿Por qué enseñamos a la iglesia que debe dar, si sabemos que se nos puede malinterpretar?

Porque cuando hablamos de dinero, hablamos de compromiso. Y eso es a lo que hemos sido llamados: a predicar sobre el compromiso. Y el compromiso con cualquier causa no es más que palabras si la persona que dice que se ha comprometido no la apoya económicamente. Queremos que la iglesia adquiera un serio compromiso con Jesucristo. Y sabemos que si nuestros oyentes se comprometen de forma seria, eso se verá reflejado en sus ofrendas.



*Cuando hablo de un compromiso total, la gente cree que vengo de Marte.*

*Bill Hybels*

## **9**

### **El poder: predica para lograr un compromiso total**

Hace poco, un hombre me estaba comentando sobre los “temas difíciles” que he tratado a lo largo de los años – el infierno, el dinero, el sexo, la confrontación en las relaciones, la autodisciplina –, y me preguntó: “De todos ellos, ¿cuál es el que a la iglesia le cuesta más entender?”.

No me costó mucho encontrar la respuesta. “Entregarse a Cristo de forma completa”. Al predicar, el desafío más grande es transmitir aquello que movía la vida de Pablo. Él dice en Hechos 20:24: “Pero no estimo mi vida como valiosa para mí mismo; he abandonado mis aspiraciones y ambiciones personales; me he ofrecido a Cristo como un sacrificio vivo”. Cuando esta enseñanza la oye gente con una mentalidad secular, piensa que vengo de otro planeta. La idea de vivir según los deseos de otra persona es absurda.

Para mucha personas, vivir para Cristo es puro fanatismo. Muchos se preguntan: *¿quién es tan estúpido como para renunciar a relaciones, posesiones, placer, o cierto nivel de bienestar?* Creen que una devoción total a Cristo significa desperdiciar la única vida que tenemos.

Un hombre de mi iglesia es el ejemplo perfecto. Creo que su mayor problema está en el buen rendimiento de su empresa. Le salen clientes por todas partes. Su dedicación al trabajo es lo que controla su vida. Hace unos meses le pregunté por qué ya no tenía tanta pasión por las cosas de Dios.

“El negocio es muy exigente, y es cierto que está controlando mi vida”, admitió. Pero, a modo de defensa, me dijo: “Pero no soy yo quien busca tanto trabajo. El negocio va bien, y el trabajo me viene solo. ¿Qué quieres que haga?”.

Yo le sugerí que podía decir algo como: “Ya tengo suficiente trabajo, así que de momento no voy a aceptar más”. Me miró como si estuviera mal de la cabeza. ¿Qué hombre de negocios en su sano juicio le diría que no a un cliente cuyo pedido le va a aportar un beneficio? Es algo impensable. Tener más siempre es mejor. El deseo de tener más podía más sobre este hombre que el deseo de seguir a Cristo, usar sus dones espirituales, servir a su mujer, o ser un padre para sus hijos.

Si es tan difícil persuadir a la personas para que se entregue a Cristo de forma completa, ¿para qué esforzarnos? ¿Por qué no conformarnos con que las personas se hagan miembros de nuestra iglesia y asistan, al menos, de vez en cuando?

Como pastores tenemos que pensar en la calidad del fruto que estamos produciendo. Tenemos que decidir el nivel de compromiso que esperamos de los hombres y mujeres a los que servimos.

La historia de la Iglesia nos ha enseñado que un líder puede hacer más a través de un grupito de creyentes entregados que a través de toda una multitud de personas con el corazón tibio. Así que nos surge la siguiente pregunta: ¿Qué enseñanza podemos dar para que los hermanos se comprometan con Cristo de forma completa, cuando sabemos que la mayoría de gente no quiere oír hablar de un discipulado radical?

Voy a sugerir cinco principios que me sirven de guía cuando predico sobre el compromiso.

## **Describe el compromiso total**

El primer paso es que los oyentes tengan una comprensión clara de qué queremos decir cuando hablamos de compromiso total. Un maestro siempre tiene que estar definiendo y redefiniendo. ¿Qué significa estar totalmente entregado a Cristo? Si no significa simplemente asistir a los cultos y poner algo en la ofrenda, entonces, ¿qué significa?

Lo mejor es ir a la Biblia, donde encontramos varios pasajes que definen el compromiso:

- Las palabras de Pablo en 1ª Corintios 15:31: “cada día muero”. Todos los seguidores de Cristo comprometidos que he conocido reconocían

que cada día tenían que morir a un sinfín de cosas que luchaban por tener el control de su vida: la ambición personal, los placeres terrenales, el aplauso de la multitud, la avaricia, etc.

Nuestra cultura predica de forma feroz que “podemos tenerlo todo”, pero ese eslogan no aparece por ningún lado en la enseñanza de Cristo. A mí me resulta difícil ponerme delante de una congregación de clase media-alta y decirle todo aquello que tiene que abandonar o, al menos, eliminar de su lista de prioridades. Pero tengo que hacerlo.

- El mandamiento de Jesús en Lucas 10:27 dice: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente”. Eso significa que tenemos que obedecer la Palabra de Dios y organizar nuestra vida de forma que podamos vivir siendo conscientes en todo momento de su presencia (con las implicaciones que esto tiene).

- La pregunta de Juan: “El que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1ª Juan 4:20). Vivimos en una época en la que el odio está a la orden del día y, con frecuencia, esa actitud salpica a los miembros de nuestras iglesias. No obstante, las Escrituras dicen claramente que para estar completamente comprometidos con Jesús tenemos que estar en paz con nuestros hermanos. Los verdaderos cristianos y, en particular los líderes, deben tomarse lo que dice en Mateo 5:23-24 muy en serio. La integridad en las relaciones tiene que ser una prioridad y, de forma activa, debemos buscar la reconciliación cada vez que surja un problema. Ése debería ser un requisito para poder servir en la iglesia.

- La enseñanza constante de Jesús sobre el uso del tiempo, los talentos y los tesoros. Cuando una persona ha pasado treinta años de su vida dedicada a los negocios (invirtiendo en ellos todo su tiempo y talentos), es difícil que se entregue a Jesús de forma completa. Es duro oír versículos como “Buscad primeramente el reino de Dios”, o “¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”.

Para desarrollar las disciplinas espirituales personales – el estudio bíblico, escribir un diario, orar, ayunar, meditar – hay que dedicarles tiempo. Y tardaremos. No es algo automático. También es tiempo quedar con un grupo pequeño donde poder retarnos los unos a los otros y confrontarnos con la verdad de forma amistosa. El servicio práctico para el reino de Dios también implica tiempo. Pero todos esos compromisos de tiempo son una clara muestra de nuestra entrega a Cristo.

Un médico de nuestra iglesia ha decidido trabajar cuatro días a la semana para poder dedicar los otros tres al liderazgo que ejerce en la iglesia y a su familia. Esa decisión ha significado una reducción considerable de sus ingresos. Pero ha decidido morir a ello para poder vivir lo que Cristo le ha llamado a hacer aparte de su vocación como médico. Ya había estado usando sus habilidades para servir a seres necesitados, pero ahora, además, puede usar sus dones de administración y liderazgo en la iglesia. Él ha puesto su tiempo, sus talentos y sus tesoros a disposición de Dios.

## Sé ejemplo

El segundo paso a la hora de predicar sobre el compromiso es más duro: sé comprometido. Es obvio. No podemos llevar a una congregación al compromiso total si nosotros no estamos siendo de ejemplo.

Todos los pastores han pasado por momentos en los que no estaban completamente comprometidos. Es como preguntarle a un atleta: “¿Siempre has estado en plena forma?”.

Inevitablemente, la respuesta va a ser: “No, no siempre”.

Y cuando le preguntamos que cómo se sentía cuando no lo estaba, responde: “Fatal. Desmotivado. Fracasado”.

Hace poco leí sobre un líder muy importante al que le preguntaron: “¿Cuál es tu principal objetivo como líder de tu organización?”.

“Interceptar cualquier señal de entropía”. Aquella respuesta me fascinó, pues eso es lo que yo intento hacer con mi propia vida, buscar cualquier señal de desorden o caos. Me miro y me pregunto, *¿En qué área de mi vida me estoy desviando? ¿En qué área no estoy demasiado en forma? ¿En qué área estoy siendo perezoso?* Antes de mirar la condición espiritual de los demás, me examino a mí mismo.

Una de mis mayores frustraciones es no ser capaz de administrarme el tiempo para poder vivir de forma entregada en todo momento. Pero si estoy dispuesto a escuchar la verdad sobre mí mismo, el Espíritu me mostrará áreas en las que no estoy siendo cuidadoso, ni coherente. Entonces me puedo arrepentir e interceptar la entropía en su fase inicial.

Además de intentar ser un ejemplo de entrega y compromiso total, necesitamos a otros líderes de la congregación que sean fieles seguidores de Cristo, pues ellos me ayudan a transmitir lo que significa ser un cristiano totalmente comprometido. El otro día, cuando estaba reunido

con los ancianos de mi iglesia, miré a mi alrededor, y pensé: *Todos los ancianos de esta iglesia se han comprometido con Jesucristo, y harían por Él lo que Él les pidiera*. Eso quiere decir que cuando predico sobre el compromiso total, ellos son los primeros en animarme: “¡No bajes el listón! ¡Estamos contigo!”. Sería muy difícil animar a la congregación a vivir un discipulado serio si los ancianos y otros líderes no estuvieran en la misma línea que yo.

Lo que es muy emocionante es que cuanto más entregados estén el pastor y los líderes, más entregada estará la congregación. Y así, el crecimiento en la congregación anima a los líderes a comprometerse aún más, lo que propicia un ciclo continuo de crecimiento. El discipulado total se convierte, pues, en algo contagioso y estimulante.

En nuestra iglesia hay un hombre cuyo único día libre es el miércoles; ese día, viene a la iglesia por la mañana, y limpia las fuentes de agua. Hay otro hombre que viene los días que tiene libres y acondiciona las aspiradoras. Otros voluntarios cuidan del jardín que hay a la salida de la iglesia. Hace poco vi a una joven de la congregación arreglando las plantas. Tenía a su bebé a un lado, en su cochecito. Y mientras escuchaba una cinta, seguía removiendo la tierra alrededor de las flores. Cuando veo un discipulado que se manifiesta en diferentes formas de servicio, yo me siento motivado a ser un siervo más entregado.

## **Predica desde todos los ángulos**

El tercer paso es predicar sobre la entrega o el compromiso total desde el máximo número de ángulos posible. A continuación explicaré lo que quiero decir.

- Selecciona una serie de temas que lleven de forma natural del llamamiento al compromiso. En cierto sentido, todas las predicaciones definen algún aspecto del compromiso, ya sean sobre el matrimonio, el desarrollo del carácter, el cuidado de nuestro cuerpo, etcétera. No obstante, creo que el llamamiento a un compromiso total se transmite mejor si se presenta de forma explícita, y algunas series no se prestan a hablar de compromiso tan bien como otras.

Por ejemplo, en nuestra iglesia tuvimos una serie de predicaciones sobre la honestidad en las relaciones. Fue una serie muy útil, pero a mí como predicador no me brindó la oportunidad de hacer un llamamiento para que la iglesia adoptara un compromiso más serio con Jesús. Si lo

hubiera hecho, habría resultado un tanto manipulador, pues eso no es lo que ellos esperaban. Con algunos temas, si quiero ser íntegro, tengo que limitarme al tema en cuestión. Para hablar del discipulado, tendré que buscar otro momento.

Pero hay otros temas que nos permiten, de forma natural, incluir un llamamiento a la entrega y el compromiso. No hace mucho prediqué una serie de sermones titulada “Alternativas al Cristianismo”, en la que hablé del movimiento de la Nueva Era, de los Mormones, de los Testigos de Jehová, del Hinduismo, del Islam, del Budismo, y los comparé con el Cristianismo. Después de hacer una comparación honesta con estos sistemas de creencias, finalicé la serie diciendo: “Después de escuchar todo esto, ¿no diríais que el mensaje cristiano es absolutamente convincente? Cuando lo ponemos al lado de los demás sistemas de creencias, ¿no resulta un camino mucho más excelente? Si esta serie de predicaciones te ha llevado a la conclusión de que el Cristianismo es convincente por su verdad, por la persona de Jesucristo, y por lo que hace en las vidas de las personas, entonces, acéptalo con todo tu corazón, alma, mente y fuerzas. ¡Que nada te detenga!”.

Está claro que tratar sobre esos temas brindaba una oportunidad espléndida para llamar a la congregación al compromiso, y yo no quise perderla. Cuando planifico mis predicaciones, superviso qué series o temas selecciono para asegurarme de que en mi propósito de llevar a la congregación al compromiso total no hay manipulación ninguna.

- Presenta el servicio entregado como una respuesta gozosa a lo que Dios ha hecho por nosotros, y no como un medio para ganarnos la salvación. Nosotros los pastores tenemos que asegurarnos de que los oyentes han entendido que el discipulado es una muestra de agradecimiento a Dios, y no una forma de ganar su aprobación.

A veces, cuando estaba haciendo un llamamiento al compromiso, me he parado para decir: “Si tú estás fuera de la familia de Dios, tienes que entender que el discipulado es una respuesta a la maravillosa Gracia de Dios. No es un intento de mejorar nuestra imagen ante Dios. Pablo dice que podemos ‘entregar nuestro cuerpo para ser quemado’, pero que no podemos obtener la salvación a través del discipulado. El compromiso es un medio para expresar gratitud, no para ganarnos la entrada al Cielo”.

- Ilustra las alternativas a un compromiso entregado. Cuando intento retar a alguien con una mentalidad fuertemente secular, y animarle a que siga a Jesucristo de forma entregada, resulta muy eficaz presentarle el otro lado de la historia.

Por ejemplo, el día que llegaba al final de una serie titulada “Virtudes extraordinarias y poco comunes”, hablé del contentamiento. Empecé diciendo: “Nuestro protagonista siempre quería más. Quería más dinero, así que arriesgó una cantidad de dinero que había heredado invirtiéndolo en Bolsa. Quería más fama, así que se abrió camino en Hollywood y pronto se convirtió en una estrella y en director de cine. Quería más placeres sensuales, así que pagó grandes sumas de dinero para satisfacer su apetito sexual. Quería más emoción, así que diseñó, construyó y pilotó el avión más rápido del mundo. Quería más poder, así que en secreto y de forma muy audaz se metió en cuestiones políticas de tal forma que logró que dos presidentes de los EE.UU. se convirtieran en sus títeres. Y siempre quería más. Estaba completamente convencido de que conseguir cada vez más le traería la verdadera satisfacción. Desgraciadamente, la historia demuestra lo contrario”.

Entonces procedí a explicar el aspecto que tenía en sus últimos días de vida: demacrado, con el pecho hundido y las uñas largas y roñosas; dientes negros y podridos; varios tumores e incontables marcas de aguja debido a su adicción a las drogas. “Howard Hughes murió”, dije, “creyendo en el mito de la acumulación. Murió millonario, pero también esclavo de las drogas y desquiciado”.

Si describimos el camino y el destino de una vida egoísta, centrada en uno mismo, podemos mostrar la futilidad y el vacío que producen. Así, podemos decir: “Amigos, seguir en ese camino es una locura. ¿No lo veis? Quizá estos hombres cayeron mucho más bajo de donde estáis vosotros ahora. Pero ponedle un poco de imaginación. Pensad cuál es el destino de la dirección que habéis tomado. Antes o después estarás tan harto de buscar y no encontrar algo que te satisfaga, que clamarás: ‘¡Necesito beber agua viva!’. Puedes hacerlo de aquí a quince años, después de haber pasado por tres o cuatro matrimonios más, y haber dejado cuatro o cinco hijos desamparados. O puedes aprender de las locuras de los demás, y entregarte ahora mismo y confiar en Cristo”.

Y a continuación pregunto: “¿Tu última adquisición ha saciado la sed de tu alma? ¿Tu último logro – un ascenso, tu matrimonio, tu primer hijo, tu libro recién publicado – te ha dejado totalmente satisfecho?”. La gente tiene que admitir que aquello que pensaba que le iba a llenar una vez lo alcanzara, normalmente no le satisface de forma plena.

- Para aquellos que están satisfechos en el presente, ofréceles tu ayuda para más adelante. A veces la gente dice: “¡Si yo ya soy feliz como

estoy! Ya tengo todo lo que quiero. Tampoco tengo grandes problemas, así que estoy bien como estoy, ¡gracias!”.

Cuando los oyentes se auto-engañan, no nos van a escuchar. De hecho, normalmente nada de lo que les digamos les va a convencer. De nada sirve luchar para hacerles ver sus necesidades. Pero de forma pública o en privado podemos ofrecerles nuestra ayuda para el día en el que finalmente se den cuenta de que necesitan a Cristo.

Durante varios años fui pastor de los Chicago Bears y dirigí un estudio bíblico en el estadio en el que entrenaban. Había un jugador que siempre hacía lo mismo. Pasaba por delante de la puerta donde nos encontrábamos, me hacía un saludo con un movimiento de cabeza y un guiño, y continuaba su camino. Un día le dije: “Ahora todo te va genial. Tienes todo el dinero y la fama que querías. Por eso pasas de largo guiñándonos el ojo de forma condescendiente, como si tus compañeros que vienen al estudio y yo fuéramos tontos”. Él me sonrió.

Continué: “No pretendo ejercer de profeta fatalista, pero en cualquier momento podrías caer de ese pedestal. Y entonces te darás cuenta de que no lo tienes todo. Cuando eso ocurra, llámame”.

Me llamó tres semanas después. “Mi único hermano acaba de tener su primer hijo. El bebé ha nacido con malformaciones. Mi hermano está destrozado, y yo también. No sé lo que hacer, ni lo que decir. ¿Podemos quedar?”.

Con aquellos que creen que ya están satisfechos, nuestra mejor estrategia es hacerles saber que el día en el que se den cuenta de que necesitan algo más, estaremos a su disposición.

## **Ten paciencia y deja que el Espíritu obre**

Por naturaleza, soy una persona muy impaciente. Pero he tenido que aprender a ser paciente, a predicar sobre el discipulado, y a dejar que el Espíritu haga su obra.

Llegar a estar completamente comprometido con Cristo es un proceso. Colosenses 1 dice que el ser humano necesita llegar a estar completo en Cristo, pero 1ª Corintios 3 me recuerda que todos empezamos como bebés espirituales. Mi responsabilidad no es forzar el crecimiento, sino ofrecer el menú adecuado. ¿El menú que estoy ofreciendo brinda el alimento que lleva a la madurez? ¿Es un menú demasiado sólido, y por eso se atragantan? ¿O les estoy

dando comida-basura, muy buena de sabor, pero muy baja en nutrientes?

En última instancia, todos los creyentes deberían entregarse de forma plena a Cristo. No obstante, no todos los creyentes lo harán al mismo ritmo. En nuestra iglesia hay caracteres tímidos y metódicos. Si están aprendiendo a jugar al tenis, hacen una clase de cuarenta y cinco minutos a la semana y tardarán ocho años en aprender a jugar bien. Y cuando avanzan hacia el compromiso total con Cristo, lo hacen a la misma velocidad. No es que estén luchando con Dios o siendo rebeldes; su lenta progresión hacia el compromiso total es natural, pues es un reflejo del ritmo con el que avanzan en cualquier área de la vida. Con personas así, tengo que reducir un poco, y avanzar de acuerdo con su ritmo.

Otras personas, en cambio, son totalmente lo contrario. No hace mucho, un hombre me escribió lo siguiente: “Tengo dos negocios. Me convertí al cristianismo en una de tus predicaciones hace dos semanas. Ya he encontrado a dos personas para que lleven mi empresa. Yo estoy dispuesto a dedicar el resto de mi vida a servir en la iglesia de Willow Creek. Llámeme”.

Le llamé enseguida, ¡para pedirle que no realizara todos esos cambios de forma tan rápida! Su ímpetu me había preocupado, pero algunos son así. ¡Probablemente se habría declarado a su mujer una semana después de conocerla!

Debido a estas diferencias de personalidad, nunca digo cosas como: “Tienes que tomar una decisión antes del próximo domingo”. Ponerle a la iglesia una fecha concreta a veces no es demasiado sabio. Yo prefiero decir algo como: “Hoy habéis oído una verdad muy importante de la Escritura. Por favor, no seáis tan solo oidores. Sed hacedores. Mi casa y yo hemos decidido \_\_\_\_\_ (ahí menciono el compromiso sobre el que estoy predicando). Tú también tienes que tomar una decisión. Que el Espíritu Santo te ayude a tomar la decisión adecuada”.

## **Tienes que estar preparado para vivir con oposición**

Me veo obligado a mencionar un hecho doloroso que forma parte de la vida pastoral. La predicación de un cristianismo comprometido provoca el descontento de los creyentes acomodados, que intentarán persuadirnos de que bajemos el listón.

Los creyentes que no viven de forma totalmente entregada responden ante los mensajes sobre el compromiso total del mismo modo que los rebeldes responden ante los mensajes sobre el arrepentimiento. Imagínate que estás ante cien mil chavales en un concierto de rock y dices: “Vais por mal camino. Por favor, reconsiderad el rumbo que está tomando vuestra vida. Caed de rodillas, y arrepentíos de vuestra rebeldía contra Dios, y recibir a Cristo como vuestro Salvador”. Te aseguro que verías mucha hostilidad.

Yo me he encontrado con el mismo tipo de resistencia cuando he retado a cristianos de domingo a que se entreguen a Cristo de forma completa. Siempre que saquemos a la luz la adicción que muchos creyentes tienen a la gratificación, encontraremos que muchos se ponen a la defensiva.

Los pastores lo notamos enseguida. Un domingo predicamos sobre un tema delicado del discipulado, y la reacción de la iglesia no es nada positiva. Al domingo siguiente predicamos sobre la reconstrucción de la autoestima, y la gente queda encantada. Entonces, ¿de qué predicas el tercer domingo? ¿Por qué tipo de tema te inclinas?

¿Cómo expresan los seres humanos esa resistencia? “Has sido demasiado duro. No estás siendo realista. Aún no estamos preparados para eso. ¿Por qué no predicas sobre algo como ‘Dios te ama tal como eres?’” Si no recibiera el apoyo de mis ancianos, no podría predicar sobre el compromiso, porque a veces la resistencia que me encuentro es demasiado fuerte.

Recientemente pasamos un cuestionario a los miembros de la iglesia que están más comprometidos. Una de las preguntas que les hicimos fue la siguiente: “¿Estás usando tus dones espirituales en esta iglesia para la gloria de Dios cada semana?”. Un 53% contestó afirmativamente. Si pensamos en el mensaje de la Biblia, ese porcentaje no es suficiente. Así que en uno de mis mensajes, mencioné esa estadística y dije: “Doy gracias a Dios por los que estáis usando vuestros dones espirituales. Y oro por los que estáis dolidos por alguna razón y necesitáis un tiempo de sanidad antes de empezar a servir de nuevo. Pero para el resto, tengo una pregunta, una pregunta un tanto dura: ¿Pero qué os pasa? Si habéis sido redimidos y ahora formáis parte de la familia de Dios, deberíais pasar noches enteras sin dormir pensando de qué manera podéis mostrarle a Dios vuestra gratitud. Una manera de hacerlo es descubriendo y usando vuestros dones espirituales. Si no lo estáis haciendo, ¡algo anda mal!”.

Tengo que confesar que una vez incluso usé la palabra “parásito” para describir a las personas “que comen y viven la vida, que disfrutan de los beneficios de pertenecer al Cuerpo de Cristo, pero no aportan nada al Cuerpo”.

Después de esa predicación, uno de los ancianos me cogió aparte y me dijo: “Una palabra magnífica. Ésa es una verdad que se tenía que decir. Así que, ¡bien hecho!”. Yo necesitaba aquellas palabras de afirmación y de ánimo, porque al día siguiente, recibí un sinfín de correo criticando mis duras palabras: “Solo porque he decidido no servir en esta iglesia no puedes decir que soy un parásito”. “No tenías ningún derecho a presionarnos de esa manera”. “Eres un egoísta que cree que tiene el derecho de decirle a los demás cómo deben vivir”.

Respondí cada uno de los correos y ofrecí mi disponibilidad para hablar más sobre el tema. No obstante, me reafirmé en mi comprensión de 1ª Corintios 12: si decís que sois parte del Cuerpo, entonces tenéis que funcionar como corresponde a una parte del Cuerpo.

La cuestión es que, cuando tenemos la convicción de que hemos de confrontar a la congregación, en ese momento necesitamos el apoyo de los ancianos, necesitamos que nos digan: “Ése es el mensaje que debes dar, siempre que lo des con la actitud adecuada. No dejes que los ataques de los creyentes acomodados te echen para atrás”.

Por eso, siempre que voy a predicar sobre un tema particularmente desafiante, aviso a los ancianos con antelación. A veces me dicen: “Bill, eso más bien parece la crítica de algo que te molesta a ti personalmente, y no tanto la preocupación del consejo de la iglesia. Así que ten cuidado”. Si me dicen algo así, suelo echarme atrás, o esperar hasta haber alcanzado una mejor perspectiva del tema en cuestión.

Otras veces, los ancianos me reafirman, y entonces subo al púlpito a predicar con confianza y una mayor convicción.

## **¿Por qué sigo predicando este mensaje?**

¿Sabéis qué me ayudó a convencerme de que tengo que predicar un evangelio de absolutos, un evangelio que exige una entrega total? Dar-me cuenta de que vivir una vida genuinamente cristiana o de entrega absoluta a Dios es el único camino a la satisfacción plena.

Todos los días escribo en mi diario mis impresiones, mis oraciones, y renuevo mi compromiso con Dios. Digo, como el autor del himno:

“Que mi vida entera esté / consagrada a Ti, Señor”. O “Yo quiero ser, Señor amante / como el barro en manos del alfarero; / toma mi vida, hazla de nuevo”. Entonces, con la vida del Espíritu Santo, intento seguir esos compromisos durante el día.

Nunca me he arrepentido de mis esfuerzos por someterme a Dios. De hecho, los momentos de mayor entrega han sido los momentos de mayor gozo. Y en esos momentos me he visto llevado a decir como el salmista: “¿Qué daré al SEÑOR por todos sus beneficios para conmigo?”.

Por otro lado, he pagado con creces por las veces en las que no me he sometido, en las que he sido egoísta, carnal, rebelde o huraño. Acordarme de ello me ayuda cuando llego a la parte del mensaje en la que animo a la congregación a comprometerse de forma absoluta con Cristo. Es fácil sentirse poco seguro cuando te das cuenta de que le estás pidiendo a un hombre que renuncie a un buen sueldo, o a una mujer que ponga punto y final a una relación sobre la que ha puesto toda su confianza, o a un adolescente que no ceda ante la presión de sus compañeros. El Enemigo me nubla la mente y me hace pensar que no puedo retar a la los hombres y mujeres de esta forma.

Entonces, recuerdo lo siguiente: el compromiso total es la única forma de encontrar la bendición, la paz, la emoción y la aventura para las que hemos sido creados. Cuando seguimos a Jesús de forma radical, Dios se agrada de nosotros y nos permite experimentar su compañía de forma constante. Acordarme de eso me empuja a querer subir a la cima de la montaña para gritar a los cuatro vientos: “Lo mejor que puedes hacer es caer de rodillas ahora mismo y decir ‘Señor, aquí estoy. Me entrego a ti. En tus manos estoy’”.

Nunca he conocido a nadie que se haya arrepentido de su decisión de convertirse en un cristiano entregado. No obstante, podría llenar un estadio con personas que fueron a la deriva por no responder al llamamiento de Dios. Hay personas que me escriben diciendo: “Si tan solo pudiera volver atrás; si no hubiera sido tan obstinado en mi relación con Dios; si tan solo hubiera escuchado”.

El compromiso total con Jesucristo es un duro desafío, pero lleva a una vida plena. Como sabemos que eso es verdad, tenemos que hacernos una pregunta: ¿Nos vamos a amedrentar, y dejaremos de animar a la congregación a hacer lo que más le conviene y lo que más gloria va a dar a Dios, o seremos siervos fieles que proclaman la verdad, que tiene el poder de cambiar vidas?

## **Parte 4**

# **EL PREDICADOR CONTEMPORÁNEO**



*Mis historias deben servir para ilustrar algo. Tengo que evitar transmitir la imagen de un hombre demasiado bueno, o demasiado sabio. Ésta es la regla que hay que seguir: una ilustración debería ilustrar una verdad, no ensalzar al predicador.*

*Haddon Robinson*

## **10**

### **Usando historias personales**

Quedaron atrás los días en los que la predicación era una clase magistral, una lección impartida por alguien respetado y temido. Hoy en día no se concibe unir los términos “predicador” e “impersonal”, pues se consideran términos contradictorios. En la actualidad, las personas esperan una predicación más directa, caracterizada por la vulnerabilidad y la transparencia.

Cuando las personas hacen comentarios de mis predicaciones, rara vez mencionan el argumento lógico del sermón, o su estructura, o su poder persuasivo (aun cuando yo haya trabajado esos aspectos). El comentario más típico es el siguiente: “Muchas gracias por el mensaje, pero lo que más me ha llegado ha sido tu vulnerabilidad. Gracias por dejarnos ver cómo eres”.

Los oyentes del siglo XXI esperan que el predicador sea personal y cautivador. Eso significa que no solo debe dar respuesta a las necesidades que las personas tienen, sino que también debe usar ilustraciones de su propia experiencia, de su propia vida. Éste es el elemento que se busca y por el que se juzga una predicación.

Para usar historias personales es necesario tener cierta habilidad, porque tiene sus peligros. A continuación, analizaremos algunos de esos peligros, y veremos cómo evitarlos.

## **El peligro de las ilustraciones personales**

Recientemente escuché una predicación en la que el predicador intentaba explicar algo sobre las tácticas de Satanás: “Normalmente, te levantas y llegas al trabajo a las 8. Pero los domingos, no llegas a la iglesia hasta las 9:30. Aunque tienes una hora y media más, por alguna razón las cosas no salen bien”. Entonces quiso ilustrar lo que estaba diciendo con una historia personal. “Esta mañana mi mujer y yo hemos tenido una fuerte discusión y, de hecho, aún no lo hemos solucionado. Espero que podamos arreglar las cosas esta tarde”.

Llegado este punto, la congregación perdió el hilo. Ya no pensó en el tema que el predicador estaba exponiendo: la influencia que Satanás puede ejercer en nosotros, haciéndose valer de las cosas inesperadas. Todo el mundo se quedó con la idea de que el predicador y su mujer estaban peleados. Incluso aquellos que quieren una predicación personal no responde bien ante una predicación *tan* personal.

Si hubiera dicho: “El domingo pasado por la mañana nos peleamos, y no hablamos del tema ni lo arreglamos hasta el domingo por la tarde”, la congregación se habría beneficiado de una buena ilustración. Después de la dificultad, vino la victoria. Pero las personas no tienen ganas de convertirse en espectadores de una pelea que estás perdiendo.

Aunque nadie espera que seamos perfectos, algunas ilustraciones personales abruma al oyente, cargándose la delicada relación entre el predicador y sus oyentes. Como regla general, si en medio de una situación problemática no has llegado a una solución bíblica, aún no puedes usarla como ilustración.

Aunque digas algo como “Voy a intentar buscar una solución”, eso no aclara nada, sino que solo sirve para que el centro de atención seáis tú y tu problema.

Desviar la atención de los que nos escuchan hacia una situación no resuelta y dejarles confundidos es uno de los peligros de las ilustraciones personales. Pero hay unos cuantos más.

## **Transparencia inapropiada**

Hay varios niveles de transparencia. Uno de los factores básicos de cualquier relación es saber cuánto abrirse. Cuando dos personas han llegado a cierto grado de confianza, la transparencia puede ser mayor.

Pero solo los necios se lanzan al agua de cabeza sin haber comprobado la profundidad que hay. Un buen amigo te conoce muy bien, y puedes contarle casi cualquier cosa. Pero una congregación, por su diversidad y por sus diferentes niveles de madurez espiritual, no puede soportar ese nivel de transparencia total.

Imaginémonos una escala de transparencia que va del cero al diez. La mayoría de congregaciones probablemente solo podría aceptar los niveles uno, dos y, posiblemente, el tres. Y eso es suficiente para transmitir de forma adecuada que estás siendo sincero y que eres auténtico, pero que tienes el suficiente tacto, sentido común y discreción como para no dar todos los detalles.

Un pastor, cuando estaba predicando sobre el problema de la lujuria, admitió: “Yo conozco el poder de la tentación sexual. Aún a veces miro a las mujeres con lujuria. De hecho, también hoy mismo os he mirado a algunas de vosotras con lujuria”.

Aunque el pastor fue sincero, su transparencia solo sirvió para anular por completo la eficacia de su predicación. Su primera frase hubiera sido suficiente: “Yo conozco el poder de la tentación sexual”. Pero yendo más allá, mencionar a las mujeres que en ese preciso momento se encontraban entre los oyentes, solo sirvió para que la congregación al completo dejara de prestar atención al mensaje de la predicación. En lugar de pensar en la respuesta de Dios ante el poder de la lujuria, las personas estaban mirando a su alrededor, preguntándose a qué mujeres se refería el pastor. *¿Será aquella? ¿Seré yo?* El efecto de la ilustración se frustró debido a la reacción de los oyentes.

Como regla general, se soporta mejor este tipo de transparencia si hace referencia a un incidente del pasado. Podría haber dicho: “Me avergüenza decir que en el pasado hubo una época en la que los pensamientos inmorales controlaban mi mente, incluso en medio de mis tiempos de oración al Señor. No podía deshacerme de aquellos pensamientos. Lo único que podía hacer era admitir delante de Dios que la lujuria me estaba dominando”.

Cuando presentamos un conflicto personal que aún no hemos resuelto, sea del tipo que sea, eso hace que los oyentes pongan su atención en ti, el predicador, y no en ellos mismos y en su propia condición. De hecho, es como si fueras a ver a un consejero, le contaras tus luchas, y solo te dijera: “¿Y tú te crees que tienes problemas? ¡Espera a que te cuente lo que me ha pasado esta mañana...!”. Te marcharías de allí cuestionando la integridad del consejero, y sin ningún consuelo ni solución a tu problema.

Si los pastores hacen eso desde el púlpito, la congregación se marcha con la impresión de no haber recibido de la Palabra de Dios. ¿Por qué? Porque el predicador ha cambiado los roles, usando a la congregación para su propia terapia.

Eso no quiere decir que todos los predicadores tienen que haber encontrado una solución bíblica clara y directa a sus problemas. La vida en esta tierra no siempre ofrece finales felices y victoriosos. El objetivo del predicador al usar una ilustración personal tan solo es aclarar la idea que quiere transmitir. A la vez, está transmitiendo: “Os estoy hablando de cosas reales. Vosotros las experimentáis, y yo también las experimento. Yo no vivo en una torre de marfil. Soy tan vulnerable como vosotros, y no siempre ando de victoria espiritual en victoria espiritual”.

## **Bajo la influencia de las emociones**

Otro peligro de las ilustraciones personales es que la condición emocional del predicador condicione la predicación.

Un domingo en el que visité una iglesia, en seguida me percaté de que el pastor estaba enfadado con la congregación. Su tono de voz dejaba entrever su enfado, y todas las ilustraciones eran negativas: cristianos que no aman, que no se preocupan de nada, que no respetan a los demás, que murmuran.

Después del culto, le pregunté a alguien que conocía: “¿El pastor tiene algún problema con el Consejo de la iglesia?”.

“Sí”, me dijo. “Creo que el Consejo le va a pedir que se marche”. El pastor había subido al púlpito con su pesado bagaje emocional. En las ilustraciones había generalizado de forma injusta, describiendo a todos los cristianos según la mala experiencia que había tenido con unas pocas personas. Estaba herido. No tenía mucha simpatía por las personas que le iban a escuchar aquella mañana. No hizo falta que nadie nos lo dijera. Saltaba a la vista.

El enfado no es el único sentimiento que afecta a los pastores. Algo que a mí me afecta muchísimo es la fatiga. Y sé que cuando estoy cansado, he de tener cuidado con tres cosas:

1. Mi percepción de la reacción de los oyentes puede estar distorsionada. Es probable que interprete mal las señales que recibo. Cuando estoy cansado, soy más negativo, y fácilmente pienso que no tienen mucho interés, que no están de acuerdo, o que están distraídos. Pero

he aprendido a no escuchar esas impresiones, porque sé que tienen que ver más con mi estado emocional, que con la realidad.

2. Siento la necesidad de disculparme. Cuando estoy cansado, creo que tengo que dar una explicación: “Estuve levantado hasta muy tarde. Mi mujer ha estado enferma, y no he tenido tiempo para preparar bien el sermón”. Pero si estás cansado, las personas ya lo verán. No hace falta que se lo digas. ¿Por qué? Normalmente, nos queremos disculpar para que la congregación se compadezca de nosotros. Pero si la congregación siente pena por nosotros, va a estar más pendiente de nosotros que del mensaje, y no vamos a lograr impactarles con la Palabra de Dios.

3. No tengo entusiasmo. En lugar de llegar al púlpito con energía, con vigor, soy más pasivo. Como consecuencia, mi expresión es más monótona. Antes de subir al púlpito, tengo que recordarme a mí mismo que los miembros han venido a la iglesia a escuchar un mensaje que les sea de ayuda. Cuando me subo al púlpito, mi tarea es ayudarles. Cuando el culto empieza, la congregación sabe que vamos a cantar, que los músicos van a tocar, y que el predicador va a predicar. Los miembros vienen a su encuentro dominical con Dios, y esperan que los que servimos en la iglesia demos lo mejor de nosotros. A veces, “lo mejor de nosotros” no es tan bueno como debería. Pero se lo entregamos a Dios, como panes y peces, y confiamos que Él hará el resto.

Cuando estás emocionalmente alterado, a veces también te entran ganas de llorar. Un pastor que está apesadumbrado por una carga muy grande puede ponerse a llorar en medio de una predicación, y la congregación responderá bien porque verá que él también tiene emociones. Pero un predicador que llora con demasiada frecuencia, dejará de ser eficaz. Aunque las personas necesitan saber que tienes sentimientos, también quiere tener al frente a alguien con dominio propio. Si dejas que tus emociones te controlen muy a menudo, ya sea el enfado o las lágrimas, tu ministerio se resentirá.

Un principio básico del arte de la oratoria es que el orador tiene que ser una persona capaz, emocionalmente equilibrada, con una actitud adecuada hacia su persona y hacia los oyentes. Este principio también se aplica a los pastores.

## **El poder del humor**

Un predicador que es capaz de reír cuando está en el púlpito cuenta con una ventaja enorme, pero el humor también puede ser peligroso.

Uno de los elementos más llamativos del pastor Charles Swindoll es lo mucho que se ríe en medio de la predicación. Es una persona muy alegre, y no deja su buen humor en casa cuando tiene que subir al púlpito. Quizá el comentario que más he oído acerca del estilo de Swindoll es sobre su risa. Las personas ven que está disfrutando y, como resultado, también disfruta.

Otro beneficio del humor es el siguiente: aunque es difícil llegar a las emociones de los oyentes, una vez que tocamos alguna de ellas (ya sea el humor, el suspense, el dolor), es mucho más fácil llegar a las demás. Después de reír, resulta más fácil sentir dolor. Si se ha sentido tristeza, luego es mucho más fácil reír. En las películas de Alfred Hitchcock vemos que el inteligente cineasta usaba la risa para lograr que el suspense aumentara. En un momento dado de suspense, introducía algún elemento que provocara la risa y, aunque parecía que el suspense ya había llegado a su clímax, aún podía darle otra vuelta de tuerca.

No obstante, el humor también puede darnos problemas. Algunas formas de humor ridiculizan a las personas. Y aunque sea divertido, y los oyentes se rían, aunque sea de forma subconsciente, la imagen que nos llega del predicador es la de una persona insensible. Y eso no le hace ningún bien al mensaje.

Reírse de uno mismo, si no se hace con demasiada frecuencia, puede ser una forma de conseguir que las personas respondan. Normalmente nos gustan las personas que se saben reír de sí mismas, porque nos transmite lo siguiente: “Lo que estoy diciendo es muy serio, pero no me miréis solo a mí. Yo también puedo fallar”.

## **El peligro de las historias espectaculares**

Otra tentación a la hora de usar ilustraciones personales es explicar con demasiada frecuencia las historias que supusieron un punto de inflexión en nuestra vida. Cuántas veces escuchamos frases como “Cuando yo estaba en el ejército / Cuando fui de viaje misionero / Cuando me iban a operar del corazón...”.

El peligro no es tanto que aburras a la congregación con historias que han oído en tantas ocasiones. El mayor peligro es que ese tipo de predicación tiende a centrarse en los momentos de crisis cuando, en realidad, la vida es más bien un proceso. Cuando contamos historias sobre experiencias dramáticas que sirvieron para marcar en nosotros un antes y un después, transmitimos la idea de que cuando Dios actúa, siempre lo hace de una forma espectacular. Entonces, las experiencias cotidianas que la mayoría de las personas tenemos de Dios se vuelven experiencias desaliñadas y ridículas. Algunos incluso se atreverían a decirnos que no son auténticas.

Como resultado, las personas acaban creyendo que la vida cristiana es un conjunto de experiencias espirituales espectaculares. Pero el verdadero reto de la vida cristiana es saber ver a Dios en las cosas cotidianas.

## **El peligro de la autopromoción sutil**

Normalmente, los predicadores no fanfarronean de forma consciente, ni buscan historias que les hagan parecer héroes. Pero aún así, la forma en la que explican algunas anécdotas personales puede ser una forma sutil de autopromocionarse.

Puede ocurrir cuando un predicador nos habla de “una conversación que tuve con un no creyente”, y nos explica que cuando el no creyente le hizo una pregunta, él le dio una fantástica respuesta, respuesta que quizá llega a los oyentes de la predicación un poco más pulida de lo que le llegó a aquel no creyente.

Puede ocurrir también cuando citamos títulos de libros que hemos leído, o nombres de personas importantes a las que hemos conocido.

Otras veces, lo que puede darse es una exageración no intencionada. Después de haber tenido la oportunidad de dirigir unas palabras a un equipo de segunda división, no puedo decir que soy “un consejero espiritual de los deportistas de la nación”.

Hace años en una predicación hablé del devocional en familia y usé una ilustración personal. Mi hijo estaba conmigo, y cuando volvíamos a casa me dijo: “Papá, ¿puedo hacerte una pregunta sobre la predicación?”.

“Claro que sí”, le dije yo, contento de ver que aun tan pequeño había estado escuchando. “¿Está bien decir cosas que no son del todo verdad en medio de una predicación?”. Con amabilidad, le pedí que me explicara a qué se refería. “Bueno, papi. Sí que es cierto que hemos hecho

lo que has explicado en la predicación, pero solo lo hemos hecho una o dos veces. Y sonó como si lo hiciéramos todas las semanas". Mi hijo tenía razón. Y yo había intentado dar una buena imagen de mí y de mi ejercicio como padre.

Moralmente, si decimos que algo ha tenido lugar, cuando no ha sido así, estamos haciendo mal. Yo no era consciente de que estaba mintiendo. Simplemente estaba intentando ilustrar la idea que quería transmitir. Pero es muy fácil pasar de un "esto es lo que hice" (una vez) a "esto es lo que hago" (práctica regular). Cualquiera que hable en público con frecuencia sabe lo fina que es la línea entre una cosa y la otra. Aun cuando no era esa mi intención, sin embargo, había mentido a la congregación. Y cuando hay alguien en medio de la congregación que conoce la verdad (mi hijo, en este caso), la predicación se convierte en una careta de santidad. Ya sea en el púlpito, o fuera de él, no dirás falso testimonio.

Mis historias deben servir para ilustrar algo. Tengo que evitar transmitir una imagen de un hombre demasiado bueno, o demasiado sabio. El amor cubre multitud de pecados homiléticos, pero una vez que las personas pierden la confianza en tu integridad, tu ministerio queda gravemente dañado.

Cuando las personas escuchan a un pastor que no conoce mucho, normalmente se pregunta, *¿Las cosas que dice son verdad?* Pero cuanto más te conocen las personas, más personalizada es la pregunta: *¿Hace lo que predica? ¿La persona de esa ilustración es la persona que yo conozco?*

Cada vez que las ilustraciones que pensamos usar nos presenten como alguien santo y astuto, es bueno que nos hagamos preguntas sobre nuestra verdadera motivación: *¿Por qué quiero usar esta ilustración? ¿Para ilustrar lo que estoy explicando? ¿Para elevar mi reputación? ¿Para identificarme con las personas?* Cualquiera de estas motivaciones puede ser legítima y necesaria, pero cuando la motivación que hay detrás de nuestra decisión es la autopromoción, es muy probable que la ilustración no sirva para lograr un resultado satisfactorio.

Nuestro esfuerzo por ganarnos la admiración de la congregación puede volverla en contra. Nuestros oyentes se preguntarán qué es lo que pretendemos, si impresionarles, dominarles, o ponernos por encima de ellos. Ésta es la regla que hay que seguir: una ilustración debe servir para ilustrar una verdad, y no para ensalzar al predicador.

## El poder de la experiencia personal

A veces, el propósito de la ilustración no es ofrecer una solución inmediata, sino transmitir que aquello de lo que estamos hablando es una lucha humana normal con la que os podéis identificar tanto tú como la congregación. La idea que transmites es la siguiente: “Ésta es una característica de la condición humana. Yo la comprendo, porque yo también soy así”. Puede que no resuelvas el dilema, pero al menos haces saber a tu congregación que no les estás predicando como alguien que es inmune a las dificultades de la vida. En estos casos, hay que dejar claro (explicándolo si es necesario) cuál es el objetivo de la ilustración.

En una predicación dije: “Si cuando pensáis en el pecado, solo lo hacéis de forma general, es como intentar visualizar la deuda nacional. Queda fuera del alcance de nuestra comprensión. La única forma que conozco de comprender lo pecadores que somos es centrarnos en uno de nuestros pecados y analizarlo con detenimiento. Hace años mi padre vino a vivir con nosotros, porque necesitaba un cuidado continuo. Ya estaba muy confundido y desorientado. Un día abrió la puerta de la calle, salió y al instante volvió a entrar. Acto seguido, volvió a abrir la puerta, volvió a salir y volvió a entrar. Y así, en diez minutos había repetido esa misma acción unas veinte o treinta veces. Al final le dije: ‘Papá, así malgastamos aire acondicionado. ¿Por qué no haces una cosa? O te quedas dentro, o te quedas fuera’. Pero siguió saliendo y entrando una y otra vez. Me acerqué a él, lo cogí por los hombros, y le miré directamente a los ojos. ‘Papá, escúchame. ¡O te quedas dentro, o te quedas fuera!’. Pero no sirvió de nada. Enfadado, le di un bofetón como el que se lo da a un niño pequeño. Me miró, y luego abrió la puerta y volvió a salir. Así que le di otra torta. En aquel momento podría haberlo matado. Estaba muy furioso. Tenía ante mí al hombre que me había dado la vida. El hombre que me educó con amor. Y a pesar de eso, en aquel momento, yo lo había estado zarandeado con ira. ¡Cuánto poder tiene el pecado que hay en nuestro interior!”. Y a partir de ahí, seguí hablando de la realidad del pecado, y del perdón que Dios ofrece a los pecadores.

Intenté explicar aquello con mucho cuidado. La congregación necesita saber si tu objetivo al usar una ilustración es explicar un problema, presentar una solución, o ambos.

Después de compartir esta historia en un grupo pequeño, un hombre me preguntó: “¿Cómo puedes abrirte de este modo? ¡Así eres vulnerable!”. A mí no se me había pasado por la cabeza que me estaba ha-

ciendo vulnerable; al menos, no en el sentido de que se lo había puesto fácil a aquellos que me quisieran atacar. Me había abierto, pero con la esperanza de que sirviera para que las personas se dieran cuenta de lo inmensa que es la Gracia que Dios ofrece a aquellos que somos capaces de un comportamiento así. Pero entonces otro hombre dijo: "Mientras te escuchaba, me vino a la mente mi hija pequeña. Un día que no dejaba de llorar, la cogí de la cuna, la mecí, le canté, pero no paraba de llorar. Recuerdo que al final tenía ganas de estamparla contra la pared. Lo cierto es que nunca había querido admitir aquel sentimiento de ira que se apoderó de mí, hasta hoy, mientras escuchaba tu historia". Aquel día, aquel hombre entendió un poco mejor el alcance de la salvación que Dios ofrece.

De algún modo, aquella ilustración personal le ayudó a identificar lo que había experimentado y a aplicar la Palabra de Dios a su vida.

En otros casos, las ilustraciones ayudan a los oyentes a entender y a experimentar la verdad de la Escritura. El pastor Joel Eidsness explicó brevemente una excursión que hizo con su hija, y así introdujo a los oyentes en una predicación sobre el libro del Apocalipsis:

"Cuando mi hija mayor tenía siete años, pasamos una tarde en un vertedero municipal. El objetivo de aquella visita no fue tirar basura, sino observar los residuos. Cuando llegamos, salimos del coche, senté a mi hija en el techo del vehículo, y con papel y bolígrafo en mano, le pedí que me fuera diciendo todos los objetos que pudiera identificar. El resultado fue muy sorprendente. Había una piscina de plástico, una barbacoa, y varias hamacas viejas. También había muñecas, bicicletas, patines, cocinitas de juguete, radios, televisores: todo lo que una niña de siete años pudiera soñar.

Cuando volvíamos hacia la ciudad, nos cruzamos con un camión de dos pisos, y en cada uno de los pisos llevaba cinco bloques de chapa. La verdad es que no tenían muy buena pinta. Pero aún así, aquellos diez coches convertidos en bloques de metal sirvieron para dar una magnífica lección a aquel padre y aquella hija que en aquel preciso momento estaban hablando sobre el valor de las "cosas". Aún recuerdo cómo me incliné un poco hacia Kristen para susurrarle que aquel precioso coche en el que íbamos iba a tener el mismo final.

Kristen y yo nunca olvidaremos aquel día. Para nosotros fue un magnífico recordatorio de que todo lo que tenemos se convertirá en desecho. En algún vertedero de la ciudad, las cosas que han captado nuestra atención y dominado nuestras vidas arderán bajo las llamas, en-

tre montones de basura podrida y maloliente. Pero esa imagen no solo refleja el final de nuestras vidas y las de nuestros hijos. También refleja la ruina final de la historia de la Humanidad. La historia, tal como la conocemos ahora, tiene un final: el terrible juicio de Dios. Pocos capítulos de la Biblia describen este horrible final de una forma tan viva como Apocalipsis 17 y 18, y poca gente necesita escuchar su mensaje tanto como nosotros los norteamericanos”.

Está claro que los predicadores que se dejan guiar por las Escrituras saben que a Dios le encantan las historias. La Biblia merece ser reconocida como uno de los mejores libros de historias. Sus narraciones y parábolas ponen nombre propio al pecado y a la fe, a la cobardía y a la valentía, a la alienación y a la obediencia.

Aunque los predicadores no han recibido la orden de competir por ser los mejores contadores de historias, sí tenemos que entender el poder de la expresión “por ejemplo”. Estas palabras prometen relacionar una verdad abstracta con la condición humana. Los predicadores que siempre generalizan y hablan de forma muy abstracta son como las lanchas rápidas que se deslizan por el agua casi sin tocar la superficie. Aunque las afirmaciones que hagamos sean verdad, eso no nos confiere el derecho de quedarnos en la superficie, alejados de las experiencias de nuestros oyentes.

Las ilustraciones de la vida real nos ayudan a aplicar la verdad de forma personal, a nosotros mismos, y a nuestras congregaciones. Y ése es, obviamente, el propósito de la predicación.



*¿Qué tentación usar la Palabra para que ésta diga lo que nosotros queremos decir! Una tentación muy peligrosa: predicar de forma selectiva, evitar los temas complejos, saltar pasajes de los que no queremos hablar, manipular las Escrituras para que digan lo que yo habría transmitido al escritor si yo hubiera sido el Espíritu Santo.*

*Stuart Briscoe*

## 11

### **Las sutiles tentaciones en la predicación**

Si tenemos en cuenta que la predicación es un don de Dios valiosísimo, y

que la proclamación de la verdad revelada de Dios es un aspecto muy importante del ministerio pastoral, y

que a través de la predicación de la Palabra, las personas llegan a la fe, y

que el Enemigo de las almas, el Enemigo del plan divino, está en contra de nuestra predicación, y

que el Enemigo, para frustrar la predicación, atacará en primer lugar al predicador,

entonces, pensemos que el Enemigo usará con nosotros su método más antiguo: la tentación.

Como todos los demás seres humanos, los predicadores también son susceptibles a las grandes tentaciones. Esto es algo que no hace falta explicar. Hay suficientes ilustraciones contemporáneas de predicadores que han caído en los pecados más visibles.

No obstante, Satanás no solo ataca con sus armas más afiladas, sino que también hace uso de herramientas y estratagemas más disimuladas. De hecho, la tentación sutil puede ser más peligrosa, especialmente para alguien con la autoridad de proclamar la Palabra de Dios. Por tanto, haremos bien en examinar esas tentaciones sutiles que cogen por sorpresa incluso a los predicadores que están en guardia.

## Orgullo

Una mujer se acercó al pastor al finalizar el culto, y le dijo: “Ha sido una predicación preciosa, de verdad”. Y continuó alabando la brillantez con la que el pastor había hablado aquella mañana.

El pastor, un tanto abrumado, dijo en voz baja: “Bueno, no he sido yo. Ha sido el Señor”.

“Hombre, ha sido buena, ¡pero no tanto como para decir eso!”, respondió la mujer.

Esta pequeña anécdota nos habla de una de las tentaciones a las que los pastores son vulnerables: el orgullo. Aquí en Norteamérica, “hacerle la pelota al pastor” es casi una práctica habitual. Los asistentes lo hacen, quizá, para mostrarle al pastor que son creyentes modelo que escuchan el sermón y que salen bendecidos de la iglesia.

Eso complica un poco la vida de los pastores. Tienen que ser amables con aquellos que intentan expresar algo genuino, pero, por otro lado, no deben creer todo lo que le dicen.

Entonces, ¿cómo debe un pastor responder a los cumplidos? Si percibo que las personas solo me felicitan a modo de saludo, entonces les devuelvo el saludo, sonrío, y respondo: “Gracias. Muy amable por tu parte”. Una respuesta agradable, pero con poco contenido.

Pero si alguien muestra un claro entusiasmo, diciendo algo como “La predicación me ha hecho mucho bien” o “Me ha sido de mucha ayuda”, algo que va más allá de un simple cumplido, pregunto: “¿Qué es lo que te ha hecho bien? Me interesa saberlo para que las próximas predicaciones también sean de utilidad”.

Aunque he descubierto que si quiero hacer esa pregunta, la tengo que hacer con cuidado. Si la persona solo estaba intentando ser amable, la pondrá en un aprieto si en ese momento no se le ocurre nada. Así que no la hago si no estoy bastante seguro de que la persona que tengo delante está siendo realmente sincera.

Hay otros factores que fomentan el orgullo; por ejemplo, el diseño arquitectónico de la iglesia. La mayoría de púlpitos están ubicados en un lugar prominente. Y la congregación se sienta ordenadamente, en filas diseñadas para producir miembros obedientes y sumisos. El sistema de amplificación aumenta los decibelios de la voz del predicador. Un escenario así puede llevar al predicador a sentir cierta vanidad: *¡Esta gente ha venido a escucharme A MÍ! Será porque lo hago bien, ¿no?*

Aunque algunos se conforman con tan poco que salen bendecidos aunque el predicador hable sobre *La casa de la pradera*.

Pero la mayoría de los que predicamos sabemos que si queremos ofrecer algo duradero, no queremos que las personas se lleven un recuerdo sobre nuestras habilidades, sino que queremos que se lleven la Palabra de Dios; y no queremos hacerlo dependiendo de nuestras propias fuerzas, sino del poder del Espíritu de Dios. El orgullo no podrá alojarse en mí si ésa es mi comprensión.

Para ser consciente de esa verdad mientras predico, normalmente, antes de salir de mi despacho, oro usando las palabras de un himno antiguo: “Maestro misericordioso, *ayúdame* a proclamar...”. Le digo a Dios: “Señor, Tú eres mi Maestro y mi Señor misericordioso, y aquí estoy yo, con *tu* mensaje. No merezco el privilegio de comunicarlo, así que dependo de tu ayuda divina”.

Es cierto que esta oración recoge que yo soy el que predica. La verdad que expondré va a llegar a la congregación a través de mi personalidad, mi mente, mi voz, y mi cuerpo. No soy un instrumento inanimado, sino un agente vivo de la obra de Dios. Soy parte de su empresa. Pero a la vez es una oración que habla de mi total dependencia de Dios.

El orgullo es un enemigo insidioso. Normalmente no nos ataca de forma abierta ni nos hiere gravemente. Normalmente no nos incapacita para el ministerio. Hay muchos ejemplos en los que Dios ha bendecido ministerios dirigidos por gente altiva. Dios no ha bendecido al ministro, sino la verdad que se ha transmitido.

Pero el orgullo puede destruir a los predicadores. Aunque en muchas ocasiones Dios usa la verdad predicada a pesar de que el predicador en cuestión no esté siendo un buen ejemplo, los predicadores deberíamos entender que nuestra responsabilidad no solo es la de predicar el Evangelio, sino también la de ponerlo en práctica.

## Despotismo

Una vez un hombre me dijo que él nunca iría a la iglesia. Sorprendido, le pregunté: “¿Por qué no?”. “Bueno, simplemente porque hay que escuchar a un hombre que se cree que está por encima de todo”.

Aquella frase se me quedó grabada. Los pastores podemos caer en ese error, podemos transmitir que “estamos por encima de todo”, y vivimos evitando situaciones que nos podrían desafiar. A veces nos

apartamos físicamente, salimos de nuestro despacho sagrado, subimos al púlpito sagrado y predicamos desde allí, para luego desaparecer otra vez tras de la puerta del despacho sagrado, sin tener ningún contacto con las personas. (De hecho, en muchas ocasiones, cuanto más conocido se hace un predicador, menos accesible es).

O la lejanía puede mostrarse a través de la altivez, cuando escuchamos a las personas con una paciencia falsa, mientras en nuestro interior estamos pensando: *Bueno, te escucho, porque me pagan para que te escuche. Pero no tienes ni idea de lo que estás hablando. ¿No te das cuenta que yo soy el que tiene los títulos en Biblia?*

Como yo no tengo títulos – nunca estudié en un instituto bíblico o seminario – no puedo caer en enorgullecerme de mis credenciales. Pero puedo llegar a impacientarme con las personas que no están de acuerdo con lo que yo digo. Después de todo, no han estudiado el tema en cuestión tan a fondo como yo. Aunque puedo llegar a entenderles, desde mi perspectiva, están totalmente equivocados.

Cuando eso ocurre, corro el peligro de contestarles de forma condescendiente, aunque siempre lo hago con educación. Pero, independientemente de lo educada que suene mi respuesta o comentario, las personas se dan cuenta cuando no las tomo en serio.

Los que caen ante la tentación del despotismo también suelen decir las cosas con autoridad altiva. Pero el uso de una retórica impositiva y rimbombante es, en última instancia, contraproducente.

Mi objetivo no solo es escuchar lo que las personas me dicen, sino también escuchar lo que yo estoy diciendo. A veces, cuando estoy predicando, digo algo y, después de oírlo, me doy cuenta de que no tiene sentido o de que es gramaticalmente incorrecto. Entonces, me detengo para preguntar: “¿Habéis oído lo que acabo de decir? ¿A que nunca habíais pensado que yo era capaz de hablar así de mal?”. O, a veces hago un comentario como “No sé si me estabais escuchando, pero yo sí, y he oído algo bastante ridículo”. Esa nota de humor transmite que estoy escuchando lo que digo a mis oyentes, y que espero que ellos también lo hagan. También les da el permiso de llamarme la atención si sueno un tanto despótico.

## Pereza

Cuando empecé a servir como pastor, hablé con Hal Brooks, un pastor de Forth Worth que ahora ya está con el Señor. Él me advirtió de que en el trabajo como pastor, me podía ir a extremos sin que las personas lo notaran. Puedes trabajar de sol a sol, o puedes acomodarte y vivir como un perezoso.

Cuando le pedí que se explicara un poco más, me dijo: “Para un pastor es fácil vivir sin hacer mucho, siempre que se presente cuando se supone que tiene que estar presente, y siempre que haga lo mínimo para que las cosas se mantengan. Las expectativas de muchas personas tampoco son tan altas, así que normalmente no es muy difícil cumplirlas. Y si alguien con autoridad le cuestiona lo que está haciendo, o más concretamente, le cuestiona por lo que no está haciendo, puede contestar a esa pregunta práctica con una respuesta espiritual, lo que hace que la persona que le ha cuestionado se sienta estúpida y humillada”.

Nuestra predicación también puede verse afectada por la pereza. Podemos dejar de esforzarnos y usar viejas predicaciones. Si las personas se quejan, siempre podemos decir: “¡Pero si el Evangelio no cambia!”.

Es cierto que el Evangelio no cambia. Pero eso no quiere decir que tengamos derecho a ser simplistas. El misterio de la naturaleza de Dios, la profundidad de la necesidad del ser humano, las muchas implicaciones de la salvación, y la esperanza gloriosa de la eternidad son verdades tan profundas, que cada vez que predicamos sobre ellas tenemos la oportunidad de adentrarnos un poco más y extraer palabras y enseñanzas llenas de una fresca renovadora.

La predicación perezosa empieza por una exégesis descuidada y poco sistemática de las Escrituras: leer uno o dos versículos y afirmar lo que ya es evidente por sí solo. Cuando solo giramos en torno a nuestro tema, dejamos entrever nuestra falta de preparación. Alguien dijo que algunos predicadores son como los hijos de Israel cuando estuvieron dando vueltas alrededor de los muros de Jericó: vueltas y vueltas con una gran animación alrededor del objeto en cuestión, y luego todo se viene abajo.

La pereza también se ve cuando el resultado es un contenido descuidado. Una falta de ilustraciones y una aplicación muy vaga y general nos hablan de una falta de preparación.

(Está claro que en las iglesias donde solo hay un pastor, que además es el que se encarga de todo, la causa de una falta de preparación no tiene por qué ser la pereza. Es muy probable que, simplemente, no haya

tenido el tiempo material para poder prepararse bien. Obviamente, ése es otro tema, que no vamos a tratar ahora).

Para protegerme de esa pereza, cuando voy a predicar llevo conmigo más material del que podría usar, del que voy extrayendo cosas mientras predico.

Una sabia mujer de nuestra iglesia me dijo un día: “Me encanta asistir al primer culto”.

“¿Por qué?”, le pregunté.

“Me gusta ver la construcción del sermón. He estado en los otros cultos, pero en el primero puedo ver el proceso de selección. A veces, cuando observo cómo desarrollas algunos de los puntos, me digo, *Dudo de que en el próximo culto le dedique tanto tiempo a este punto*”.

Tiene razón. A veces elaboro el sermón a medida que lo estoy predicando, no porque no haya hecho mi trabajo, sino porque tengo una gran abundancia de material del que ir seleccionando a medida que la predicación va avanzando. Intento encontrar y usar una gran cantidad de material para no caer en la predicación perezosa.

## Plagio

El plagio va de la mano de la pereza. Consiste en predicar el sermón que otro ya ha hecho. Aunque nunca me he encontrado a nadie que lo haga, se dice que algunos predicadores leen literalmente sermones que encuentran en libros o en otras fuentes.

No obstante, yo animo a los predicadores a que consulten otras fuentes. No hay nada que sea completamente original. Además, las exigencias de la pastoría a veces te obligan a aprovechar las buenas ideas que otros ya han tenido. Por ejemplo, mi hijo mayor es pastor desde hace un año. Aún se está adaptando a todas sus nuevas responsabilidades. Como es muy meticulado, dedica muchas horas a la preparación del sermón. Así que cuando me dice la serie de predicaciones que está preparando, le paso los bosquejos de los sermones que yo he preparado cuando he hecho una serie de una temática similar. No le doy la predicación, pero el simple hecho de tener los bosquejos ya le ahorra mucho tiempo.

No tiene sentido estar siempre reinventando la rueda. Todos vamos a usar la misma rueda, pero lo importante es que la hagamos nuestra y dejemos nuestra propia huella. La mayoría de nosotros sabe cuál es la diferencia entre utilizar el material de otros de forma reflexiva y plagiar.

Cuando uso el material de otra persona sin modificarlo, siempre cito de dónde lo he extraído. En uno de sus libros, Steve Brown cuenta que una vez cogió un vuelo en el que una niña empezó a sentirse mal, y murió. El avión realizó una parada de emergencia, y se llevaron el cuerpo de la niña. Steve, preocupado sobre el efecto que aquello podía haber tenido sobre los pasajeros, le dijo a una de las azafatas: “Yo soy pastor, y estoy dispuesto a hablar con cualquier persona que necesite ayuda espiritual”.

La azafata, con aire indiferente, le contestó: “¡Ah! Creo que todo el mundo está bien. Les hemos dado bebidas gratis”.

La semana que leí aquella historia, me iba de perlas para mi sermón. Así que introduje la historia diciendo algo como: “Estoy leyendo un libro de Steve Brown, pastor de una iglesia presbiteriana, y él cuenta que...”. Está claro que contar la historia como si yo fuera el que había estado en el avión, presenciando aquello, habría sido deshonesto. Vale la pena usar el buen material que ya existe, pero hemos de usarlo de forma sensata y consecuente.

## **Manipulación y especulación**

¡Cuántas veces hemos estado tentados a hacer que la Palabra diga lo que nosotros queremos que diga! Ésta es una tentación muy peligrosa: predicar de forma selectiva, evitar los temas complejos, saltar pasajes de los que no queremos hablar.

He aprendido que en lugar de esquivar un pasaje, es mejor decir: “Éste es un pasaje muy difícil. Hay varias interpretaciones posibles y, personalmente, no acabo de verlo claro”. Eso es ser honesto y, normalmente, con un comentario así, las personas se quedan satisfechas. No puedo predicar de aquello que no comprendo. Pero tampoco puedo tratar un pasaje bíblico con indiferencia, ignorándolo como si no importara.

Otra forma de manipular las Escrituras es hacer que éstas digan lo que yo habría transmitido al escritor si yo hubiera sido el Espíritu Santo. Esta tentación normalmente seduce al predicador que está entusiasmado con un tema en particular. Churchill dijo que un fanático es una persona que no puede cambiar de forma de pensar y que no puede hablar de otro tema. Siempre que tenemos un tema favorito podemos caer en la tentación de imponerle ese tema a cualquier texto de la Biblia.

La tentación también aparece cuando predicamos sobre personajes de la Biblia. Es muy fácil encontrar características que simplemente no se encuentran en el texto bíblico. Yo he sido bendecido con una increíble imaginación, pero en ocasiones esa bendición se puede convertir en una maldición.

Las personas aún me recuerdan una predicación que hice sobre Juan Marcos y Bernabé. Expliqué que Juan Marcos estaba asustado. De hecho, le llamé “Juan Marcos, *el gallina*”. Entonces empecé a reflexionar en mis palabras. *Aunque las Escrituras dicen que abandonó a Pablo y a Bernabé en medio del viaje misionero, no explican por qué. Quizá estoy siendo injusto con Juan Marcos. Tengo que pasar la eternidad con él, y no quiero que se me acerque para decirme, “¡Eh, amigo! ¿A quién llamaste ‘gallina’?”.*

Naturalmente, podemos hacer algunas suposiciones, pero si las hacemos, es bueno que digamos cosas como “Me imagino que...”, o “Yo diría que...”.

Ese tipo de suposiciones solo tienen que servir de forma ilustrativa, para que las personas puedan ver al personaje en cuestión como alguien más cercano, pero no las podemos usar para dogmatizar.

Una vez que prediqué sobre Pedro en el huerto de Getsemaní, dije: “Y Pedro desenvainó su espada oxidada, pensando, *¡Voy a defender al Señor!* Y, de repente, se abalanzó sobre uno de los siervos del sumo sacerdote, y le cortó la oreja”. Entonces me detuve y pregunté: “¿Creéis que Pedro se iba a quedar satisfecho cortándole la oreja?”. Y lo que hice a partir de entonces no fue más que pura especulación, pero lo hice dejando claro que no era más que eso: “Yo, pienso en Pedro, y me imagino que aquello fue un intento fallido. Pienso que su intención fue reducir a Malco por completo, dándole de lleno con la espada, pero que en el último momento éste logró apartarse, y por eso solo le dio en la oreja”.

Está claro que eso no es lo que la Biblia dice, por lo que no podemos saber si fue así o no. Pero añade colorido a la escena. Nos ayuda a visualizar a aquel Pedro impetuoso, blandiendo su espada de forma enérgica y metiendo la pata hasta el fondo. Está claro que hemos de ceñirnos al texto y a lo que sí sabemos por la Biblia, pero creo que con cuestiones secundarias podemos permitirnos estos viajes de la imaginación, siempre que dejemos claro que no son más que eso, viajes de la imaginación.

## **Autopromoción**

Un joven predicador se disponía a predicar por primera vez. Había trabajado tanto en aquella predicación, en lo que él ya consideraba como una obra de arte, que estaba muy seguro de sí mismo. Así, subió al púlpito. Pero una vez estuvo allí, se le quedó la mente en blanco y no podía acordarse de nada. Por fin, descendió del púlpito con la cabeza gacha por la humillación.

Después, un viejo predicador le dijo unas palabras muy sabias: “Si hubieras subido al púlpito tal como has bajado, habrías bajado como has subido”.

La persona que va por la vida pensando que puede con todo y que es capaz de todo, un día u otro, se da de bruces contra el suelo.

Por otro lado, los predicadores tenemos un mensaje que tiene autoridad en sí mismo. Por eso tampoco hemos de irnos al otro extremo, y hablar de forma apocada. Por tanto, la clave está en combinar nuestra actitud humilde con la autoridad de la Palabra.

Cuando contamos historias en las que nosotros siempre quedamos bien parados, y los demás no, las personas enseguida piensan que lo que buscamos es autopromocionarnos. Yo me he sorprendido a mí mismo haciendo eso. Si vamos a contar una historia sobre nosotros mismos, generalmente es más eficaz criticarse que alabarse.

También pecamos de autopromocionarnos cuando no contamos la historia completa y, obviamente, usamos la parte que nos deja en buen lugar. Lo mismo ocurre cuando damos a entender que siempre tenemos la respuesta adecuada: “Alguien se acercó para contarme un problema, y le dije...”. Cuando las personas escuchan demasiadas ilustraciones de este tipo acaban por pensar que el predicador se quiere promocionar. Y ésa no es nuestra tarea. Nuestra tarea es promocionar a Dios.

## **Agradar a los demás**

Los predicadores tienen que luchar con la tentación de agradar a las personas, especialmente si entienden que tienen que alzar una voz profética. A veces, necesitan escuchar aquello que no quieren escuchar y, si es así, tenemos que hacerlo aunque en ello nos vaya la vida.

Ésa es la idea que Pablo tiene en mente cuando les dijo a los corintios: “En cuanto a mí respecta, muy poco me preocupa ser juzgado

por vosotros o por algún tribunal humano. Ni siquiera yo mismo me juzgo... Y el que me juzga es el Señor”.

La única forma de resistir la poderosa tentación de agradar a las personas es recordar esta sencilla verdad: ante todo, hemos sido llamados a ser fieles.

Por otro lado, cuanto más mayor me hago, menos dogmático me vuelvo. Me gusta pensar que ahora soy más sensible al dolor y las luchas de las personas. Y eso significa que a veces me siento tentado a suavizar las duras verdades de las Escrituras.

Ciertamente, si corrompo la palabra profética, incluso si lo hago movido por la sensibilidad hacia las personas, tengo que luchar para resistir la tentación. Pero si esa sensibilidad y ternura nacen de un corazón de pastor que es consciente del dolor que hay en medio de su congregación, y si adapta (no adultera) el mensaje bíblico para que éste hable directamente a las necesidades de los oyentes, entonces se trata de una adaptación apropiada y aceptable.

Hace unos días estaba hablando con un amigo que es psicólogo, y hablábamos de los problemas de los pastores que acaban cayendo en una conducta inmoral. Le pregunté a mi amigo: “¿De que forma podrían los pastores evitar esos incidentes?”.

Su respuesta me sorprendió: “Simplemente siendo honestos – completamente honestos – con ellos mismos en todo momento”.

Si volvemos al contexto de la predicación, el consejo sigue siendo el mismo. Las tentaciones, incluso las más sutiles y casi imperceptibles, no podrán con una honestidad estricta y fulminante.

*Los oyentes siempre evalúan a los predicadores, ya sea de un modo u otro. No obstante, la evaluación constructiva no tendrá lugar, por muy dispuesto que yo esté a recibirla, si no hago la pregunta adecuada a las personas adecuadas en el momento adecuado.*

*Bill Hybels*

## **12**

### **Dando en el blanco**

Cuando empecé a hablar en público como pastor de jóvenes a principios de los 60, hacía uso de un estilo conversacional, propiciando el diálogo. Después de todo, solo hablaba para veintitantos chavales. Cuando creían que lo que estaba explicando no era demasiado útil, alguno de los chavales levantaba la mano para decir: “¿Puedes cortar ya?”. Entonces me daba cuenta de que me estaba enrollando, y pasaba a lo siguiente.

Continué usando ese estilo durante más de un año, pero luego empezamos a hacer programas para invitar a amigos y, en poco tiempo, el grupo pasó de 25 a 150 chavales. Con un grupo tan grande, el estilo que yo usaba para enseñar ya no servía; de hecho, lo que hacía al final era preparar charlas formales, es decir, predicaciones. Lleno de pánico, fui a ver a un amigo que era pastor, y le dije: “Tengo que predicar delante de 150 adolescentes. ¿Qué me sugieres?”.

Él me respondió: “Bueno, si yo fuera tú, cogería una copia del *Manual de Doctrina Cristiana* de Berkhof y empezaría a enseñarles desde el capítulo 1”. Muy bien. Así que leí el primer capítulo de Berkhof, subrayé lo que parecía interesante, me lo preparé, y ya estaba listo para enfrentarme a los chavales.

El día de la reunión, cuando llevaba cinco minutos hablando, los adolescentes estaban haciendo de todo menos escucharme. Unos miraban de un lado para otro a ver quién había venido. Otros miraban el reloj. Algunos se pasaban notitas, y los más transgresores dibujaban en el respaldo de la silla que tenían delante.

Entonces me di cuenta de que lo que había preparado no era adecuado. Estaba tan desanimado que dejé la predicación a medias.

“Os pido disculpas”, les dije, “por no haber dado en el blanco. Está claro que lo que he preparado no os interesa lo más mínimo. Mirad, me voy a comprometer a una cosa. Si volvéis la próxima semana, os aseguro que sacaremos de la Biblia cosas que nos enseñarán cómo es Dios, qué es la fe cristiana, y que nos ayudarán a vivir una vida plena. Si me dais otra oportunidad, me gustaría probaros que eso es posible”.

A la semana siguiente la mayoría de ellos volvió, quizá solo por curiosidad. Pero a partir de aquel día he vivido con el santo temor de aburrir a las personas o de convertir la Biblia en algo irrelevante. Aquella experiencia me ayudó a dejar atrás mi orgullo y el miedo a la evaluación.

Los oyentes siempre evalúan a los predicadores, ya sea de un modo u otro. Yo quiero que me evalúen para que mi predicación sea más eficaz, y de verdad sirva para que más gente entienda la Verdad. Para mí, la evaluación es una parte importante de mi trabajo.

## Las preguntas adecuadas

La evaluación constructiva no tendrá lugar, por muy dispuesto que yo esté a recibirla, si no hago la pregunta adecuada a las personas adecuadas en el momento adecuado.

Cuando digo *gente adecuada* me refiero a personas con un gran discernimiento, personas en las que confío. Si hago caso de los comentarios de todo el mundo, acabaré confundido. Así que lo que quiero es escuchar a aquellos que me pueden dar consejos sabios.

Cuando digo *preguntas adecuadas*, me refiero a que quiero descubrir si lo que estoy transmitiendo, sea por la vía que sea, está llegando:

- Las ilustraciones: ¿han servido para transmitir lo que quería transmitir?
- Los mensajes: ¿han cumplido su objetivo dentro de la serie en la que estaban ubicados?
- Los mensajes del año: ¿estoy cubriendo los temas y los pasajes que esta congregación quiere y necesita escuchar?
- Mi predicación en general: ¿está sirviendo para ayudarme a lograr el objetivo de mi ministerio?

Por último, cuando digo *en el momento adecuado*, quiero decir que mi deseo es que se me evalúe en los momentos en los que la evaluación va a ser más eficaz. Si después de una predicación descubro que no

era del todo adecuado, será útil porque lo tendré en cuenta para futuras predicaciones. ¡Pero hubiera sido mucho más productivo descubrirlo antes de haber dedicado veinte horas a prepararla! Así que cada vez más, hago preguntas de “evaluación” cuando aún estoy planificando la predicación. Por ejemplo, cada fin de semana predico el mismo mensaje tres veces: una el sábado por la noche, y dos el domingo por la mañana. Justo después del culto del sábado por la noche, intento que alguien evalúe mi predicación para poder hacer los cambios necesarios antes del domingo por la mañana. Como resultado de esas evaluaciones, algunos domingos ya estoy sentado en mi oficina a las 5:30 h. de la mañana. Pero esa evaluación me ayuda a no cometer los mismos errores.

Pedirle a alguien que evalúe tus predicaciones es una operación delicada y las personas, las preguntas y el momento variarán en función del pastor y de la iglesia. Pero a continuación explicaré cómo he intentado recabar información para que mi predicación sea cada vez más eficaz.

## **Evaluando un sermón**

Los ancianos de mi iglesia siempre hacían una evaluación sincera cuando yo les preguntaba sobre la exactitud y la relevancia de mi predicación. Pero si no era yo quien les preguntaba, ellos no me decían nada.

Así que con el paso del tiempo, hemos formalizado el proceso. Ahora los ancianos evalúan todas mis predicaciones, y me dan un informe por escrito unos minutos después de concluir la predicación. Un anciano – el que tiene más discernimiento cuando se trata de evaluar los mensajes – recoge los informes de los otros ancianos, los resume realizando un solo escrito, y me lo da antes de marcharnos de la iglesia.

Por ejemplo, hace poco hice un fuerte llamamiento a honrar el señorío de Cristo. Uno de los ancianos me llamó (aunque los comentarios me los suelen hacer llegar por escrito), y me dijo: “Me ha gustado mucho lo que has dicho, y entiendo que hayas usado el estilo y el tono que has usado. Ahora que has hecho ese énfasis en el señorío de Cristo, creo que es importante que hables en los mensajes siguientes de la ayuda que recibimos del Espíritu Santo. Necesitamos su poder para someternos de forma coherente y completa a ese tipo de señorío”.

Ése es el tipo de corrección que necesito; porque a veces siento tanto un tema, que la fuerza con la que hablo causa complicaciones que yo no pretendía causar. También me dijo que en esa predicación, por

el tono que usé, las personas pensaban que estaba enfadado. Fue muy importante para mí saber qué habían transmitido a los oyentes mi tono de voz y mi forma de hablar.

Unas semanas después volví a hablar del señorío de Cristo, y algunos de los ancianos destacaron que les había gustado el espíritu y el tono en el que había hablado. Me dijeron que en esta predicación no había resultado estridente, sino que había sabido enlazar el tema con un cálido llamamiento al discipulado. Eso significó mucho para mí.

Me doy cuenta de que la idea de tener a un grupo de ancianos evaluando todas y cada una de las predicaciones que hacemos puede atemorizar a muchos pastores. Sé que este sistema de evaluación funciona bien en mi iglesia porque hay entre nosotros una enorme confianza, y nos hemos comprometido a trabajar los unos con los otros en amor. Si cuando yo he dedicado veinticinco o treinta horas a preparar la predicación, orando, metiéndome de lleno en el tema, y escribiéndola hasta tres veces para procurar mejorarla, y los que me evalúan no lo hacen con sensibilidad, o lo hacen con una motivación escondida, el sistema deja de funcionar.

Teniendo esto claro, nosotros hemos establecido algunos principios para asegurar la eficacia de la evaluación.

*En primer lugar, yo les transmito con toda libertad que para mí no es fácil saber que me van a evaluar.* Les he dicho muchas veces a los ancianos que en los minutos después de la predicación soy muy vulnerable, y que por eso les pido que no me evalúen de cualquier forma, sino que piensen muy bien la forma en la que presentarme una crítica constructiva. Los ancianos me entienden perfectamente y se esmeran mucho para que así sea.

*En segundo lugar, filtramos todas las evaluaciones a través de una persona.* Si durante la predicación había usado una ilustración que no era del todo adecuada, solía ocurrir que todos los ancianos venían a decírmelo; es decir, ¡que en cuestión de minutos me hacían el mismo comentario unas siete u ocho veces! Después de escuchar al tercer anciano, tenía ganas de gritar: “¡Vale, ya lo he entendido!”. Pero todos creían que era su responsabilidad hacerme ver aquello en lo que había fallado. Así que al final les dije: “Tiempo muerto. Cuando los siete me dais una palmadita en la espalda para felicitar me por haber hecho una buena predicación, eso anima mucho; pero cuando los siete me sermoneáis por haber cometido algún error, me vengo abajo. Vamos a hacer una cosa. Filtraremos todos los comentarios para que me lleguen a través de uno de vosotros, y así solo los escucharé una vez”.

Para ello, para recoger todas las opiniones, escogimos a un anciano que tiene la habilidad – que tanto escasea – de encontrar las cosas que se deben reafirmar y potenciar. El acuerdo al que llegamos es el siguiente: si los ancianos piensan que el mensaje ha estado bien enfocado, no tienen que informar a este anciano. Si el mensaje ha sido increíblemente bueno – creo que eso solo ha pasado una o dos veces – , entonces sí harían bien en hacérselo saber. Y, naturalmente, deben acercarse a hablar con él si en el mensaje ha habido algún elemento disonante o mejorable. Pero no es que haya una reunión formal después de cada predicación, porque con el paso de los años nos hemos dado cuenta de que la evaluación de este anciano casi siempre coincide con la de los demás miembros del consejo. Y, de todos modos, normalmente se acerca a dos o tres de los demás ancianos antes de hablar conmigo.

*Un tercer principio que hace que este sistema nos funcione es que en las evaluaciones hay diálogo.* Muchas veces, el anciano que representa a todos los demás dirá algo como: “Quizá sería mejor que usaras esta otra palabra, dado que hay tanta gente que viene de un contexto católico”. Después de pensarlo, es probable que diga: “No me había dado cuenta de que eso pudiera ofenderles. Vale, no pasa nada si cambio esa palabra. La cambiaré, y así todos contentos”.

Otras veces me dirá: “Yo no mencionaría a ese jugador de fútbol”, pero yo le explicaré que es muy importante para los hombres de nuestro entorno a los que queremos llevar el Evangelio y que por eso, por esta vez, no voy a seguir su consejo. Y como en la mayoría de ocasiones en las que ocurre eso, el anciano me dirá: “Ok. Lo entiendo. Adelante”.

Está claro que, periódicamente, me llega algún comentario como el siguiente: “Por favor, cambia eso; por favor, no uses esa palabra; por favor, no uses esa ilustración. Podemos hablarlo más tarde, pero lo cierto es que tenemos nuestras reservas en cuanto al concepto”. Y en esos casos, realizo los cambios que me piden. Los ancianos (y el Consejo de iglesia y los demás miembros del equipo de liderazgo, a quienes periódicamente pido que me evalúen) son personas con discernimiento que saben cuándo doy en el blanco y cuándo he olvidado cargar la escopeta.

Como ilustración, una vez expliqué la conversación que había tenido con un abogado negro, que iba sentado a mi lado en un viaje que hice en avión. Uno de los miembros del Consejo me detuvo a la salida de la iglesia, me sonrió, y me dijo: “¿Era necesario decir que el abogado que viajaba a tu lado era negro? ¿Querías demostrarnos que no haces acepción de personas? ¿Qué querías decirnos exactamente?”.

“No se me había ocurrido que ese detalle pudiera suscitar todas esas preguntas”, le dije. “Simplemente estaba describiendo la escena. Y aquel hombre era negro”.

Él me dijo: “Pues piensa que mucha gente en ese momento se habrá detenido a preguntarse por qué has decidido mencionar que era negro, y habrá perdido el hilo de lo que querías ilustrar”.

Fue bueno que me abriera los ojos de ese modo. En mi opinión, yo solo estaba haciendo un recuento objetivo de los hechos, pero la mención de *ese* dato concreto hizo que muchos se despistaran, empezaran a hacer asociaciones de ideas, y ya no vieran lo que yo pretendía transmitir al usar esa ilustración.

He oído a otros predicadores decir cosas como “Ví a aquella mujer obesa”. Sé que si yo dijera eso en mi iglesia, estaría destruyendo la autoestima de mucha gente. Al oír un comentario así, muchos estarían ausentes el resto de la predicación, por lo que ya no seguirían escuchando. ¡Y eso que el comentario no tenía nada que ver con la temática de la ilustración!

De hecho, acabé tan cansado de que ese tipo de cuestiones secundarias despertaran tanto revuelo solo porque no había sido lo suficientemente cuidadoso, que ahora llego a hacer tres borradores, donde incluyo todas las palabras e ilustraciones. Ahora bien, no estoy sugiriendo que todos los predicadores tengan que sujetarse a una disciplina a la que yo me he sometido de forma voluntaria. Yo solo sé que me cansé de oír: “¿Te das cuenta de que al mencionar \_\_\_\_\_ podrías haber herido a \_\_\_\_\_? Lo que has dicho sobre \_\_\_\_\_, alguna gente lo interpretará como \_\_\_\_\_”.

Escribir los sermones tiene muchos beneficios. Yo he descubierto que me ayuda a estructurar el sermón, porque a medida que voy escribiendo voy reordenando las ideas y viendo claramente cuáles son los puntos que quiero transmitir. También me ayuda a expresarme con un vocabulario más rico. Cuando hablamos, tendemos a repetir las palabras. Pero cuando escribimos, al ver la repetición podemos volver atrás y buscar sinónimos o expresiones similares. Pero la razón principal por la que escribo mis mensajes es porque cuando lo releo justo antes de darlo, puedo reflexionar en cosas como, *¿Este comentario podría molestar a alguien? ¿O podría despertar una serie de connotaciones que barán que la mente del oyente empiece a viajar en otra dirección totalmente diferente a la que lleva el mensaje?* Me ayuda a decir exactamente lo que quiero decir, y a evitar que surjan otra serie de temas que podrían despistar a los oyentes.

Si después de preparar un sermón aún tengo preguntas sobre si alguna de las menciones que hago es apropiada o no, normalmente lo hablo con alguno de los ancianos. Sobre todo para las predicaciones del miércoles por la noche. Me reúno con los ancianos para orar antes de todos los cultos, y si creo que voy a entrar en algún tema o mencionar alguna cosa que podría convertirse en un elemento disonante, les digo abiertamente: “Creo que tengo que mencionar este tema, y había pensado hacerlo de la siguiente manera. ¿Creéis que es la forma mas adecuada?”.

Contar con los ancianos u otra persona de confianza para que evalúen todas tus predicaciones suena a mucho trabajo. Pero esa evaluación me ha salvado en muchas ocasiones de decir algo que luego habría lamentado, y por eso ahora no me gustaría tener que predicar si sé que no cuento con ese tipo de evaluación.

## **Evaluando los sermones de todo un año**

No obstante, a veces necesito alejarme un poco para obtener cierta perspectiva y evaluar a la vez toda una serie de mensajes. De hecho, creo que la forma natural de hacerlo es sentarse a evaluar los mensajes de todo un año.

La única forma en la que puedo hacerlo es saliendo fuera unos días en los que me dedico a ello de lleno y puedo orar, leer y revisar los sermones de todo el año anterior. He empezado a tomarme un tiempo de estudio cada verano, y estoy convencido de que eso me ha ayudado a mejorar mis predicaciones. Retirarme unos días, alejado de las prisas y de la rutina diaria es, para mí, la única forma de ir detectando cuáles son los patrones que han estado funcionando, y qué áreas hemos abandonado. Gracias a ese tipo de evaluación puedo detectar a qué temas les hemos prestado mucha atención (quizá demasiada) y qué temas, desgraciadamente, apenas hemos tratado.

Pero cuando tengo que planificar los sermones para todo un año, no quiero esperar un año más para oír la evaluación de las personas. Después de 100 mensajes, la evaluación a veces ya no sirve de mucho. Lo que necesito antes de empezar a planificar es escuchar cuáles son las preocupaciones y los intereses de las personas.

Por ello, para prever los sermones de todo un año, he desarrollado una planificación en tres pasos, y en cada uno de ellos consulto a diferentes personas.

En abril, selecciono ocho o nueve personas de la iglesia. Elijo a individuos que pertenecen al grupo de personas que estamos intentando alcanzar (gente de clase media acomodada que no se sentiría a gusto en una iglesia muy tradicional). A veces también incluyo a alguien muy creativo, o a alguien que representa a un sector muy amplio de la congregación (edad, profesión, situación familiar, etc.). Y les doy una tarea: "Haced un ejercicio de observación en vuestro entorno social, y descubrid sobre qué temas querrían escuchar las personas de lo que la Biblia dice. Entonces, basándoos en eso, elaborad una lista de predicaciones que servirían para tratar esas inquietudes. Luego, buscad un título para esa serie de predicaciones, decidid de qué forma dividiríais el tema, y en qué cuestiones haríais hincapié. Podéis trabajar con quien queráis, y os doy un mes".

Esos hermanos suelen pensar *¡Esto podría influir en lo que luego oiremos en la iglesia!*, así que lo hacen muy motivados. Hablan con sus amigos, con sus compañeros de trabajo. Algunos invitan a otros a comer a su casa para poder preguntarles y hablar con más tranquilidad.

Entonces, las personas de ese grupo y un servidor pasamos un fin de semana juntos. Durante ese tiempo mi tarea principal es escuchar y tomar nota. Una de las personas empieza leyendo los títulos que ha pensado para las diferentes series de predicaciones, y los títulos de los mensajes de cada serie, y lo discutimos. Normalmente, una idea nos lleva a la otra, y así vamos construyendo hasta tener unas treinta o cuarenta series.

Por ejemplo, hace poco acabé una serie de predicaciones titulada "Etapas de una vida espiritual" que estaba dividida en cuatro mensajes: "La etapa de la búsqueda espiritual", "La etapa de la infancia espiritual", "La etapa de la adolescencia espiritual", y "La etapa de la madurez espiritual". Los títulos tanto de la serie como de las predicaciones surgieron del grupo de trabajo con el que conté el año pasado.

Luego iniciamos una serie sobre Jesús titulada: "Alguien que deberías conocer". Buen título, ¿verdad? Y ahora estamos tratando el tema de la familia, idea que también surgió de aquel grupo.

En los meses que siguen a ese encuentro, reviso todas las ideas que el grupo me ha dado. Descarto los temas que hemos tratado en los últimos meses, y los que no tienen tanto que ver con el ministerio que desempeña nuestra iglesia. De los temas que quedan, escojo veinte que suscitan en mí cierto interés y que me gustaría trabajar.

Entonces reúno a un segundo grupo formado por ancianos de la iglesia y miembros del equipo de liderazgo. Nos retiramos durante tres

días y hacemos una selección final para el año siguiente: elegimos cuáles de los veinte temas trataremos, y en qué orden.

Para mí es increíble ver la riqueza y la sabiduría que surge de la pluralidad de un grupo de gente fiel. Esa pluralidad se debe a que no todo el mundo ve la vida como yo la veo. El año pasado, en la primera sesión de planificación, alguien propuso una serie de predicaciones sobre el miedo: un mensaje sobre el miedo al fracaso, otra sobre el miedo a vivir solo o sola, otra sobre el miedo a morir, etcétera. Cuando la persona en cuestión lo propuso, yo pensé: *esta serie no va a tener éxito*. A mí esos miedos no me quitaban el sueño. Pero dejé aquel tema en la lista, para que el segundo grupo de trabajo pronunciara su sentencia. Cuando el grupo de ancianos y el liderazgo de la iglesia empezaron a considerarlo, fui sincero y les dije que a mí no me convencía. Pero ellos, que son gente con mucho discernimiento, me miraron y me dijeron: “Bill, solo porque tú no luches contra esos temores no quiere decir que los demás no los sufran. Las personas normales tienen ese tipo de temores. Si tú no lo ves, confía en nuestra palabra y convéncete de que éste es un tema que, en un momento u otro, deberías tratar”.

Así que acepté, aunque no era un tema que yo habría escogido. Pero, como ellos habían previsto, fue de mucho beneficio para nuestra iglesia. De hecho, ¡la predicación titulada “Miedo a morir” ha sido una de las grabaciones mas solicitadas desde entonces!

## **¿Estamos alcanzando nuestro objetivo general?**

Hasta ahora no he mencionado el barómetro con el que comúnmente medimos la eficacia de nuestras predicaciones: los comentarios informales que las personas hacen después del culto, las cartas que nos envían, la cantidad de grabaciones que se solicitan, o los comentarios que nos hacen en casa. No porque no crea que estos detalles no sean importantes. El problema es que yo (y supongo que otros predicadores) tiendo a darles demasiada importancia. Y si no tenemos cuidado, eso nos puede llevar de forma sutil a que nuestra predicación no sea demasiado equilibrada.

A mí me ha ocurrido. Dejadme que os lo explique.

En los últimos años, desde que fundamos Willow Creek, la sociedad se ha ido fragmentando a una velocidad increíble. Cuando empezamos la iglesia, quizá un cinco por ciento de nuestra congregación era gente

que había sufrido mucho pues provenía de un contexto desestructurado. Algunos habían crecido teniendo cerca a algún alcohólico, o habían sufrido abuso verbal o sexual, o habían sido abandonados, o se habían divorciado. Ahora, como resultado de la tendencia de nuestra sociedad, ese porcentaje ha crecido probablemente al quince por ciento.

Durante este tiempo, he intentado usar las formas naturales de escuchar a las personas y obtener una buena respuesta a mi predicación. Me he propuesto quedarme después del culto hasta haber hablado con todos los que quieran hablar conmigo. Después de un culto normal, suelo tener conversaciones serias al menos con treinta personas. Además, las personas también me escriben; cada semana me escriben entre cien y ciento cincuenta personas.

Pero lo que no me había dado cuenta hasta no hace mucho es que esas conversaciones y cartas no reflejan la totalidad de la congregación. Es una información sesgada. ¿Por qué? Porque las personas que se quedan después del culto para hablar, o que dedican tiempo a escribir una carta, suelen ser las personas que provienen de un contexto desestructurado. Están tan heridos que se sienten impulsados a escribir cartas apasionadas, y están tan dolidos que están dispuestos a esperar cuarenta y cinco minutos para hablar conmigo.

Lo que no había percibido, porque había ocurrido de forma sutil con el paso del tiempo, es que no me estaba llegando la opinión del ochenta y cinco por ciento de la congregación, y que ese porcentaje representaba, sobre todo, a las personas que provienen de un trasfondo normal, gente que no tiene grandes problemas, y gente que quiere crecer. Yo había interactuado con ese quince por ciento de personas heridas, necesitadas, que estaban pidiéndome ayuda. No querían que hablara de tomar la cruz y servir a Cristo. No querían que hablara de negarnos a nosotros mismos. No querían que hablara de ser sal y luz. Querían que les ayudara, que les amara, que los animara y que los nutriera.

Así que cuando daba un mensaje sobre “Dios estará contigo también en medio del dolor”, o algo por el estilo, todos los indicadores normales me transmitían que mi predicación había sido muy eficaz. Me llegaban cartas y llamadas para decirme: “Gracias por el mensaje del domingo, pues me ha ayudado muchísimo”. Al final del culto, había una larga fila de gente que me quería decir que aquel mensaje era justo lo que necesitaba escuchar. Con todo eso en mente, yo pensaba: *Si realmente amo a este rebaño, si estoy aquí para servir al rebaño, éste es el tipo de predicación que tengo que ofrecer.*

Entonces llegó el verano, y me marché unas semanas para apartarme de la rutina y poder dedicarme al estudio. Evaluando los sermones de los cinco años anteriores, me di cuenta de que de forma sutil, había ido cambiando el énfasis de mi predicación. Cinco años atrás, el 70 por cien de mis mensajes eran lo que yo llamo mensajes para el discipulado firme. Solo el 30 por cien eran mensajes más generales, mensajes de ayuda. Pero con el paso de los años, esos porcentajes se habían intercambiado. Me sentí derrumbado.

Volví a leer el libro *Loving God*, y cuando lo acabé, me di cuenta de que *según Chuck Colson, deberíamos estar produciendo en nuestras iglesias seguidores de Jesucristo completamente entregados. Lo que yo estaba haciendo era poner parches en las vidas de las personas. Lo que estaba haciendo era aliviar las cargas de las personas abatidas.*

Empecé a preguntarme: *¿Qué pasa con el 85 por cien? ¿Quién les está retando a ser discípulos entregados? ¿Quién está pidiéndole a estas personas que han de ser hombres y mujeres del reino? ¿Quién les está animando a perder sus vidas por causa de Cristo? Yo no lo estoy haciendo. Y yo soy el único predicador que tienen.*

Si soy honesto, también tengo que decir que no llegué hasta ese punto porque de forma consciente hubiera decidido predicar un evangelio barato. Lo que estaba intentando era proclamar un evangelio compasivo. Cualquier pastor sensible que hable con 125 personas cada semana, la mayoría de las cuales están heridas y están pidiendo ayuda a gritos, habría hecho lo mismo que yo. Lo que ocurre es que empiezas a pensar: *¿Cómo voy a añadir sobre esos hombros tan cargados la responsabilidad del reino? ¡No puedo hacerlo! ¡Verlos tan cargados me rompe el corazón!* La motivación que hubo detrás de ese cambio de énfasis fue la de responder a la necesidad de los quebrantados de corazón. Pero esos días en los que seguí buscando a Dios y buscando su voluntad para esta cuestión, cada vez ví más claro que aunque aquel cambio de énfasis había sido fruto de una motivación admirable, continuar así nos iba a llevar al desastre.

Ser consciente de esa realidad fue devastador por un lado, aunque estimulante por otro. Durante semanas luché con ello. Volví a casa y les expliqué a los ancianos lo que había descubierto; ellos, lo vieron enseguida. “Sabíamos que algo iba mal”. Pero nadie había tenido el privilegio de pasar varias semanas intentando escuchar lo que Dios nos estaba diciendo. Los ancianos son personas muy fieles; con solo explicarles de forma superficial los cambios que había planificado, enseguida dijeron: “Claro que sí. Tenemos que hacer los cambios que sean necesarios”.

Nuestra solución fue ofrecer de forma regular seminarios, talleres y terapia en todas las áreas de dolor y de inestabilidad que detectábamos en la iglesia. Podemos decirle a ese 15 por cien: "Hay un lugar para ti; hay esperanza para ti; hay un contexto en el que puedes recibir el alimento y la preparación que te van a ayudar a solucionar tu problema". Pero eso tiene lugar principalmente en nuestro centro de consejo, no el domingo después del culto. Y eso tiene sentido. Allan McKechnie, el director de nuestra consejería pastoral, me ha ayudado a entender que la terapia en un grupo muy grande o en un culto no sirve para que las personas cambien. Y eso es lo que yo estaba intentando hacer. El cambio se da en el contexto reducido de grupos pequeños o de conversaciones personales.

Y eso me permite enseñar lo que a mí tanto me apasiona y me llena; me permite desempeñar la misión que Dios me ha dado. Él me ha pedido que esté por el otro 85 por ciento.

Veamos, por ejemplo, el mensaje que prediqué en la reunión del miércoles hace algunas semanas. Uno de los lemas de esa reunión, basándonos en Lucas 15, es: "Eres importante para Dios". Ese miércoles, justo después de mi tiempo de estudio estival, dije: "En nuestros encuentros hablamos mucho de que somos importantes para Dios. Está bien que lo recordemos, porque es verdad. Pero dejadme que os haga una pregunta: ¿Es Dios importante para ti?".

Es interesante ver lo que ha ocurrido como resultado de hacer más énfasis en el compromiso. Normalmente el domingo por la noche volvía a casa cansado, muy cansado. Después del culto había hablado con docenas de personas que luchaban con algún problema, y yo me sentía totalmente derrotado. Llegaba a casa y Lynne me decía: "El mensaje de esta mañana ha estado bien". Y yo contestaba: "¿Qué mensaje? ¡Ni siquiera me acuerdo de haber predicado!".

Pero desde que tengo esta nueva comprensión, hablo con la misma cantidad de gente, pero debido a los temas de los que predico desde entonces, las conversaciones me estimulan, me animan. Los miembros de nuestra iglesia están luchando por vivir como hombres y mujeres de Dios. Incluso aquellos que tienen muchos problemas ven su necesidad desde una perspectiva espiritual. No estoy haciendo terapia; estoy haciendo discípulos. Y ese tipo de conversación no me cansa, ¡me da energía!

De esa experiencia he aprendido algunas lecciones importantes.

En primer lugar, para que mi predicación sea eficaz es imprescindible que sepa el objetivo general de mi ministerio. En la iglesia de Willow

Creek nos preguntamos: “¿Cuál queremos que sea el producto final? Tenemos esta gran maquinaria, un edificio muy grande, y un buen grupo de liderazgo. Pero, ¿cómo queremos que sean las personas después de haber pasado por nuestro ministerio?”.

Nuestra respuesta es la siguiente: “Queremos promover seguidores de Jesucristo completamente entregados. Personas que piensen cristianamente, actúen cristianamente, y se relacionen cristianamente”.

Sé que no siempre he estado apuntando en esa dirección. En muchas ocasiones me he sorprendido a mí mismo predicando como si el objetivo de mi ministerio fuera ayudar a las personas a llevar vidas cómodas y felices, y a ser de ayuda los unos a los otros. ¡Tonterías! Tenemos que apuntar mucho más alto. Yo quiero predicar para que las personas sepan sobreponerse de las tonterías que tantas veces nos paralizan, y se dispongan a seguir a Jesucristo.

En segundo lugar, regularmente y de forma rigurosa analizo si estoy dando en el blanco. ¿Mis predicaciones están contribuyendo a ese objetivo general? ¿Están sirviendo para que las personas se comprometan con Cristo cada vez más? Es muy fácil desviarse del objetivo, pues normalmente nos desviamos de forma muy gradual, y de forma inconsciente. Y cuando eso ocurre, aunque me haya preparado muy bien, o aunque haya orado, si pensamos en el objetivo final, esa predicación no habrá servido de mucho.

## **¿Por qué tomarse la evaluación en serio?**

A veces estoy tentado a pensar, *Sería mucho mejor si los ancianos no me llamaran la atención cada vez que me equivocara, y si pudiera predicar tal como me gusta y olvidarme de que voy a ser evaluado.*

Pero entonces me doy cuenta de la razón por la cual debo tomarme la evaluación en serio: porque, como todos los pastores, predico ante un Dios Justo y Santo, y sé que Él evalúa mi trabajo. Cada vez que pienso en un título, y en el contenido de una predicación, oro: “Señor, deseo que esta predicación sea un cordero sin mancha, un sacrificio de adoración que sea agradable a tus ojos. Yo no voy a estar contento, ni tú vas a estar contento con un cordero enfermo, ciego y moribundo. Yo no quiero ofrecer un cordero así; y sé que tu tampoco lo vas a aceptar”. Así que sentarme a preparar un mensaje es algo muy serio. Si Dios te ha dado el don de hablar y te ha llamado al ministerio, Él espera que le ofrezcas “corderos sin mancha”.

Pero eso también es algo bueno y liberador. Yo predico muchos sermones que no salen como me hubiera gustado. Pero entonces puedo mirar atrás y preguntarme: *¿La preparación que hice fue eficaz? ¿Oré como debería haber orado? ¿Era una predicación bíblica? ¿Los ancianos me han dado el aprobado?* Si puedo responder de forma afirmativa a esas preguntas, entonces he cumplido, y puedo proseguir mi camino, sin preocuparme de lo que las personas piensen. Si viniera alguien a criticar mi predicación, y los extremistas sobre el mensaje en cuestión vinieran a desvirtuar mis esfuerzos, no me afectaría. Hice lo que estaba en mis manos para ofrecer un “cordero sin mancha”. Hasta ahí llega mi responsabilidad.

No soy yo quien tiene la última palabra sobre cualquier tema, ni siquiera en las mejores de mis predicaciones. Dios es el que está al mando. El verdadero mensaje empieza cuando llego al final de mí mismo. Mi oración cuando vuelvo a casa después del culto es: “Espíritu Santo, ahora que he acabado la predicación y he salido de en medio, haz tu obra. He intentado proclamar la verdad: ¡ahora Tú puedes trabajar con ella! El resultado en las vidas de estas personas depende de Ti”.

*Estos hombres reconocen lo difícil que es predicar bien semana tras semana, y lo difícil que es animar y guiar a las personas a que vivan para Cristo. Y aún así, ése sigue siendo su llamamiento y la ambición de sus vidas.*

*Marshall Shelley*

## Epílogo

Cuando estábamos ultimando la compilación de este libro, *Leadership* reunió a los tres autores. Después de trabajar por separado durante muchos meses, había llegado el momento de trabajar juntos. Además de incluir mucho del material que aparece en los capítulos que ya habéis leído, también queríamos que trataran una dimensión más personal de la predicación.

Por ejemplo, queríamos saber cuál era la respuesta a la siguiente pregunta: “Como predicador, ¿qué cosas te desaniman?”.

“Los domingos”, dijo Stuart Briscoe, para romper el hielo. Todos reímos y, después de la broma, nos pusimos más serios.

“A mí, una de las cosas que me desaniman”, dijo Bill Hybels, “es que siempre pienso que no hago justicia al texto. Pongo todo mi empeño, hago todo lo que puedo por penetrar en las profundidades del texto y mostrar su grandeza... y luego me voy a casa pensando que solo he rascado la superficie, que la mayor parte de lo que había en el texto en cuestión se ha quedado allí, en el Libro”. Los demás estaban de acuerdo.

Entonces le tocó el turno a Stuart Briscoe. “Yo me desanimo cuando, después de una predicación en la que he puesto todo mi corazón, hablando de temas profundos y eternos, las personas luego se acercan a hablar de cosas irrelevantes. Una vez estuve predicando toda una semana en un encuentro en Carolina del Sur, y al final de la semana habían planificado tener un tiempo de preguntas. Después de haber predicado durante toda una semana, la única persona que preguntó fue una ancianita que todas las noches había estado sentada en la primera fila. Mirándome fijamente, dijo: ‘¿Esos dientes son tuyos?’”.

Haddon Robinson reflexionó: “Cuando observo el secularismo de nuestra sociedad, y la influencia tan grande que tienen los medios de comunicación sobre la forma de pensar de las personas (también de los creyentes, pues somos capaces de ver la televisión veinticuatro horas a la semana, y tener suficiente con una hora de la Palabra de Dios), me da la impresión de que la voz del predicador queda ahogada. Creo en el poder de la predicación, pero a veces parece que nuestra cultura va en dirección totalmente opuesta a la de la Palabra, y que lo está haciendo a una velocidad gigantesca”.

Vemos que estos hombres reconocen lo difícil que es predicar bien semana tras semana, y lo difícil que es animar y guiar a las personas a que vivan para Cristo. Y aun así, siguen comprometidos con esa labor. La predicación y la proclamación siguen siendo su vocación y la ambición de sus vidas. Por ejemplo, fijémonos en las respuestas que nos dieron cuando les preguntamos qué les gustaría que las personas recordaran de ellos una vez ya no estuvieran.

“Espero que puedan decir de mí lo que se dijo de Esdras: ‘Se había dedicado por completo a estudiar la ley del Señor y a ponerla en práctica’”, nos comentó Stuart Briscoe.

Como Stuart, Bill Hybels también hizo referencia a una cita bíblica: “Pablo dijo en Hechos 20, ‘no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios’. En mí aún sigue habiendo esa falta de valentía para proclamar lo que sé que he de proclamar. Por eso ese versículo me persigue. Parece como si el Espíritu me estuviera susurrando: *No vaciles. Sabes qué es lo que las personas necesitan oír. Quizá no quieran escucharlo; puede que no les resulte divertido. Además, puede que les lleve a conflictos en el trabajo o en sus relaciones. Pero no vaciles.* Si cuando yo ya no esté, las personas recuerdan que no dudé en decir lo que la Palabra dice, habré logrado mi objetivo”.

Finalmente, les preguntamos: “¿Qué os hace continuar cuando estáis desanimados?”.

Haddon Robinson dijo: “Las personas que te dicen: (y eso, normalmente ocurre años después), ‘Te oí predicar y como resultado conocí a Cristo’. Hace muchos años estuve predicando una serie de mensajes en una pequeña ciudad de Minnesota. El evento estaba organizado por varias iglesias. Que yo sepa, aquella semana no hubo ningún fruto. Pero hace tan solo un año, estaba en la costa este y un hombre se me acercó, se presentó, y me preguntó si me acordaba de aquel evento en Minnesota. Luego me dijo: ‘¿Recuerdas que en la reunión del miércoles, dos hombres se levantaron cuando tú hiciste el llamamiento?’. Sí,

recordaba que en toda la semana solo habían respondido dos personas. 'Yo soy uno de ellos', me dijo. 'Mi amigo y yo fuimos al evento aquella noche, y allí hicimos dos cosas: pusimos nuestra confianza en Cristo, y decidimos que si valía la pena confiar en Él, también valía la pena darle nuestras vidas. Así que yo estoy en el ministerio, y mi amigo es misionero en África'. Aquellas palabras me emocionaron. Yo pensaba que el esfuerzo de aquella semana había sido una pérdida de tiempo, pero Dios tocó a aquellas dos personas".

Estudiar la Palabra, no vacilar y proclamarla con convicción y ser un canal para que Cristo toque a las personas. Ésta es la tarea y el deseo de cualquiera que se esfuerza para que su predicación llegue a las mentes y los corazones de sus contemporáneos.



## Bibliografía

- Barth, Karl, *La proclamación del Evangelio*, Sígueme, Salamanca, 1980.
- Blackwood, A. W. *La preparación de sermones bíblicos*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, 1968.
- Broadus, Juan, *Historia de la predicación*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, S.F.
- Chávez, Moisés, *Modelo de oratoria*, Editorial Caribe, Miami, 1979.
- Compton, Alain, *Comunicación cristiana*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, 1979.
- Costas, Orlando, *Comunicación por medio de la predicación*, Editorial Caribe, Miami, 1982.
- Crane, James D. *El sermón eficaz*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, El Paso TX, 1961.
- Drakeford, John, *El humor en la predicación*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, 1991.
- Evans, William, *La proclamación del mensaje*, Alianza, Temuco, Chile, 1959.
- Fisher, C. William, *Sentimientos, sistemas y sermones evangelísticos*, Casa Nazarena de Publicaciones, Kansas City, s.f.
- García Ruiz, Máximo, *Sermones para todo el año*, CLIE, Barcelona, 1995.
- Garvie, Alfredo, *Historia de la predicación cristiana*, Editorial La Aurora, Buenos Aires, 1959.
- Goma, Tomás Isidro, *La Biblia y la predicación*, Rafael Casulleras, Barcelona, 1947.
- Grane, James D, *Manual para predicadores laicos*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, 1966.
- Grasso, Doménico, *Teología de la predicación*, Sígueme, Salamanca, 1966.
- Hawkins, Tomás, *Homilética práctica*, Junta Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, 1968.
- Luce, Alice, *El mensajero y su mensaje*, Editorial Vida, Miami, 1953.
- Martínez, José M<sup>a</sup>, *Ministros de Jesucristo* (Curso de Formación Teológica Evangélica) Tomo XIII, CLIE, Barcelona, 1977.

- McCheyne, Roberto M. *Mensajes bíblicos*, The Banner of Truth Trust, Londres, 1961.
- Morgan, G. Cambell, *El ministerio de la predicación*, CLIE, Barcelona, 1984.
- Olivar, Alexandre, *La predicación cristiana antigua*, Herder, Barcelona, 1991.
- Palau, Luis y Monroy, Juan Antonio, *Cómo preparar sermones dinámicos*, Logoi, Miami, 1974.
- Rios, Asdrúbal, *La predicación a su alcance*, Editorial Libertador, Venezuela, 1977.
- Robledo, Adolfo, *El sermón evangelístico y el evangelista*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, 1968.
- Rodríguez, Rafael Antonio, *Homilética simplificada*, Publicaciones Katallage, Barcelona, 1983.
- Salazar, A. T. *Bosquejos útiles*, Casa Nazarena de Publicaciones, Kansas City, s.f.
- Spurgeon, C.H. *Apuntes de sermones*, Publicaciones Portavoz, Grand Rapids, 1974.
- Stibbs, Alan, *Exponiendo la Palabra*, Ediciones Hebron, Argentina, 1977.
- Stott, John, *Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento*, Nueva Creación, Grand Rapids, 1996.
- Stott, John, *La predicación, puente entre dos mundos*, Libros Desafío, Grand Rapids, 2000.
- Taylor, Richard, *La santidad en el púlpito moderno*, Casa Nazarena de Publicaciones, Kansas City, 1985.
- Tizard, Leslie, *La predicación, arte de la comunicación*, La Aurora, Buenos Aires, 1962.
- Trenchard, Ernesto, *Consejos para jóvenes predicadores*, La Aurora, Barcelona, 1957.
- Vila, Samuel, *Manual de Homilética*, CLIE, Barcelona, 1972.
- Vila, Samuel, *Sermones escogidos*, CLIE, Barcelona, 1968.
- White, Douglas M. *Así predicó Jesús*, Publicaciones de la Fuente, México, 1961.
- Williams, Jerónimo, *El predicador del Evangelio y su predicación*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TX, s.f.





"Hay personas que predicán durante una hora y parece que hayan pasado veinte minutos, y hay otras que predicán durante veinte minutos y parece que haya pasado una hora. ¿Por qué esa diferencia? Me he pasado toda la vida intentado responder a esta pregunta". (Haddon Robinson)

¿Qué podría ser más útil para pastores, maestros y miembros en general de las iglesias que un libro sobre la predicación, escrito por tres grandes y reconocidos predicadores?

Éste es un libro muy útil para cualquier persona con ministerio. Su lectura le ayudará a entender el hecho en sí de la predicación, las tentaciones a las que el predicador se tiene que enfrentar, y cómo resistirlas. Le ayudará a conocer mejor a las personas para quienes predica semana tras semana, y a ver cuáles son sus necesidades. Le ayudará a enseñar sobre temas tan actuales como el dinero, el sexo y el poder. Este libro está escrito en lenguaje claro y cita ejemplos reales de las experiencias de estos tres grandes predicadores, lo cual facilita la comprensión de los conceptos que expone.

Bill Hybels es pastor de Willow Creek Community Church, en las afueras de Chicago, y es autor de libros como *Conviértase en un cristiano contagioso*, *Liderazgo audaz* y *No tengo tiempo para orar*. Stuart Briscoe es pastor de Elmbrook Church en una ciudad de Wisconsin, y Haddon Robinson es presidente del Denver Seminary y autor de *La predicación bíblica*.

**COLECCIÓN TEOLÓGICA CONTEMPORÁNEA** es una serie de estudios bíblicos y teológicos dirigida a pastores, líderes de iglesia, profesores, estudiantes y laicos interesados en el estudio serio de la Biblia. Su propósito es proveer de las herramientas necesarias para tratar el texto bíblico, para conocer el contexto teológico de la Biblia, y para reflexionar sobre la puesta en práctica de todo lo anterior en el transcurrir de la vida cristiana.

La colección se divide en tres áreas:

- \* Estudios Bíblicos
- \* Estudios Teológicos
- \* Estudios Ministeriales



editorial clie

• CLASIFIQUESE: 318 LIBROS DE HOMILÉTICA •  
• CTC 01-04-0318-12 • REF 224663 •

ISBN 978-84-8267-522-0



9 788482 675220